

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100



Mónica Ferrero

En la Argentina del Centenario de la Independencia, en 1910, al filo de los festejos de la oligarquía y las cárceles de los luchadores sociales, dos jóvenes españoles, él, de León; ella, de Galicia, llegan a “hacer l’América” a estas tierras de “pan ganar”. Aquí descubrirán que la subsistencia es un duro oficio cotidiano y que su único linaje, su única patria es la unión con sus hermanos libertarios contra todas las formas del poder y la opresión.

Desde los años dramáticos y fervorosos de la Reforma Universitaria hasta los finales del Proceso de Reorganización nacional, esta novela, rigurosamente documentada, repasa la historia de una familia de anarquistas y muy particularmente, la de una mujer anarquista, en Córdoba en el seno de la historia oficial y contra la historia oficial y nos plantea, nuevas referencias para la crítica de nuestro tiempo y para la construcción de futuros.

Mónica Ferrero



ediciones

nuevos
tiempos

Mónica Ferrero

¡A LAS BARRICADAS!

¡A las barricadas!

1^a ed.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Nuevos Tiempos, 2015.

edicionesnuevostiempos @yahoo.com.ar

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- A manera de prólogo...
- I. Con escasos dieciséis años
- II. En Galicia llueve siempre
- III. Los trajines en los sembradíos
- IV. ¡Hala, niña! ¡Hala
- V. Querida madre: Estamos parados
- VI. Mis tíos fueron unos padres para mí
- VII. Los diarios de la época
- VIII. Cecilia que, para liberarse
- IX. Parecía que se sufría más la morriña
- X. En esos tiempos no había espejos
- XI. –Sabes, muchacho,
- XII. Alguna vez, cuando Justina
- XIII. Nada, mujer
- XIV. Detrás de la cortina
- XV. Por el año 22'
- XVI. Por las noches
- XVII. Duelen tanto las piernas
- XVIII. Preguntó en La Española
- XIX. Algunas noches, Dionisio
- XX. En el taller de costura
- XXI. En un verano insopportable
- XXII. Cuando estaba de malas
- XXIII. Albita cursó el primer año
- XXIV. El tío Segundo y Dionisio

- XXV. El arzobispo Monseñor Zenón
- XXVI. Quien lo necesitara
- XXVII. Había que soportar a Azucena
- XXVIII. Cuántas veces al tratar
- XXIX. Somos los que combatimos
- XXX. En muchas ocasiones
- XXXI. En todos los ámbitos
- XXXII. En los talleres
- XXXIII. No tenía muy claro
- XXXIV. Sabes, Leandro
- XXXV. Entre los compañeros
- XXXVI. En la festividad de San Roque
- XXXVII. La huelga –decía mi tío Segundo
- XXXVIII. Creía que fue por el 32'
- XXXIX. Los diarios de la burguesía
- XL. Nunca después de esa noche
- XLI. En el 34'
- XLII. Allá por el 30'
- XLIII. Apenas Florita aprendió a leer
- XLIV. Sí, los treinta
- XLV. En su edición del 3 de julio
- XLVI. Es que la vida de un obrero
- XLVII. En mi tierra de Galicia
- XLVIII. El diario “Los Principios”
- XLIX. Muchas cosas pudo soportarle
- L. ¡Escucha! Escúchate esto
- LI. Cada vez, él mismo
- LII. Cuando Cecilia leía
- LIII. La Escuela Moderna
- LIV. La señora Dolores
- LV. En su campaña para reunir fondos

- LVI. Cuando marchaba a Suministros
LVII. En el mismo papel
LVIII. Dice Leandro que te vas
LIX. Déjeme ir a la guerra
LX. Cada carta, contando
LXI. Por esos años, no sé precisar cuándo
LXII. Cuando Indalecio Prieto
LXIII. El tío Segundo
LXIV. Desde atrás de las rejas
LXV. A Dionisio no lo mató la guerra
LXVI. La verdad, no sabía
LXVII. Mi padre, ese desconocido
LXVIII. Mr. Ellis Briggs
LXIX. Apenas tuvo edad
LXX. Todavía en el país
LXXI. De mi familia
LXXII. Cuando los anarquistas de Río Segundo
LXXIII. Alba volvía
LXXIV. Cuando Leandro salió de las prisiones de Perón
LXXV. Mi madre abrió de un tirón
LXXVI. Algún día le contaría
LXXVII. Mi hermano se empeñó
LXXVIII. Eran de nuevo tiempos funestos
LXXIX. Cuántas veces pensé
LXXX. No es fácil llamarse Acracia
LXXXI. ¿Qué fue para mí el anarquismo?
GLOSARIO
ANEXOS
ACERCA DE LA AUTORA

Mis tías hilaron el infierno en las hilanderías, doce horas diarias de trabajo y el jornal. Los domingos cantaban muñeiras, muchas veces sin dejar el pedal... Trabajaron los puertos, hombrearon el silencio y el salario. Todo a partir de 1910, aquí en Argentina. Se unieron sin saber el alfabeto, sin conocer las voces del destierro. Ese es mi abolengo, mi linaje, mi primitiva historia.

Diego Abad de Santillán.

A las barricadas es una novela de ficción. Contiene numerosísimas referencias a acontecimientos históricos, personas y escenarios reales, muchos de ellos tomados de documentos y biografías de luchadores sociales; ellos se utilizaron para tratar de comprender en su contexto los sucesos y personajes, ficcionales, pero no menos auténticos que aquéllos; por eso cualquier coincidencia con la realidad es voluntaria y responsablemente buscada.

*A Aurelio Argañaraz, compañero de las luchas
–tantas derrotas– en que andamos los que tenemos
este empeño de Patria por Octubre.*

A MANERA DE PRÓLOGO...

Por el año 2011, el historiador Norberto Galasso, en la recepción que siguió a la presentación de uno de sus libros, “me mojó la oreja”, cuando al decirle mi marido que yo escribía una novela sobre los anarquistas en el país y en mi Córdoba natal, mirándome desde muy cerca con sus ojos inquisitivos de pajarito, proclamó que entre tantas novelas históricas que se publicaban todos los días, todavía nadie había escrito la de las luchas obreras que precedieron al Peronismo. Enseguida, me preguntó si iba a escribir sobre la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre y como yo me quedara callada, escarbando en mi memoria sobre las distintas medidas de fuerza que los gremios anarquistas protagonizaron como repudio a las políticas de Perón, pasó a otro grupo y a otras preocupaciones. Por este

cuestionamiento, volví a leer a los grandes de la Izquierda Nacional y sus antecesores: Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Jorge Abelardo Ramos –y sus bellísimos recuerdos de su abuelo, payador anarquista, y su padre, también anarquista–, Spilimbergo, Hernández Arregui, Belloni y muchos que analizaron los movimientos sociales y políticos desde el Centenario al retorno de la vida democrática con el Presidente Alfonsín. Después de todos estos años y de leer la mayoría de las obras de Galasso, me tranquiliza saber que aunque no haya escrito de la toma del Frigorífico –que ya puedo ubicar en la fecha en que se produjo–, sí he tratado de rescatar del silencio acontecimientos y protagonistas de hechos similares de esos tiempos revueltos.

Debo agradecer también al abogado e historiador cordobés Roberto Herrero –que vuelvo a aclarar no es ni mi padre, ni mi pariente– que además de contestar a mis cuestionamientos en distintas oportunidades, me remitió a sus ensayos y artículos periodísticos: *La mala vida en Córdoba*, *Del Mutualismo al Cordobazo*, *Sabattini y la decadencia del Yrigoyenismo*, *Historia crítica del Movimiento Estudiantil*, *La pampa gringa cordobesa*, *Deodoro Roca*, *Trigueros de Godoy y su tiempo*, *Heterodoxos de Córdoba*, entre muchos otros igualmente significativos para conocer de los “disidentes, proscriptos y marginados de la historia oficial” de la provincia y el país.

Por supuesto, mi agradecimiento al maestro Osvaldo Bayer y su abundante y apasionada bibliografía sobre los

anarquistas argentinos y a quien sirvió, azarosamente, como un mediador ante él, a Marcelo Valko con su “Malón de la paz”, y su esfuerzo permanente por hacer visibles a los proscriptos de la historia consagrada.

Un capítulo aparte merecen las autobiografías y biografías de los libertarios, como Diego Abad de Santillán, Juana Rouco Buela, Virginia Bolten, Simón Radowitzky, Rafael Barrett, Carolina Muzzilli –la costurera muerta de tuberculosis a los 27 años que preparó gran parte de la investigación sobre el trabajo femenino e infantil para el Informe sobre el estado de la clase obrera de Bialet Massé–, Martín Castro, Horacio Quiroga, Severino Di Giovanni, Ángel Borda, Jacobo Maguid, José Grunfeld, Anita Piacenza, Luis Danussi y decenas más, particularmente, las mujeres que fueron anarquistas y murieron anarquistas o los que evolucionaron a Radicales rojos, Sindicalistas o Peronistas. Y de la mano de sus arengas, sus tormentos y sus prisiones, remonté el curso tumultuoso de sus lecturas y sus maestros, no sólo Luisa Michel, Kropotkin, Bakunin, Reclus, Ferrer i Guardia o Herzen, sino también los desconocidos maestros de los talleres, los puertos, las minas y las hojitas clandestinas de *La Protesta* y *La Batalla*.

También debo de la carnadura de este libro y de los cuentos y poemas que lo rodearon, la enorme ayuda del periodista y profesor Silverio Escudero y su relato de las batallas de los ácratas en la provincia, semiocultos, aunque enfrentados, bajo los rótulos de Yrigoyenistas y Socialistas

en la Federación Obrera Provincial para eludir la cruda represión de los gobiernos de todos los signos, y los entripados de las Sagradas Familias de Córdoba.

Mi agradecimiento a Eduardo Planas que me llevó a conocer a su gemelo iconoclasta José Luis “Licurgo” Planas, a la Cruz del Eje de los maquinistas y foguistas rojos de la provincia frailuna y conservadora de Córdoba, donde con Dreifo “Tuti” Álvarez me contaron las campañas del combativo diario “La Idea” y las de Iris Pavón por los “Presos de Bragado”, y pasaron a estas páginas como la pareja que reparte el periódico en el engendro mecánico, mitad Ford T y mitad trencito de manisero.

También, muy especialmente a mi amigo Luis Rosanova, museólogo, anticuario y bibliófilo, que me refirió anécdotas de su abuelo sastre anarquista, de los González Tuñón, de Córdova Iturburu, de inmigrantes y exilados y me consiguió bibliografía y fotos en abundancia de hazañas ácratas por toda la Argentina.

A la profesora y poeta Lila Perrén de Velasco por compartir generosamente el relato de los libertarios de su pueblo San Cristóbal, en la Provincia de Santa Fe.

A la luchadora Susana Fiorito, que me dio su testimonio de las luchas obreras de Córdoba de los años 60 y 70.

Pero, antes que a los deslumbramientos de lecturas y

entrevistas, esta novela se debe a mi tío Toribio Ferrero, constructor y pintor leonés venido de pocos años a la Argentina del Centenario, y a sus hijos Juan Carlos y Nélida, que me detallaron desde el dolor y algunas veces, también desde el humor, la narración de sus extremos y exabruptos, de sus “albañiladas” –como podría haber dicho de él, como de Cipriano Mera, el General republicano Miaja– por su concepto del orgullo y del mando. Mi tío, como el Toribio de la ficción, constructor de iglesias y chateaux en Buenos Aires, capaz de hacerlos volar apenas concluidos si los nuevos propietarios no pagaban en tiempo y forma a sus peones; sabio en hambrunas, desocupación, huidas y cárceles del poder; compañero de arte e ideales de Quinquela Martín, Facio Hebequer y los González Tuñón, que se dejó morir en su taller, negándose a comer como última huelga contra el poder de la vida, cuando perdió las esperanzas en la causa libertaria con la llegada de otro General que le arrebató sus banderas históricas.

A estos luchadores más o menos anónimos, más o menos fracasados, mi agradecimiento por haberme permitido participar de sus pequeños, quizás minúsculos empeños para lograr en estos tiempos sórdidos y violentos que algo sutil, justo y digno del ser humano, nuestro único linaje, prevalezca.

Mónica Ferrero

CAPÍTULO I

Con escasos dieciséis años, Dionisio llegó, en 1911, desde los páramos de secano de la provincia de León, al país del fastuoso Teatro Colón en que las tiples quebraban copas, arrebuyadas en pieles inconcebibles en el invierno tropical; al país del Parque Japonés y las mansiones de vitrales y pizarra francesa; al país en que el Presidente Sáenz Peña ordenaba uniformar a los ordenanzas de la Casa de Gobierno con calzón corto, medias blancas y zapatos con hebillas, tratando de borrar el polvo que apenas tres décadas atrás levantaron las mandoneras federales, cuando aún no se habían acallado los ecos de la sangrienta represión obrera del Centenario.

En un pueblo perdido de León, al costado del río Tuéjar,

donde los arbustos tapaban desde hacía siglos las ruinas irreconocibles de torres y fosos del castillo mudéjar de los marqueses de Prado, meses antes, su madre había muerto de sobreparto, agobiada por los embarazos reiterados de más de veinte años, después de echar al mundo una hembrita enclenque, poco más que piel y huesos, que había de criar con los otros ocho hermanos, la mayor, de catorce años. Por eso los dos varones crecidos, Antonio y Dionisio, resolvieron salir a ganarse el pan, que ya al sudor de la frente, con sus pocos años, lo tenían bien ganado.

Al pueblo no llegaban periódicos, ni libros, ni revistas y las últimas noticias de valía las traía el devocionario del Padre Augusto, que los domingos leía las vidas de santos de tierras y siglos inasibles, que los aldeanos escuchaban con más interés que las crónicas de las guerras que siempre estaban sacudiendo a esa España tan remota. Por los collados, todavía se oía como una primicia, la historia del muchacho que se había enfrentado a un oso con su hacha de labranza allá por los siglos XIV o XV y los varones soñaban con vencer alguno, mientras trepaban detrás de las cabras mañeras.

Más arriba en el monte, los largos meses de invierno inventaba cárceles blancas y para llegar a la iglesia o llevar a los animales tomar agua a la fuente había que cavar túneles en la nieve dura que dejaba las manos llagadas sobre el pico y la pala.

La casa de piedra marrón, de vaya a saber qué añares,

alojaba a los animales, las ovejas, las cabras y la mula, en la planta inferior y en la superior, donde apenas podía moverse de pie una persona adulta, estaban los catres, la cocina, la mesa alrededor de la cual transcurrían la vida y la muerte e incluso el telar de su madre, debajo del techo de paja ennegrecida y húmeda que agobiaba como el arrepentimiento de los pecados mortales.

Según la costumbre de esos eriales de miseria, en junio su padre y su hermano mayor partían a la sierra de Castilla para la cosecha y volvían recién después de la temporada; por eso, desde los ocho años, Dionisio cuidaba el ganado y pocos años más después, trabajaba para varios señores. Terminaba con uno y empezaba con otro, en unos campos tan anchos y ajenos, que cuando llegaba a un extremo, apenas alcanzaba a ver la mula lejos, pequeñita y desvalida como un pajarito huérfano.

A las cinco de la mañana, se estaba en pie, aunque costara tanto en invierno, bajo la escarcha, dejar el colchón de chalas de maíz donde dormían varios, para tomar el desayuno de la olla con agua y medio litro de aceite y medio de vinagre, en que había que remojar el pan amargo de afrecho antes de pelarse el lomo, segando centeno, trigo y alfalfa con la hoz, hasta las once de la noche, si había luna. El primero de la fila, el Mayorazgo, untaba el pan un rato largo y cuando salía, chorreaba un jugo grasiendo que hacía agua la boca de los que esperaban detrás en la cuadrilla. En la de Dionisio, eran diez y él, el penúltimo, el atador de las gavillas, sólo

alcanzaba a hundir su pan en agua, porque al aceite ya se lo habían llevado los otros. En la media hora de siesta permitida, sobre la misma tierra, entre los surcos, el chico soñaba con que en la olla hervían garbanzos con tocino y patitas de chancho y que todos untaban juntos el pan en ese caldo, en que los cueritos sabrosos inventaban lamparones interminables de placer. La paga era poca y a los muchachos atadores, como Dionisio, les daban la mitad de lo que pagaban a los hombres grandes.

Por eso, se había hecho anarquista. El anarquismo para él era una cosa tan simple como que todos tuvieran trabajo y pudieran vivir dignamente, sin tener que esperar detrás de los señoritos para untar el cuscurro en el cocido.

CAPÍTULO II

En Galicia llueve siempre.

Madre lavaba, cosía y cocinaba para todos. La olla era grande, negra como la boca del diablo, decían los mayores para asustar a los pequeños, y como hacía tanto frío, se prendía el fuego al amanecer y se mantenía con leña todo el día y toda la noche. Todo tenía olor a fuego de leña: las cortinas de bolillo, la ropa puesta a secar adentro por la llovizna interminable y las matas de pelo negro de mis hermanas y mía, gris la de madre cuando se la soltaba antes de dormir y se la cepillaba con un cepillito de peltre a la luz de los tocones que se quemaban, protestando su suplicio en chispitas amarillas. Madre hacía el pan en la lareira, muy temprano, cuando todavía la escarcha trizaba los pastos, en

un bollo enorme que tenía que durar toda la semana, lo amasaba rápido con una botella vacía, trepada a un banquito, porque era menudita y apretada como una nuez, lo dejaba leudar debajo de una rollha a cuadros rojos y blancos y al fin, urgida por todos, lo cortaba, apoyando la hogaza contra la cintura magra y lo repartía para empujar la pulenta de cada mañana, con un poco de leche por arriba. Y a la una, servía unas patatas enfermas desde las hambrunas de la peste de 1850 y un maíz magro como su cintura y un repollo hediondo que dejaba la casa perdida... y a la noche, lo que quedara. Y alguna vez, por las tardes, una rebanada de pan con una película de aceite y un orvallo de azúcar áspera y turbia para aliviar la vida, antes de salir al campo a trabajar o ponerse, cerquita del candil, con las labores de aguja. Mi madre era una maestra con las agujas. La habían enseñado unas monjas con las que sirvió de niña. ¡Ojalá te hubieran enseñado a sumar para cobrarles lo que te deben por tanto trabajo, se cabreaba mi padre cuando se tomaba, así, no serías tan bruta y no viviríamos como animales! Pero mi madre era agradecida y no levantaba siquiera la cabeza para contestarle meta que dale sobre las vainillas o los apliques con que disimulaba la criba de las polillas en una pechera o el remiendo imposible de unas medias veteranas de las guerras diarias. Dicen que aprendí de ella, pero no sé. Lo mío es otra cosa... torpe, adocenada. Ni siquiera en las camisitas de Alba. Felisa, la mayor, sí aprendió de ella y así se ocupó en una casa grande, como de bordadora y también Genoveva, hecha a andar de casa en casa, con su máquina

sin pie, cosiendo con primor lo que se diera, una semana y otra y cobrando las prendas por mensualidades... pero yo no. Lo mío es otra cosa. El pie en el pedal y alante. Sin hilvanar, ¿para qué? ¡Si total...! El pie en el pedal, doce horas diarias de trabajo y el jornal, la espalda doblada sobre el género, hilando el infierno... Y los domingos nada de rezos, ni prosternaciones, ni descansos por condescendencia de Dios, apenas repartir a cada uno una rebanada de pan cortado contra la cintura con una película de aceite y un orvallo de azúcar áspera y turbia y, a lo mejor, cantar muñeiras, sin dejar el pedal.

La vida era muy pobre y las monedas no alcanzaban para festejos. No se celebraban los cumpleaños. En otras casas, se celebraban los santos, pero en la mía, sólo se mentaba a Dios, tocándose las partes. Sí, algo la Navidad, en que madre preparaba un puchero con chorizo colorado, con un sofrito con ajo y aceite de oliva y se servía a los niños un dedal de vino negro, con una puntita de azúcar quemada, ante los hombres que miraban, con la espalda tiesa y la eterna boina negra en la cabeza. Pero nada de rezos, ni misas, que la fortuna del labrador, decía mi padre, no mueve a Salves ni alabanzas.

Madre lavaba y planchaba para todos y en épocas difíciles, también para la Casa grande. ¡Tantos hijos! Dos se me llevó el falso “crudo” en la tierna infancia, como decía ella a las comadres con un dolor inextinguible. Dos se me llevó el convento, tres más se me llevó la guerra y otra, la puta

Argentina, dicen que decía. Crié diez hijos, dicen que decía, ¿a qué? ¡Hubiera criado diez puercos! Ni a unos ni a otros quiso salir a despedirnos. Se quedó arrodilladita, atizando inútilmente el fuego de la lareira, bajo la olla negra como la boca del diablo que sólo hervía agua, mientras unos y otros fuimos despidiéndonos en vida de los que quedaban y de las cuatro paredes blanqueadas de la casa que eran más ella que ella misma y que apenas, hicimos unos pasos se tragó la lluvia.

En Galicia llueve siempre. De octubre a marzo, dicen, pero no es cierto. En Galicia o llueve o nieva, siempre. Por eso, en la casa nadie tenía zapatos propios. Zuecas de madera y con eso bastaba. Zapatos, para la guerra o el cajón, decía mi padre. Para la labor, zuecas que andan sobre el barro... Pero para América, sí, hubo que comprar zapatos y me los compró la tía. Así que esa mañana, envolví los zapatos rígidos en papel de estraza y los guardé bajo el brazo, para quitarme las zuecas apenas divisara el campanario y con el bulto mísero de prendas relavadas, comencé a bajar entre la maraña verde, tratando de no volver atrás la cabeza para no ver lo que no había.

En el pueblo me esperaba la tía que me había reclamado a madre, cuando quedó viuda, para enseñarme el oficio de costurera y viajar con ellos a la Argentina. Allí aprendí a hacer los bajos de los pantalones y a pegar botones y en unos retales, a hacer ojales para vestidos de confección barata, a puntadas largas. Mi tío Segundo, que había escapado de

España para evitar la leva a la Guerra de Marruecos con la ayuda del cura –¡A ver qué se me ha perdido a mí entre esos cafres para que tenga que ir a ese matadero porque lo mande un rey! ¡Menudo zángano para mandarme a mí a matar cafres! protestaba– ya había preparado una casa para recibir a la familia en Córdoba, un pueblucho rancio, con más aires de sabiduría que una catedral.

La tía preparó un montón de pasteles como para varios días de travesía y los envolvió cuidadosamente en un saco impermeable, que mojaron sus lágrimas antes de la partida.

A los días, en dos jardineras, nos trasladaron a las mujeres debajo del orvallo que lo estropeaba todo, con niños, muebles y baúles hasta el puerto en tinieblas, donde el viento de las viudas azotaba los cascós y las almas.

CAPÍTULO III

Los trajines en los sembradíos no le habían dado tiempo de ir a la escuela, distante cinco kilómetros de la casa, pero había aprendido las cuentas en los coscorrones del padre y las letras en los cuadernos de los hermanos menores y también, a hacer unas figuritas muy logradas de vírgenes y santos tallados a cortaplumas en madera y pintados con tintes de raíces y frutos y con pinceles de pelos de animales, que, a veces, le compraban como exvotos los promesantes pobretones que no podían comprarlas de oro y plata para agradecer a Nuestra Señora la curación de una mano o un ojo. Es cierto que en la familia no hubo nunca mucho lugar para devociones, pero tal vez, ese mercadeo de turco con la Virgen había sido lo que alejó definitivamente a Dionisio de la iglesia. Con esos bienes o males, una camisa de recambio,

la fe de bautismo y una hachuela, Dionisio se ofreció en el puerto de Vigo a pagar el pasaje de tercera para la Argentina, haciendo trabajos de marinería durante varios meses en los navíos que por siglos habían transportado esclavos en las mismas bodegas inmundas en que ahora llevaban inmigrantes hasta esa América ubérrima y promisoria que mitificaban las cartas de los pioneros. Más de dos meses duró la travesía, a través de vomiteras, castigos brutales a marineros borrachos y terror por el Craque mitológico que después de cinco siglos todavía alarmaba las noches en el océano, bien lejos de los hombres bien cebados y las mujeres pintarrajeadas de primera y segunda clase que debían poder beber, bailar y enamorarse a la luz del sol y las estrellas, sin verse fastidiados por los obreros de piel oscura, mantenidos con un puñado de lentejas y amontonados como vacas en los estrechos y hediondos entrepuentes.

Junto a las familias míseras, el capitán conducía también a cambio de un boleto de tercera una veintena de novias compradas a sus padres o tíos, para entregarlas, vaya a saber, a qué Madama y qué mala vida, que ocupaban el ocio del viaje en fabricar con trapitos pobres un ajuar nupcial que nunca usarían.

A los poquitos días de llegado a Buenos Aires, alojado todavía en el Hotel de los Inmigrantes, unos castellanos que ubicaron su nombre en la Oficina de Colocaciones que se levantaba allí mismo, lo tomaron de aprendiz en un molino harinero. Como quedaba muy lejos del hotel, el chico dormía

en la misma cuadra, entre las bolsas y las ratas canosas que lo acechaban desde los tirantes y correteaban a milímetros de sus alpargatas, mientras masticaban sus diezmos de granos, con barriga y atrevimientos de arciprestes que le sacudían el cuerpo en convulsiones de pavor. En invierno y verano, trataba de dormir tapándose la cabeza con una manta hedionda de caca de rata y fluidos humanos espantado de que los bichos le devoraran los párpados, tan pronto lo rindiera el sueño. A veces, se desvelaba hasta las tantas, escudriñando aterrado los rincones, mientras fumaba un puchito de tabaco armado, con la esperanza de que la brasita las ahuyentara, pero apenas entornaba los ojos, comenzaban los chillidos.

Dejó el molino por las ratas, aunque años después dijera que había sido por la paga y el trato.

Durante muchos meses, el muchacho hombreó cajones y bolsas en el mercado de abastos, a cambio de verduras machucadas y frutas casi podridas y durmió vestido, tiritando en umbrales meados. Por las noches, se acercaba a algún boliche, de los de caña a diez centavos vaso, donde junto al estaño se reunían carreros, cocheros de plaza verduleros y albañiles. Se disputaba mucho con alardes de puñalada pero generalmente, las trifulcas de alcohol y truco de mi flor se pegaban con envalentonamientos o machaconerías de borracho, que las más de las veces terminaban con la llegada del carro de caballos de Asistencia pública.

También los camastros humanitarios de las prostitutas le hicieron un hueco alguna noche, como a tantos proscriptos, desclasados y locos del mundo, al muchacho flaco, al que cuanto mucho obligaban a salir unos minutos afuera durante el turno, más por la estrechez del lecho que por el pudor, ante la mirada que nada condenaba.

Un día, por esos andurriales, conoció a un asturiano, arrevesado y fétido como un macho cabrío, que lo empleó como peón de albañil a cambio de comida y jergón, que no merecía el nombre de cama, en conventillo en que transcurría su soltería de fraile excomulgado. En el terreno de diez metros de frente por cuarenta de largo, frente a la Plaza Almirante Brown, en el Barrio de La Boca, se levantaba el inquilinato de paredes que algunas veces habían estado blanqueadas con cal, en que se apiñaban las familias obreras, llenas de hijos chicos, en cuartos húmedos y diminutos, con cielorrasos tan inalcanzables como el cielo verdadero y cajones de manzanas que hacían veces de cocina, de aparadores para el cacerolerío y mesas de luz para el farol de querosén. Frente al único baño, en el patio común, los varones hacían cola, con la toalla al hombro, mientras las mujeres de vientres y zapatos deformados refregaban parvas de ropa en un único fuentón, bajo la única canilla de la casa. Bajo el emparrado de racimos ralos que las criaturas disputaban con los pájaros, algún chiquitín, sentado en un banquito, leía en voz alta “La Protesta” o “La Vanguardia” para el proletariado analfabeto que, con la boca

abierta, interrumpía frecuentemente para precisar el significado de una expresión o un pensamiento significativo en italiano, en ruso, en iddish y hasta en lunfardo.

Para ayudar a la digestión de las cenas que urdía, más que cocinaba en el calentador Primus, con tanto pimentón que hacían llorar los ojos, el asturiano con su humor torvo le contaba penitencias de internado y estrofas blasfemas de carbonario y avisaba el final de cada historia con un papirotazo en la espalda mortificada del chico.

Quizás por malbaratamiento de plomadas o por rafañoserías de materiales, lo cierto es que al albañil mayor se le agrietaban los revoques y se le hundían los cimientos y los clientes no sólo demoraban los pagos, sino que lo perseguían con muy malas intenciones y los jornales se le iban en pagar las mudanzas clandestinas de un conventillo a otro más distante.

Un mal día, en una de sus malas construcciones, se le quebró una viga que lo volteó del andamio y le arrasó medio cráneo y el ojo izquierdo y se acabó el asturiano y su mala fortuna. Dionisio tardó unos días en recuperarse de la pérdida de ese padre bronco y bestial que la vida le había puesto delante para aliviar sus orfandades, juntar su frugal herencia de deudo por azar y hacerse a buscar un nuevo destino.

Fue vendiendo las cosas del difunto para mantenerse y

para atenuar la pena aprovechaba el entretenimiento para pobres de los puertos que es ir a ver los barcos que entran y salen, haciendo unos corcovitos suaves entre las basuras que flotaban sobre los barrizales aceitosos. Cuando se apagaba el fragor de la gritería de marineros, estibadores y vendedores ambulantes, su nostalgia por la patria parecía leer, en los arabescos tornasolados del agua, telegramas urgentes de llamada, con las letras de sus hermanos y la borroneada huella dactilar de su padre al pie.

Podía mirar durante horas las proezas de los estibadores que temblaban y trastabillaban bajo las bolsas de granos de noventa y cien kilos, con las que subían por las planchadas hasta los barcos con nombres ininteligibles y banderas colorinches que desparramarían las riquezas de estas tierras por el mundo, haciendo apuestas mudas, a veces, a favor del hombre; a veces, de la bolsa... Muchos años después, le tocaría participar en la gran huelga que costó muertos y heridos para reducir esos pesos tremendos que ahora contemplaba con un absoluto desdén por esos cuerpos, explotados, hermanos del suyo, que cargaban la miseria a sus espaldas.

En las tardes de desesperanza, Dionisio consiguió unas changas en una fábrica de jabón y velas sobre el río y después, en una barraca de cueros, lana y crines, cerca de los mataderos de Barracas, donde, a pesar de la profusión de jardines y flores, nada podía tapar el eterno olor a muerte de la carne sorprendida en pie... En ese barrio miserable y

solidario, cada sábado recibía algún vaso de favor de los vascos y gallegos que ocupaban los fondines de la zona, soñando con los pesos que mandaban todos los años para redimir los arrendamientos que ya llevaban generaciones en las lejanas tierras de la patria, precaviendo una vejez de holgura que se hacía cada vez más inalcanzable.

Al fin, en la bolsa de trabajo de un Círculo obrero, le dieron los datos de un sastre inglés que buscaba un muchacho despierto para enseñarle el oficio y que, en realidad, era irlandés, pero que sólo se delataba cuando el día de San Patricio se servía una pinta de cerveza negra en homenaje. Su nuevo patrón proveía a la sastrería “Echaurren” “Eskalduna”, que ofrecía trajes a crédito para los inmigrantes de la Península: “para vuestro primer traje en América” y cuando escuchó una pizca de las tribulaciones del muchacho desde que había salido de su tierra, no tuvo corazón para cerrarle la puerta, a pesar de la facha que traía.

En su casa, conoció Dionisio la dulzura de los scones y la ropa blanqueada con cubitos de azul y la disciplina del metro y la tiza en el maniquí de talle de gentilhombre y la música del piano de Mistress Lewis y los índices infantiles encaminándole el trabajoso silabeo de los folletos que difundían los principios del naturismo y los magazines que condenaban el alcohol junto con la represión de Plaza Lorea por el asesino Falcón y exaltaban su ajusticiamiento por el heroico Simón Radowitzky. Por ellos conoció también de la Gran Guerra. Mucho tiempo después, podía recordar sólo

muy vagamente que Mister Lewis decía cosas como que no había perdido la esperanza con la guerra, que la desilusión llegó con la paz. Para los chicos que jugaban en la cena revolviendo los cubiertos o disputaban por alguna golosina, el padre, apesadumbrado, malgastaba esas palabras que volvían ahora a Dionisio por idénticos vericuetos de quebranto: que frente a la declaración de la guerra, las agrupaciones obreras debieran haber declarado la huelga general, llamando a los soldados a la objeción de conciencia y a la desobediencia, porque esa guerra era sólo un combate entre imperialismos, que nada bueno podía traer al proletariado. Decía: habíamos luchado por la paz en un mundo decente y al final de tanta muerte y sufrimiento sólo tuvimos en las manos trofeos de odio y codicia, de fanáticas pasiones nacionales y lucro comercial, de reacción política y mezquindad social.

En su casa, conoció que sus penas eran las de muchos cuando estuvo listo para la biblioteca innumerable de Mister Lewis, que un día lo encaminó hasta una buhardilla y lo sentó frente a “David Copperfield”, “Los Miserables”, “Germinal” y todo Tolstoi y con el tiempo, también las obras de Bakunin y de Kropotkin y Pietro Gori, que le enseñaba luego de la cena, como antes los hijos le habían enseñado el alfabeto. Y cuando Mister Lewis consideró que el chico se había hecho acreedor de una confianza de la que no participaba ni su esposa, le dio a leer el periódico “La Protesta”, apenas recuperado de las masacres del Centenario, que repartía

entre los compañeros, en su propio mateo para eludir a la Sección de Orden Social, Don Nicolás Trentino, un militante que había perdido un ojo –seguramente el izquierdo– en su taller de armero, donde, para demoler el sistema, soldaba piezas ácratas con fallas imperceptibles para vender a los capitalistas y a los represores de las luchas obreras. La lectura del periódico era todo un rito: Don Nicolás lo entregaba, oculto bajo el saco, envuelto en papel de estraza en la propia mano de Mister Lewis; después, se leía con las cortinas corridas, sin comentario alguno y de inmediato, se quemaba, cuidando que ni siquiera las cenizas dejaran huellas de su paso por la casa.

Allí conoció a Samuel, que había traído con su historia de proscripto por muchas tierras la decisión de defender con otros el trabajo común y que había participado de la redacción del *Estatuto* original de la Unión de Sastres, escrito en iddish, único idioma conocido por esos primeros cortadores y sastres del Once y de Barracas.

Con el tiempo, más que por los principios libertarios, por economías para poder gastar algunos centavos en libros y periódicos que lo desasnaran un poco, Dionisio redujo el tabaco, pero nunca pudo dejarlo del todo y a él volvía, como a un rito viril, que un poco lo avergonzaba, pero que, a la vez, lo ligaba a otros hombres, más allá del mar, que al terminar las faenas, se sentaban a la puerta, a fumar los canutos firmados, de humo áspero que hacían entrecerrar los ojos y apartar de la cabeza los pensamientos amargos.

Durante los años que estuvo con los Lewis, aprendió las tareas de taller y del regateo con los géneros y las prendas y a acompañar con cierta gracia las melodías del piano con una armónica que se compró con su primer sueldo de hombre. Recuperó, también, la maña de tallado de figuras de madera, haciendo muñequitas bastas para las niñas, que Mistress Lewis hermoseaba, entusiasta, con trajecitos de princesa de mangas abullonadas y sombreritos con flores, algo ridículos para semejantes modelos, y hasta un goleador con la camiseta de la Argentina en el Sudamericano de fútbol de Río de Janeiro, para el pequeño Thomas, que lo seguía con adoración.

A veces, salía con otros obreros jóvenes a pegar afiches, subiendo uno sobre los hombros del otro, para que quedaran a tanta altura que no pudieran sacarlos, ni pegarles otros encima. Hablaban muy poco mientras unos trabajaban, dos estaban de campana en las esquinas para alertar si se acercaban vigilantes. Una vez, los había sorprendido una patrulla policial, que venía corriendo, mientras agitaba sus bastones, pero los muchachos corrieron más rápido y pudieron escapar. Cuando, agitados, se reencontraron a salvo, el de mayor edad exclamó: “Un día no tendremos que correr, tendremos nuestros fusiles y los batiremos desde las barricadas y morirán diez policías por cada obrero caído”.

En alguna ocasión fueron a picnics en la isla Maciel, que organizaba “La Protesta”, en decenas de lanchitas de vapor

que, desde el puerto de La Boca, trasladaban mujeres serias y laboriosas como su madre, niños traviesos y hombres de bigotazos y boinas, que junto a las mesas de manteles blancos y los puestos de libros y opúsculos violentos, discutían acaloradamente las ideas libertarias y sólo se callaban con las canciones de los orfeones.

Por el año 19, Mister Lewis, que para esa época desempeñaba cargo de importancia en la recién fundada Academia de Cortado Sastres del Sindicato, le anunció que sus afanes de maestro habían concluido satisfactoriamente y que había dado las mejores referencias de él en un nuevo taller de sastrería que iba a instalarse en la ciudad de Córdoba y planeaba proyectarse, como por esos años había hecho la famosa casa Prieto, hacia las provincias de Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja. Allí había futuro, sentenció Mister Lewis. A Dionisio le temblaron las piernas, pero supo que era cierto y se compró un baúl de cartón con perchas y para no maltratar sus ropas, puso en el fondo “Llamamiento a los esclavos” de Bakunin y “Moralidades actuales” de Rafael Barret, que habrían de acompañarlo toda la vida y se despidió de los Lewis como no se había despedido de su familia propia.

CAPÍTULO IV

¡Hala, niña! ¡Hala, a mover las manos –decía madre, acelerando los trajines junto a la lareira– que con ese aire de mora tísica que tienes, no te han de querer para el altar, precisamente!

CAPÍTULO V

Querida madre: Estamos parados en una ciudad que dicen que se llama Río de Janeiro, pero no nos han dejado bajar del barco por la cuarentena y aprovecho la vuelta de un amigo de los tíos a Cádiz para mandarle esta carta que escribe para mí Cecilia y que no sé si usted permitirá que alguno de los niños le lea. Las historias del barco son terribles y la tía Paca está muy asustada. Este amigo cuenta que llegó al país convencido por las falsas promesas de los agentes argentinos en Madrid que contaban el bienestar que esperaba aquí a los trabajadores y, que harto de soportar que los señoritos eligieran, de entre los mozos que esperaban horas apoyados, con sus herramientas inútiles contra el muro de la capilla, quién comería y quién no después de romperse el lomo en la tierra ajena, vendió los trastos que tenía y se vino a América, con un primo, creyendo que terminaban los tiempos de miseria. Todo fue

mentira. En Buenos Ayres no hallaron ocupación y en el Hotel de Inmigrantes, los trataron como a esclavos, amenazándolos con echarlos a la calle en pleno invierno, si no aceptaban su oferta de ir como jornaleros para las plantaciones de azúcar en Tucumán, donde les prometían habitación, alimentos y 200 \$ al mes como salario, enredándolos con el cambio de los pesos a pesetas. Contaba que con sesenta compañeros se embarcó en el tren a la madrugada y que el viaje duró dos noches y un día y medio, sentados en el piso hediondo y apretados como sardinas. A cada uno, le dieron un kilo de pan y una libra de carne para el viaje en el Hotel de Inmigrantes y con eso hubieron de tirar hasta Tucumán. Por el frío y las privaciones, muchos iban enfermos o enfermaron antes de llegar, pero no hubo atención médica, ni compasión siquiera para ellos. Allí tuvieron que cargar su equipaje sobre los hombros hasta el Hotel, donde durmieron en el suelo y por todo alimento se les dio otra vez pan. A nadie se permitía salir a la calle y un hombre armado custodiaba la puerta. Por la tarde los obligaron a subir en unos carros, que llevaban hasta veinticuatro trabajadores parados en cada uno y así viajaron hasta muy tarde a la chacra. La habitación era apenas una enramada con hojas de banano o tabaco. El alcohol rebajado con agua amarga y el cucharón de puchero de maíz no lograban apaciguar la sed y el hambre del hombre que trabajaba en ese infierno. Dijo que pensaron fugarse, pero adónde irían en esa selva sin fronteras, en que los cuidadores armados los cazarián como a bestias. Además, en el almacén

del patrón, siempre debían la harina y la sal que les descontarían a precio de oro con el salario atrasado... ¡Ay, madre, qué será de nosotros en esta Argentina de mi mala fortuna!

CAPÍTULO VI

Mis tíos fueron unos padres para mí. Me pagaron el pasaje y me dieron casa, comida y vestido, desde que llegué al país con quince años, hasta que me mudé con Dionisio... Y también, oficio. Trabajaba en el taller doce, quince, dieciséis horas, sin sábados, ni domingos, ni feriados. Al principio, de tanto hacer, la aguja me hacía sangrar la piel, ensuciando la tela, y tenía que atarme los dedos con unas vendas, que me hacían más torpe, hasta que se formaba el callo. El pedal de la máquina de coser fue un alivio. Al poco tiempo, volaba en la máquina, aventajando a los tíos.

Aprendí a hacerme faldas de los pantalones que el tío ya no usaba y blusas con los sobrantes de los encargos del taller y a forrar los zapatos viejos con tela de tapicería que me

codiciaban las clientas más coquetas. Cuando terminaba con la costura, ayudaba en la cocina y con la limpieza y el lavado y los críos, o sea, mujer, ¡a qué más explicaciones!

Dormía en un catre separado del taller por una cortina de cretona verde, con la que los domingos por la noche inventaba un biógrafo de perros y águilas que perseguían conejos de dedos para los primos chicos.

En invierno, antes de dormir hervía agua caliente, para llenar los porrones de ginebra de barro cocido que mi tío pedía en las cantinas y que, envueltos en trapos de lana, calentaban los pies durante la noche.

Mis tíos fueron unos padres para mí. No me reprendían, ni me trataron con desabrimiento y cuando pasaron tres meses, me adelantaron un dinero para que pudiera girarle a madre. Con la remesa envié también una carta, contando cómo pasaba los días y supe por familiares de mi tía que el dinero había servido para reparar unos techos y comprar unos remedios, pero ni ésa ni ninguna otra carta tuvo respuesta, hasta que mis hermanos menores tomaron por su cuenta el contestarlas. Muy de tiempo en tiempo me llegaban noticias de escarlatinas, partos de biennacidos y bastardos o duelos que, como las paredes de la casa el día de la partida, se desleían en la memoria, como en un orvallo de orfandad.

Los domingos, el tío Segundo cantaba el cante y cuando

pudo, se compró una victrola en que ponía los discos de La Niña de los Peines y la de Puebla y Manolo, el Caracol o escuchábamos en la radio fandangos y pasodobles.

Durante años jamás supe cuánto gané, ¡ni quise preguntar! Cuando fue claro lo que tenía con Dionisio, mis tíos me abrieron una caja de ahorro para que fuera haciéndome un pozo para mi ajuar. Eran tiempos en que las mujeres debían vestir la casa y entonces, al trabajo del taller, añadí horas, reventándome los riñones sobre los diez pares de sábanas, toallas y manteles de hilo que aporté al hogar. Pero sin bordados, ni puntillas, para dar menos trabajo. Una simple columnita de puntadas idénticas, precisas. Prolijas y limpias ¿a qué más?

CAPÍTULO VII

Los diarios de la época relatan que “el Taller de la Asunción de la Corte Sabatina de la Compañía de Jesús que preside Doña Laura Carranza del Viso y a quien secundan las señoras Rosa Tiseira de del Viso y Felisa Luque, interpretando la buena voluntad del gobierno de la provincia consiguió una donación de dinero con el propósito de distribuir ropas a los pobres. Esta efectuóse el 15 del corriente mes en la plazoleta frente al templo de la Compañía y en el edificio de los Josefinos, obsequiándose con trajes y alimentos, sirviéndose a la vez un desayuno a cien mujeres del pueblo. El acto resultó muy simpático, habiendo concurrido a él las autoridades provinciales, varios sacerdotes y numerosas damas. La banda de la Escuela Presidente Roca ejecutó varias piezas de su repertorio. La tarea que se ha impuesto

el taller de la Asunción es muy digno de aplauso y de imitación por otras instituciones, que con ello se beneficiaría positivamente a un gran número de hogares donde hoy falta lo más indispensable para la vida, dado que el elevado precio de todos los artículos de consumo y vestido, está fuera del alcance de los modestos bolsillos". Diez años después, el tío Segundo guardaba junto al recorte, la factura impagada por sesenta pantalones de sarga de niño -20 centavos la unidad- y ochenta camisas de dama -30 centavos la unidad-, entregadas al Taller de la Asunción de la Corte Sabatina de la Compañía de Jesús el día 13, en los que había trabajado casi un mes, sin descanso, toda la familia.

CAPÍTULO VIII

Cecilia que, para liberarse del destino familiar del taller de costura, tomaba clases de mecanografía y contabilidad dos veces por semana, leyó en el pizarrón de la conferencia sobre “Trabajo femenino infantil” y abandonando con permiso las máquinas de coser del tío Segundo, allá fueron con Justina, vestidas de punta en blanco, a escuchar las utopías libertarias de leyes que amortiguaban el trabajo a domicilio y aseguraban el paraíso de una silla a las dependientas de comercio de pantorrillas mortificadas.

Apoyado contra una columna del fondo del salón, pañuelo rojo y negro al cuello, Dionisio, fumaba serio y parpadeando por el humo, los eternos “Avanti”, uno tras otro, –que todavía los compañeros no habían resuelto boicotear– hasta

que el toscanito comenzaba a quemar las yemas de los dedos, durante toda la conferencia en el Centro.

Ahí, Justina conoció por primera vez y Cecilia copió con lápiz unos papelitos el *Manifiesto* de Gabriela Laperrière, que después aprenderían de memoria y repetirían como una plegaria a otras costureras: “la obrera habrá notado cómo resulta cansador el trabajo parado en ciertas épocas... Las que cosen en fábricas de camisetas, alpargatas, etc., deberán acostumbrarse a conservar lo más posible el busto recto. Encorvadas, el hígado, el estómago, el intestino encuéntranse comprimidos: el aire no llega en cantidad suficiente a los pulmones. Esta postura más descansada que la vertical tiene también sus inconvenientes. Ciertos autores le atribuyen también la frecuencia de la tuberculosis de las costureras y hasta el cáncer de estómago de los zapateros. Cuando les sea factible usar ambas posturas, pedirán al patrón permiso para cambiarla. Estos detalles tienen una enorme importancia sobre todo para las que están encintas”

Cuando terminó la alocución del orador de la gran urbe, y como la semana próxima la charla versaba sobre los males del alcoholismo sirvió a la concurrencia una agüita chirle con un dejo confuso a granadina y todos se reunieron alrededor de la mesa a comentar los méritos de la exposición. Dionisio se olvidó por completo de su compromiso de acompañar al conferenciente y se acercó directamente al rincón en que Cecilia y Justina susurraban la delicadeza de un peinado o la caída de una falda y antes de que se dieran cuenta, se plantó

frente a Justina y se presentó con una tonada maragata, que la retrotrajo en un remolino de nostalgia al viaje en tercera clase de cuatro años antes, en que una familia de la misma provincia había hecho un poco más soportable con sus cuentos y anécdotas los tantos días de humillación y maltrato, chinches, piojos y potajes inmundos por los que debía pelearse a brazo partido en las largas colas de parias frente a las cocinas. Cecilia, discretamente, quedó a un lado y recordando la patria distante, la interminable guerra imperialista en Marruecos, la explotación de los obreros y las luchas de los que quedaron y los que se vinieron, se les pasaron las horas hasta el cierre del Centro y sin darse ni los domicilios, se despidieron con un ceremonioso apretón de manos en la puerta.

En la esquina, apesadumbrada por la noche en el barrio que aunque, con alumbrado y tranvía, seguía siendo tenebroso como zona de prostíbulos y gente de avería que era, Justina advirtió que él no tenía cómo encontrarla si quería y detrás de la cortina de cretona, a las primas se les fue la noche, tratando de urdir un modo de volver a verlo; pero siguiendo el alzamiento de “La Forestal” Dionisio se fue al Chaco santafesino, donde los hacheros se cazaban como animales por reclamar mejores condiciones de vida y después, siguiendo la huelga de choferes a la Capital y con las grandes huelgas agrarias por la pampa gringa y pasaron muchos meses hasta que volvió a verlo.

CAPÍTULO IX

Parecía que se sufría más la morriña, cuando alguna compañía traía al Rivera Indarte una zarzuela y los palcos se llenaban de señoronas y ricachones que no sabían de España más que el dibujito pardo en el globo terráqueo. Entonces, su tío, detenía un rato la máquina incesante y recitaba algún poema de Curros Enríques o Rosalía de Castro que hacía a las costureras humedecer la tela que cosían. Quizás el que más le gustaba era ése de:

“...Non o culpo, ¡coitado! No o axo
Non pido pragas nin castigo pra él...
No lo culpo, ¡cuidado!, ni lo juzgo,
no le deseo penas,
ni castigos, ni olvido,
que es libre de coger el camino
que más le convenga

¡Que aquél que abandona su hogar natal
y fuera de sus tierras planta sus pies
cuando troca lo seguro por lo incierto,
motivos ha de tener!”.

O también aquel otro:

“¡Vámonos a Buenos Aires,
miña cariña de rosa,
vámonos a Buenos Aires,
qu- esta térra non e nossa!”

“Buenos Aires, buena tierra,
buena tierra debe ser
que se lleva la flor de Galicia
y no la deja volver”

Después, el tío volvía a la costura, con los hombros un poco más vencidos y de la máquina subía un susurro de orvallo sobre los álamos que dibujaba entre la bruma la silueta de la madre eternamente enlutada que no volvería a ver viva y de la taberna inmunda que recogía la furia por el jornal magro, las atropelladas de los muchachotes que se jugaban la virilidad, alguna pena de amor y más allá todavía el Círculo Obrero y sus canciones:

Levántate obrero
que amanece ya,
y el 1º de mayo,

huelga general.
Verás a los obreros
que ligeros van
diciendo a los burgueses
ya no explotáis más.
Cantemos todos juntos
la gloria del trabajo
por haber abolido
la ley de los salarios.
Abajo el capital
con su explotación
y arriba los obreros
todos en unión...

y en ese mundo de justicia sin fronteras en que las nostalgias patrias se esfumaban como el recuerdo de un sueño angustioso, el tío Segundo encontraba la ilusión que volvía a poner a la Singer a toda velocidad.

CAPÍTULO X

En esos tiempos no había espejos, ni muchos lujos en la casa, nomás la pava enorme de cobre, en que las niñas se ataban las trenzas antes de ir a las faenas cotidianas, mirándose en su luna de repulido oro pobre, que, a veces, le devolvía la imagen de otra Justina más pequeña, feúcha, con un aire de mora tísica, como decía su madre, mirándose en otra pava enorme de cobre, en una cocina ahumada de olor a leña y a ropa secándose al fuego y el índice, entonces, iba reconociendo, como en un retrato antiguo, en ésta de ahora, los mismos ojos estirados, la misma cara morena ensanchada por el vientre de la pava, los mismos rulos negros como un nimbo de tristeza.

CAPÍTULO XI

—Sabes, muchacho, no siempre fue así, a pesar de la represión y las traiciones... Apenas llegué a Córdoba, por el año 19', me puse en contacto con los que ya luchaban aquí y con muchos de distintas ideas constituimos la Federación Obrera Provincial, con anarquistas, socialistas internacionales y sindicalistas. Disputábamos, pero nos uníamos y todos juntos íbamos a los pueblos y al campo para despertar más confianza en el obrero. Más de cuarenta sindicatos ingresaron en la nueva Central Obrera del proletariado cordobés y ese gran triunfo fue posible más que por un grupo de dirigentes, que también los hubo y valerosos, por el impulso combativo y revolucionario de las masas. En la vieja sede de la calle Ituzaingó, se reunía desde las primeras horas de la tarde hasta la alta noche un verdadero hormiguero humano. Con la FOP fuimos por toda la provincia explicando nuestras ideas y organizando nuevos

sindicatos en Belle Ville, Río Segundo, Río Cuarto, Marcos Juárez y San Francisco. En la Capital Federal, la división de la FORA entre anarquistas y sindicalistas del V Congreso y del IX comenzaba a llegar a Córdoba, pero, a pesar de todo, por un tiempo logramos mantener la unidad, hasta la fatal creación del Partido Comunista, que se formó con la división del Partido Socialista Internacional, que defendía la revolución rusa del 17'; esa supuesta revolución que masacraba anarquistas y proclamaba una dictadura más: la del proletariado, para un pueblo que nosotros queríamos libre de toda dictadura. Nosotros queríamos una sociedad libre, una sociedad de obreros y ningún partido podía darle la libertad a los obreros. Para ganarla tenían que luchar ellos mismos. Ellos alegaban que debían extender por todo el mundo la sociedad de proletarios de Rusia, pero en Rusia los proletarios ni tenían el poder, ni tenían verdadera libertad. Después, con los años, comprobamos lo que temíamos. La revolución en que tantos creímos se había transformado en hambre, servilismo y purgas que ningún ideal podía justificar. Además, apenas creado el Partido comunista mostró las mismas mañas que lo caracterizaron en todo el mundo; se proponía apoderarse de los sindicatos y agrupaciones obreras creadas con esfuerzo y honestidad y expulsar a sus jefes, por cualquier método: la violencia, el soborno, la difamación, lo que fuere y donde ello no fuera posible, destruirlos y fundar en su lugar organizaciones comunistas. Como decía González Pacheco en su "Tribuna Proletaria": A la libertad y la justicia se llega sólo con justicia

y libertad. Por eso, cuando en 1924 llegó la noticia de la muerte de Lenin, los anarquistas nos ilusionamos y nuestros periódicos gritaban: “Murió Lenin. ¡Viva el comunismo anárquico!”, sin saber que lo que venía con Stalin sería mucho peor.

En 1920, la Unión General de Obreros del Calzado comenzó la tercera huelga de su historia, cuando la Fábrica Tettamanti expulsó a dos obreras que habían hecho correr una lista de suscripción. Cuando el Sindicato exigió su reincorporación, la patronal, que contaba con el apoyo del gobierno conservador de Rafael Núñez, que ya había dado cabales muestras de encarnizamiento con los obreros durante la Semana Trágica, rechazó todo arreglo posible. Al mes de huelga, el gremio declaró la huelga general y la fábrica organizó el carneraje, bajo el amparo policial. Durante una de las batallas diarias, un carnero resultó gravemente herido y la policía culpó a Jesús Manzanelli, que era un combativo dirigente de la Unión y que pese a haber sido ocultado por los compañeros, fue detenido y desde ese momento conoció la cárcel y la desocupación y la huelga se perdió... pero el trabajo agitativo no tuvo descanso.

Cuando en enero del 23', el heroico anarquista Kurt Wilkens, que había sido amigo y compañero de pensión de Radowitzky, ajustició al Coronel Varela por la masacre de los peones de la Patagonia, y fue, después asesinado a sangre fría, mientras estaba durmiendo, en la prisión de Caseros por el “perro” Pérez Millán, corrió de inmediato por todo el país

la noticia de que el verdugo había sido policía en Santa Cruz y era miembro de la horda de la Liga Patriótica. Al enterarnos de su muerte, salimos de nuevo a la calle y el pueblo obrero se manifestó en repudio del cobarde, que eludiendo su responsabilidad se hizo internar como si estuviera loco en el Hospicio de las Mercedes. El payador anarquista Luis Acosta García compuso una canción que cantábamos: “Era una noche de éas / oscura, fría y triste /en el mayor silencio se hallaba la prisión / un centinela alerta pregunta ante una celda / Kurt Wilkens, le responden / y un estampido horrible commueve a la ciudad”. Cuando dos años después por la mano justiciera de Lucich, un interno del hospicio, el asesino Pérez Millán encontró la muerte, recién pudimos descansar.

En el mismo 23', la ciudad toda, desde los comerciantes a los obreros, se unió para pedir la cabeza del intendente Ordoñez y desde la escalinata del teatro Rivera, caminamos cantando la Internacional y en la plaza Vélez Sársfield propusimos formar una Comuna de iguales, en que los impuestos y las gabelas estuvieran prohibidas, bajo la mirada amenazante del Escuadrón, que quería detenernos por incitación al sabotaje y el atentado...

–Dionisio, a ver si dejas de llenarle la cabeza de viento al muchacho y le enseñas algo de provecho! Y tú, Alba, ¡hala, a mover las manos y si terminaste las tareas, a estudiar, para que un día seas médica y no una bruta, como tu madre!

–Dejé que me cuente, Justina, esto es lo único que Dionisio

puede enseñarme, porque yo no voy a ser sastre, como él o mi padre, ni carpintero, ni zapatero para ricachones, ni para curas, que para ellos doblan el lomo sobre la máquina meta y dale todo el día. Yo voy a ser revolucionario y escritor para escribir la verdadera historia de este país.

–¡Menudo oficio, niño, para ganarte la vida!

–No me importa la vida, si no hay justicia, pan y verdad para mis hermanos. Dionisio, Seguíme contando qué hicieron después!

–En las escuelas, en las iglesias y las comisarías estaba expuesto el manifiesto del infame Manuel Carlés y su liga de rufianes salidos del Jockey Club y los prostíbulos que decían que la agitación que se iba produciendo en las filas de los trabajadores de la campaña se debía a la mentirosa promesa de repartirles tierras, vacas y dinero, lo que provocaba una lógica reacción de repudio entre los habitantes sensatos y laboriosos, expuestos a la rapiña de locos y aprovechadores. Decían que no había transeúnte a quien no se le invitara a formar parte del gobierno comunista, donde ya las mujeres y los vagos se daban el título de comisarios del pueblo, así fueran personajes desprestigiados por su moral pervertida. Por eso, esos miserables que se llamaban patriotas, convocaban “a los hombres de conciencia” a armarse para defender su bienestar personal y el progreso colectivo, frente al ataque de unos pocos que al amparo de la ignorancia de algunos se dedicaban al saqueo y al pillaje.

Contra ellos y el poderío de sus campañas de mentira y violencia, debíamos movilizarnos.

Desde el 22', en Europa avanzaba el fascismo. En Italia comenzaron las primeras manifestaciones del "fascio", fomentadas por el Rey Víctor Emanuel III, un títere en manos de los grandes industriales de Turín, espantados porque dos años antes los obreros habían ocupado las fábricas; en España con la "dictablanda" de Primo de Rivera que ninguna blandura tuvo con nosotros los trabajadores y en Alemania, tras el asesinato de Rosa Luxemburgo y Carlos Liebnecht, la Socialdemocracia duró poco y dio paso al nazismo. Por eso, cuando los militares de Uriburu se levantaron contra el gobierno de Yrigoyen elegido por el sufragio, el anochecer del 6 de setiembre del 30', las iglesias de aquí se iluminaron para mostrar su regocijo, mientras frente a la sede del Club Social, Clèrici, un militante de la Seccional 5^a, que participaba de una protesta social, se transformaba en la primera víctima de la dictadura de Uriburu y el 8 una manifestación convocada por una comisión de los más rancios vecinos recorrió las calles de la ciudad viviendo al dictador y a su ejército, mientras las campanas de la Iglesia del Milagro se unían al festejo y desde los balcones del Arzobispado, Monseñor Pablo Cabrera lloraba de emoción. De inmediato, el jefe de Policía dictó un bando prohibiendo la reunión de personas por razones políticas y amenazando con aplicar la ley marcial a quienes poseyeran armas y no las entregaran a la policía y por supuesto, nuevamente fuimos a dar con

nuestros huesos a los calabozos, junto con socialistas y radicales. Antes de soltarnos, pocos días después, el jefe de Investigaciones de la policía nos rapó la cabeza, como se hace con los pobrecitos piojosos, y nos dio un sermón sobre la necesidad de abandonar la senda equivocada para volver a las sanas ideas del patriotismo y la reconstrucción nacional. Entonces, el dictador designó interventor de la provincia a su primo, Carlos Ibarguren, un oligarcón católico salteño, que decían, Leandro, que pertenecía, a la vez, al fascismo local, a la Legión Cívica y al Consejo Diocesano de Acción Católica. Aquí, la Legión tenía como dirigentes a los Deheza, a los Novillo Saravia, al odiado Antonio Nores, que tanto daño había provocado en la Universidad libre y esto debía ser cierto, porque para recibirlo llamaron a sus huestes que, con el clero, el Comité de Comercio y la Sociedad Rural, lo acompañaron entre vítores a la casa de gobierno, mostrándole las fachadas embanderadas de las casas principales. De inmediato, la Universidad de la dictadura echó a "los propagandistas de la anarquía", a Sayago, a Orgaz y a Bermann y a muchos que desde 1918 luchaban por una educación popular y laica y por ellos también marchamos los trabajadores. Entonces, los señoritingos de las familias tradicionales fueron autorizados por los gobernantes del Partido Demócrata, los jueces adictos y la Iglesia católica, que prestaba su casa en Colón 176, para recibir formación fascista e instrucción militar con prácticas de tiro los domingos y feriados en los cuarteles, aprendiendo a reprimir a machete y a balazo a la justa repulsa social, diciendo que

todos nuestros actos eran resultado de las maquinaciones de las finanzas judías internacionales y del internacionalismo soviético ateo, en la diaria batalla del demonio contra la divinidad. Con De Anquín, a la cabeza, como los fascistas italianos, convocaban a los jóvenes oligarcas católicos a luchar contra la nueva rebelión colectiva contra Dios que los obreros y los universitarios encarnábamos.

Pero la lucha continuaba, a pesar de los caídos y los presos.

Antes, en la larga campaña internacional en repudio a la prisión de Sacco y Vanzetti, cuando el imperialismo yanqui los acusó vilmente por un delito que no habían cometido para amedrentar a los luchadores obreros, la Federación Obrera llamó a tres paros generales reclamando su libertad y hasta hubo un atentado contra la concesionaria de autos Feigin. La gente se arracimaba frente a la sede del diario "La Voz del Interior", esperando hasta el último momento el indulto del gobernador Fuller o el Presidente Coolidge... Y el día en que fueron asesinados en la silla eléctrica, un 23 de agosto de 1927, poco después del nacimiento de Albita, a los cinco minutos del 23, cuando la sirena del diario al mismo tiempo que las de miles de diarios de todo el mundo con un prolongado alarido anunciaron que se había cumplido la sentencia, vi llorar juntos en el local de la Federación a obreros, mujeres y niños, socialistas, sindicalistas y anarquistas, llorar y jurar que los reinvindicarían. Por aquí mismo, por estas calles, marcharon cientos de hombres, panaderos, gráficos, ferroviarios, lavanderas, fosforeras,

planchadoras, los universitarios de la Reforma y niños de la ciudad y hasta gauchos que bajaron de las sierras con banderas y cintas negras en los brazos a expresar su dolor y su ira por esos mártires, cantando *La Internacional*. Lo mismo cuando en el 29', en las bravas huelgas de San Francisco contra los inhumanos empresarios Tampieri y Boero, que costaron la vida a muchos trabajadores, hombres y mujeres.

Enredados en sus fraudes y asonadas para hacerse con el poder, conservadores y radicales sólo aceptaron reconocer migajas para desarmar a los débiles y a los confundidos, mientras se perpetuaban en el gobierno, porque unos y otros eran lo mismo e iban de uno a otro partido, como los Bas, alegando principismos o lealtades que ninguno tenía. Mira, a los días de las elecciones nacionales del 26', los radicales clamaban al cielo porque habían descubierto que en una imprenta, los conservadores con el Jefe de Policía, un Garzón, por supuesto, –siempre los mismos nombres en esta Córdoba de familias de chupasangres– habían fabricado cerca de diez mil libretas para aumentar votos demócratas. Como siempre, a los verdaderos instigadores de la maniobra les bastó con presentar la renuncia, mientras que a los empleados de la imprenta, les costó la cárcel durante muchos días. En el 30', fueron los demócratas los escandalizados por el fraude, pidiendo mil castigos para los radicales que habían violado urnas y secuestrado fiscales demócratas para lograr lo mismo que ellos en la elección

anterior. Y la Justicia, ese molino de pobres, dándoles siempre la razón.

Por eso, nosotros nos mantuvimos afuera, manteniendo nuestra lucha agitativa, sin engañarnos con los resultados de los sufragios.

Pero, nos hemos ido muy lejos, muchacho. Volvamos al 20'... Nunca tuvimos plata para trenes, y menos para autos, porque la Federación se sostenía nada más que con las cotizaciones que aportaban los Sindicatos. No había ninguna ley que hiciera obligatoria la cotización, pero, sobre todo, era muy difícil conseguir un compañero que quisiera hacerse cargo de cobrarla, porque si el patrón lo veía, ya podía ir buscándose otro empleo. Así que salíamos hasta donde alcanzara la plata... si era una ciudad o un pueblo, los compañeros hacían una suscripción y nos daban lo que se juntara para seguir un poco más lejos. Una vez un compañero peluquero del sur empeñó las máquinas de cortar pelo para poder pagarnos el pasaje, pero después como no podía trabajar sin ellas, no pudo recuperarlas y cuando días después, los vecinos se enteraron, con el jefe comunal a la cabeza, se presentaron enfurecidos, y seguramente despelurciados, exigiéndole al usurero la devolución de las máquinas, sin pago de rescate alguno... Otras veces no había plata, pero sí un sulky o un carro y, con suerte, un asado o un guiso y muchas veces, un pedazo de pan o nada y había que ir a pie por caminos de tierra o campo arado o monte cerrado, pero eran momentos muy

conmovedores porque, aunque no hubiera plata, con cada compañero llegaba al lugar la Federación Obrera y allí, había decenas, cientos de trabajadores esperándonos: rurales, estibadores, conductores de carros y en las ciudades, hasta un sindicato metalúrgico y otro de panaderos...

En las zonas agrícolas se luchaba por la jornada de ocho o, al menos, de nueve horas, por la comida y por la bolsa de trabajo... y si había enfermos o accidentados, que se los llevara al pueblo, porque si alguno se enfermaba, ahí nomás quedaba... Y por supuesto, por un mejor jornal, porque no se pagaba nada en la juntada de trigo, maíz, girasol... Y, sobre todo, pedíamos por la bolsa de trabajo, que evitaba las arbitrariedades del patrón y del comisario, que buscaban siempre los más brutos y más serviles. Por eso, la reivindicación principal era ésa: el derecho que tenían todos los obreros rurales de trabajar por igual según el turno.

-¿Y qué les decías, Dionisio? ¿Cómo conseguías ganarlos para la causa si vivían como animales?

-Para mí, no era difícil, porque yo había vivido las mismas miserias y había sido tratado peor que la mula que el patrón, al menos, alimentaba, porque de ella dependía poder levantar la cosecha, mientras que brazos como los míos se conseguían por miles. Yo podía hablarles en su misma lengua y no se me hacía difícil hacer entender a esas gentes tan primitivas que en la unión encontraríamos la victoria. Se empezaba hablándoles de mejor comida y mejor salario y

más adelante, para enseñarlos, les hablábamos de la revolución popular y de la fuerza de los trabajadores unidos, pero algunos decían: “No, me parece que no va a poder ser, porque la revolución es para gente leída y nosotros somos unos indios medio desgraciados, nomás”. Pero, a pesar de todo, igual que había hecho yo hace tiempo, se quedaban escuchando nuestras palabras con los ojos muy abiertos, como si fuera la primera vez que hubieran pensado sobre las cosas que vivían y padecían desde generaciones; esperando nuestros folletos, siempre escasos y, en ocasiones, siguiéndonos de puesto en puesto, de obraje en obraje, de estación en estación, como en una procesión sin pecado, ni castigo, hasta que parecía imposible que oyieran algo nuevo, pero como si fuera el machacamiento de las mismas palabras, una y otra vez, lo único que conseguía abrir una luz en las seseras cerradas.

Otra vez, por los desiertos de Catamarca, preguntó uno qué era eso del socialismo por el que todos bregábamos. Nos quedamos callados, rebuscando cada uno en la memoria alguna frase de Kropotkin o Fourier o Marx en las páginas leídas y explicadas por los expertos, pero un paisano viejo, que nos venía siguiendo al paso de su mulo, sin acercarse, ni decir una palabra, desde varias jornadas antes, contestó, agachándose sobre un pantano que las lluvias de vaya a saber qué añares habían formado en la tierra arcillosa: “Mire, es así: el socialismo es como la hoja de tuna. El agua está turbia, ¿ve?, pero si usté mete la hoja espinuda en el

charco y la deja un rato en el fondo, el agua de a poquito se va aclarando, se pone limpiecita y cuando usted se está muriendo de “sé” por estos guadales, en esa agüita a usted le puede ir la vida. Para mí, eso es el socialismo.”

Desde entonces leí muchos libros y hablé a muchos hombres a lo largo de muchos caminos, pero jamás encontré, ni escuché una lección más perfecta que la que nos dio esa tarde Don Simón Gómez.

CAPÍTULO XII

Alguna vez, cuando Justina asistía con Cecilia a las conferencias del Círculo Obrero, se ilusionó con la lucha de las feministas, pensando que cuando tuvieran los mismos derechos que los varones, el mundo sería muy otro. La movilizaba escuchar a esas profesionales, a esas maestras, médicas y periodistas que tanto sabían, de la necesidad de que la mujer obtuviera el voto para liberarse de la sujeción del padre y del marido, de quien dependía para elegir oficio o profesión con que ganarse la vida, para manejar sus bienes, para educar a sus hijos. Siempre la había rebelado esa obligación de la mujer de llevar el apellido del marido, aunque la maltratara, la traicionara o la repudiara, como lo lleva el perro en el collar o el caballo en la manta que le cubre el lomo mortificado por el látigo del amo. La había enfurecido la hipocresía social que imponía a la mujer soltera la virginidad y a la casada, la maternidad, castigando su

transgresión como un crimen, mientras pagaba con dineros públicos los lujos de las queridas de los funcionarios y fomentaba la prostitución de las niñas pobres como un negocio más. Sentía que hablaban por ella cuando denunciaban la explotación laboral de la mujer, condenada a recibir la mitad de la paga del varón por el mismo trabajo, a soportar la lascivia de los capataces y las humillaciones de las regentas. Sólo cuando ella, decían, ganara el voto, las leyes les otorgarían iguales derechos que a los varones y no habría guerras, ni injusticias, ni miseria en el mundo. Después, Dionisio había explicado, con su contundencia de siempre, que la lucha de las compañeras anarquistas era mucho más profunda y decisiva que la de esas otras, que luchaban por boberías burguesas como el divorcio, el uso de pantalón o el estúpido derecho a fumar en público y que, en realidad, el voto impuesto por Sáenz Peña, ese Presidente de la oligarquía, no era sino un nuevo atentado contra la libertad individual, una nueva afrenta contra los derechos de los proletarios a los que los patrones arreaban a las urnas, por la fuerza, para elegir a quienes mañana serían sus opresores. De los mentirosos Parlamentos de los patrones partían las leyes que consagraban las matanzas y los destierros de los obreros.

CAPÍTULO XIII

¡Nada, mujer, que lo del amor libre no era para ella...! ¡que para quien ha compartido con el hermanerío y el primerío hasta el colchón y nunca tuvo propia ni una peineta, lo de la propiedad privada, sí, será un robo, como alegaba el Prudhon ése... y lo de los curas que siempre anduvieron amañados con los ricos, también, pero lo del amor libre...! ¡No, Cecilia, tú no le defiendas! ¡Menudo verso ése de que mejor la “camaradería amorosa”, porque el matrimonio impone un contrato que restringe la libertad individual!... ¡Que para ti que vas a ser contable, estará bien lo del amor libre que pide el maragato anarquista ése... pero para mí, no es de personas limpias, mira! ¡Lo del matrimonio civil, todavía... o lo del concúbito y tirar p'alante a lo que dé está bien, pero lo del amor libre! ¡Qué pretende ése, a ver, que sea la mujer del pueblo! ¡No, señor, plantarse frente a todos y decir ésta es mi mujer y dar a los hijos el apellido, que para

eso tienen padre y madre y no echarlos al mundo como gatos
y que otro mire por ellos! ¡Vamos, que poco les cuesta a ellos
hacerle a una un hijo y echarse a un lao y a lidiar una sola con
el crío! ¡Nada, Cecilia, nada, que si me quiere, papeles por
'alante!

CAPÍTULO XIV

Detrás de la cortina de cretona, después del trajín incesante del día, Justina pensaba en lo poco que sabía de su madre, de su padre, de sus abuelos y tatarabuelos. Escasamente un gesto, un nombre, a veces ni siquiera un apellido, ni un rostro. Y hoy, que estaba tan lejos, quizás, tampoco conocería nunca nada más. Pensaba en lo que emigrar a esta América de su desconsuelo había hecho con su historia familiar: ella misma era ahora su único familiar aquí. Aunque sus tíos y sus primos fueran tan buenos, en realidad, en ella misma comenzaba y terminaba su linaje aquí. América la había despojado de todos los lazos... La había despojado a ella que no tenía prosapia, ni escudo de armas, ni heredades; sólo su lengua, como único equipaje, más que el hatillo de trapos y los zapatos de oferta que trajo en el barco. Por ella la reconocían, por ella y su oficio la nombraban: "la galleguita que cose". Su lengua: las voces de

su padre para acicatear a los animales, alguna reprimenda de su madre, algún refrán de la abuela casi desconocida, los rezos de sus hermanas monjas, su única herencia para saber aquí, en América, lejana y ajena, que era alguien, un apellido y una historia. En esta tierra, en que no importaba quién era, ni qué tenía, ni qué pudiera y llegara a ser o tener en el futuro, porque por esa lengua era hija de sus padres y nieta de sus abuelos, por el cordoncito de sangre de su lengua, atando a una y otra generación a través de los años y de las lejuras. Después, Justina recordaba alguna canción de cuna de verso duro y primitivo, más un ritmo que una letra, y cantándose, se iba durmiendo, calmada.

CAPÍTULO XV

Por el año 22', la Federación Obrera en pleno fue a escuchar a la Facultad a un sabio alemán, Alfonso Goldschmidt, traído por los muchachos del movimiento reformista, que había tenido que dejar su país por sus ideas políticas. Sabes, Leandro, al final de las clases, podían formulársele preguntas y aunque mis pocas luces no daban para tanto, me servía mucho oír a otros compañeros, con mejor formación, porque explicaba los más altos problemas con palabras que todos comprendíamos. Sabes que yo llegué a la Argentina siendo casi analfabeto y que no ha sido lo mío la alta doctrina política. El alemán habló de la historia de los monopolios alemanes y cómo se había producido la Revolución rusa. En una de esas clases, hizo un entusiasta elogio de Lenin, junto a una crítica de los errores de un tal Kausky o Kautky y un filósofo de aquí, Carlos Astrada, que había sido comunista, le preguntó, con aire de sabihondo,

sólo para rebatirle: “¿Si no hubiera habido un líder como Lenin, hubiera triunfado la Revolución?” y Goldschmidt le contestó: “Si no hubiera existido Lenin, la revolución hubiera creado otro como Lenin”. Sabes, yo no dije nada, porque ningún diploma tenía yo para confrontar con esos hombres, pero yo creía que a la revolución no la hacen los Lenin, por sabios que fueran, sino los obreros, con los Lenin o contra ellos.

CAPÍTULO XVI

Por las noches, cuando no estaba muy cansado, el tío gustaba de leernos a mí y a sus hijos, mientras mi tía y mi madre seguían cosiendo, las crónicas de Rafael Barrett, llegado de España a principios de siglo, que aparecían de cuando en cuando en el periódico “La Razón” y casi todos los días en las publicaciones anarquistas, deslumbrando a toda una generación con sus denuncias de la cara ruin de la triunfal Argentina del Centenario y su compromiso pacifista con las luchas obreras, que habían llevado al gobierno a expulsarlo con la maldita ley de Residencia hacia el Paraguay de los yerbatales y la explotación más inhumana todavía. Nos leía con una voz profunda y sonora, como de órgano, que hacía más dolorosa la realidad que mostraba: “No puedo abrir un diario sin encontrarlo salpicado de sangre. Los gubernistas de Nicaragua han fusilado a setecientos prisioneros. Ante una multitud frenética fueron guillotinados

en Valence tres hombres: "La sangre de los condenados corría por los rieles del tranvía hasta una distancia de cincuenta metros y la gente tenía los pies húmedos de sangre." En los Estados Unidos siguen linchando negros. El último fue ahorcado, baleado, después quemado... Ved después de las matanzas de Barcelona al maestro Ferrer ejecutado, ved, después de las matanzas del 1º de mayo en Buenos Aires al Comisario Falcón dinamitado. Sangre... máuser, horca, puñal, guillotina o bomba, ¿qué más da? Todos estos instrumentos me causan la misma tristeza; todos representan la misma desalentadora realidad. Parecen distintos, pero no lo son; complicado es el mecanismo del fusil moderno y complicado el mecanismo legal que mueve las guillotinas y levanta las horcas pero la esencia de ambos es hacer sangre, es dejar tras de sí el rastro uniforme de la bestia humana. Yo sé que a veces el esfuerzo se vuelve convulsivo y hay que herir y hendir pronto, buscar el futuro arrancarlo de las entrañas de la madre muerta". ¿Y si fuera mentira tío? ¿Si al llevar el ideal en los labios lleváramos en las manos la venganza? ¿Si en lugar de ser cirujanos fuéramos asesinos? ¿Había luz en las conciencias de los que condenaron a Francisco Ferrer? ¿Había luz en la del anarquista que condenó al Comisario Falcón?

CAPÍTULO XVII

Duelen tanto las piernas sobre el pedal. Duele tanto la espalda encorvada sobre el lienzo áspero. La cabeza parece que se escurre, que se tuerce, que se va y hay que cerrar los ojos con fuerza, una y otra vez, con mucho cuidado para vigilar que la aguja no vaya a abandonar la línea sobre la tela, temiendo que los colmillos de alacrán muerdan los dedos inocentes... Y la Regenta que controla cada descuido, cada movimiento, cada pensamiento para multar las prendas improlijas, la huella del aceite manchando el género, los segundos desperdiciados en tomar agua... Por lo menos, nosotras estamos sentadas y ahí, en la punta del pasillo, aunque no esté cerca, está la ventana que da al patio interior... Y esta tos permanente que parece que aguza el dolor en los riñones y en el bajo vientre... en el bajo vientre...

Tres semanas ya y nada, ¡Dios mío, si es otro crío... que hemos de hacer si es otro crío! Con Alba tan chiquita y Florita, todavía un bebé. ¿Quién va a ocuparme con tanto crío? No pensar, no pensar, Justina, y vigilar la aguja que hinca la tela como el dolor los riñones. Vigilar, vigilar la aguja, que la sangre corra por donde debe... Vigilar que nadie sepa, que nadie sospeche la sangre rebelada, bajo la cerviz obediente... ¡Dios mío, que la Regenta no sospeche nada! Tres semanas... es una eternidad tres semanas... Por magro que fuera, necesitaban un sueldo. No podían darse el lujo de coser los dos nada más que en la casa y cuando se diera y Dionisio, por sus cosas, estaba fichado. ¿Qué patrón querría un sastre, por bueno que fuera, con sus ideas?... Además, aquí había mentido diciendo que era soltera y que no tenía hijos para que la tomaran...

Peor, mucho peor, están las tizadoras, eternamente de pie, marcando los moldes sobre las pilas de cortes iguales, con la culebra del centímetro enroscada en el cuello... Tres semanas... Dicen que un tiempo antes de que yo llegara una tizadora abortó un niño, allí mismo, de pie junto a las pilas de cortes, sobre los mosaicos de arabescos dorados... Dicen que pidió permiso para ir al excusado dos veces y que la Regenta ya la miró mal. Dicen que la tercera vez rogó, que se hallaba descompuesta... pero que no llegó a la letrina, que el pujo le quebró la cintura y sobre el mismo piso, en un turbión de sangre negra, abortó el niño muerto... ahí, de pie junto a la pila de cortes y la tiza de marcar todavía en la mano. Dicen

que en la gritería de aves marías purísimas y llamen a la policía, sólo atinó a arrodillarse junto al niño, sin tocarlo y a taparse la cara. Dicen que no tenía más de dieciséis años. Dicen que los policías llegaron al momento y se llevaron a la mujer, todavía arrodillada y al niño muerto. Dicen que las monjas dieron órdenes a las pequeñas del Asilo, que bordaban con sus dedos finos las sedas ricas de las señoras, de limpiar urgente el estropicio de sangre sobre los arabescos dorados para que las máquinas no pararan un momento. Dicen que las monjas armaron un escándalo y que la Regenta tuvo que explicar que la mujer se dijo soltera y huérfana de padre, con dos hermanos chicos para criar y por eso le dio el empleo. Dicen que alegó que era puntual y limpia y que estaría fajada porque nadie advirtió nada y que la engañó en su buena fe. Dicen que no se la vio más, ni siquiera para cobrar la quincena y nadie habló nunca más de ella, pero que al tiempo, al abrir su armario, la Regenta encontró una rata clavada en su delantal gris de pariente vergonzante de familia de alcurnia.

Duelen tanto las piernas sobre el pedal después de las nueve horas, diez horas, doce horas... y el bajo vientre. Pero, peor todavía están las aprendizas... Algunas tan chiquitas, apenas diez o doce años, de pie, esforzándose dobladas sobre los hilvanes, hora tras horas, todas encerradas en este cuarto, sin luz, ni aire... Pero, peor, todavía peor que todas están todavía las planchadoras, eternamente de pie, tosiendo y tosiendo en el ahogo que se levanta desde el

infierno de la tela hirviente, asentando las solapas, los hombros, las carteras, con las planchas pesadas como pecados capitales, justo, justito debajo del cartel “El trabajo coloca en la frente sudorosa de la obrera la virtud”, que hizo clavar en la pared blanca del taller el Sindicato Católico de la Aguja.

CAPÍTULO XVIII

Preguntó en “La Española. La casa de los paraguas”, con la niña en brazos, si no necesitaban costurera o planchadora o mujer de servicio, y la gentil señora de Osorio Sánchez, alertada por la tonada, después de mucho rato de recordar la Galicia verde y honda, sus rías lozanas y la dureza de la vida de la mujer trabajadora y pedirle sus señas por si salía algo, la corrió hasta la esquina del Convento de Santa Teresa para entregarle el aviso que le había recortado del diario: “Se busca lavandera y planchadora a domicilio: 2 centavos por docena por planchado y almidonado sin útiles. Las camisas con lustre 35. Presentarse de 9 a 12 hs., en Caseros nº 620.”

CAPÍTULO XIX

Algunas noches, Dionisio tenía pesadillas anarquistas y, a los gritos, vociferaba arengas llamando a la lucha obrera a los hijos del pueblo que avanzaban con hoces y palos, las ropas desgarradas, arrojaban cascotes contra la cristalería de los chateaux de Nueva Córdoba, las mansiones empingorotadas de la Buenos Aires del centenario y las iglesias amancebadas con los patronos, mientras la sangre corría por el empedrado como el lacre espeso que sellaba las cartas, con que Dionisio se ocupaba de comunicar a los deudos el fallecimiento de otro compañero más en la lucha contra el capitalismo. Y, en medio de la muchedumbre bajo las cargas de “los cosacos”, Dionisio armaba, con sus dedos delicados de sastre, molотовs con botellas de ginebra y mechas fabricadas con los girones del batón oscuro que su madre vestía el día de su muerte, en la caja endeble de madera de álamo en que se la tragó la tierra injusta de los

hombres. La voz, en el sueño, se le hacía bronca e irreconocible y las pequeñas se despertaban llorando por esa voz que parecía salirle de un fondo monstruoso y temible. Entonces, Justina trataba de recordarlo hablándole muy suavemente, porque temía que una de esas pesadillas le quebrara para siempre el aliento, como esos toros ciegos que en su pueblo embestían hasta matar a los muchachones que, con el alcohol de la quincena, se soñaban toreros. Cuando al fin se despertaba, jadeante y sudoroso, Dionisio se enroscaba en posición fetal y miraba mucho rato la noche del pasillito estrecho con los ojos muy abiertos hasta que al fin, el cansancio lo vencía. Las niñas se callaban, la pieza se entregaba a la humedad y la carcoma y sólo Justina, temerosa de no sabía qué peligros, velaba.

CAPÍTULO XX

En el taller de costura de las monjas, conoció a Azucena, que muchos días cuidó de sus niñas, antes de saberse de su enfermedad.

Hacía muchos años, recién cumplidos los dieciocho, había salido del Asilo de Niños desvalidos de María Inmaculada con destreza probada en la costura y el planchado, como correspondía a una institución que albergaba a cincuenta niñas pobres y abandonadas “para formar en ellas sirvientas hábiles y útiles a la sociedad distinguida”, y una melena lisa y renegrida de mataca en celo, casi hasta las caderas, que ponía muy nerviosas a las Superioras, para colocarse como sirvienta en una casa que en cada colecta dominical se mostraba probadamente cristiana. En la familia de comerciantes gallegos venidos a aristócratas, no extrañó el régimen de puchero, mazamorra y trabajo de sol a sol, pero

a los meses, harta de las miserias de los palacetes advenedizos en que se contaban los higos en los árboles cargados, para descontárselos de la paga ilusoria que se demoraba quincena a quincena, decidió arriesgarse por su cuenta en la Córdoba hipócrita de principios de siglo.

En la calle, no tardó mucho en caer en los brazos de un proxeneta de fuste por el Bajo de la Seccional Segunda, con salón para diputados, oficiales y pitucos primerizos, atendido por putas vencidas por los años que habían echado sus primeros polvos en los prostíbulos finos de Buenos Aires y que, para ampliar la empresa hacia otras barriadas, le consiguió dos cuartos y patio con parral en El Abrojal. Por allí caía el rufián de tarde en tarde, con trajecito copiado de cafferata porteño y crenchas engominadas debajo del sombrero requintado, a retirar sus porcentajes por los eficientes servicios que Azucena cobraba por igual a obreros de manos ardidas, galleros de la calle Ayacucho, liberados después de años sin visitas higiénicas y parroquianos pasados de ajenjo del boliche de Ciriaco, siempre soñando con un prostíbulo como Dios manda, como el de “La Catalana”, con sistema de pago a lata, orquesta de tango con violín y bandoneón y pacto con los médicos del sifilicomio para no perder tiempo en hacer colas, pero para obreros... que por ese lado, le había apretado siempre el corazón. De mes en mes, su cafisho se acordaba bien de encapotarle un ojo o aflojarle un diente para hacerle saber, en esa casa en que tantos andaban en cueros, quién llevaba los pantalones y

Azucena que, con su metro setenta y cinco, era capaz de enfrentarse sola a una tropa armada, lo dejaba hacer como quien permite un capricho a un niño malcriado.

Llevaba malviviendo de éste y muchos otros oficios más de treinta años, cuando se encontró en el taller con Justina que, curiosamente, vivía en un conventillo que no pasaba de rancherío derrengado, con prolijo cerquito de ruda y maltones entre la maraña de los tunales, a metros de sus cuartos. No alcanzaron a volverse juntas más que dos o tres veces hasta la vecindad, en que la noche caía procelosa sobre los estrechos portales, con vigas de hierro sujetando las paredes que envejecían apenas levantadas y sobre los callejones, en que las lluvias amontonaban cáscaras de frutas, cartones y trapos, cuando no algún cadáver por apuñalamiento a traición.

A los pocos días de llegada al taller, Azucena reclamó que dieran sillas a las planchadoras, tizadoras y cortadoras, porque si no lo mandaba la ley, lo mandaba la buena leche y un rato después, anunció a los gritos que ningún malparido del Ministerio de Trabajo podía haber habilitado ese estable en que las obreras escupían los pulmones como bestias de carga. A las seis de la tarde, la Regenta le dio un sobrecito con su salario y le dijo que no volviera, porque su trabajo no tenía la calidad que se requería en ese lugar. Justina, que ni la conocía, le aferró el brazo derecho que hurgaba algo, con furia, entre las ligas y le susurró al oído: “¡Vamos, mujer, no vale la pena desgraciarse por esta escoria humana!”. Otras

la rodearon y entre todas la empujaron al fresco de la calle y, en un momento, cada una voló a su casa para que las hermanitas no creyeran que andaban con ella.

En el camino, Azucena le contó que no le importaba la pérdida, porque ella tenía su oficio, en que no le debía nada a nadie y Justina no preguntó nada, porque toda su vida había andado entre gentes que aunque no debían nada a nadie, parecían no haber dejado de pagar nunca, y se animó a contar, a su vez, que Dionisio era sastre de mucho oficio y que si no fuera porque vivía preso o fugado por anarquista, hubieran medrado en esa América tan promisoria para muchos y tan horra para otros. Azucena la invitó a tomar unos mates, pero cuando supo que todavía tenía que llegar a la casa de sus tíos que le daban una mirada al chiquerío entre la montaña de costura para entregar cada día, la mujer no insistió, pero ofreció su ayuda para cuando fuera necesaria.

Al tiempo, Justina la buscó para cuidar a las niñas mientras trabajaba en el taller, sabiendo que como lavaba y planchaba para fuera, permanecía mucho tiempo en la casa y al buscarlas, cuando salía del taller, todavía se quedaba un rato, charlando de los progresos de las hijas y las ruindades de los patrones que hacían brotar relumbres de homicidio en los ojos de la mujerona y del precio del maíz y de los canteros de azucenas con que había embellecido la casa, como se charla con una hermana mayor o una madre ominosa, pero imprescindible...

Y cuando Dionisio faltaba, Azucena trancaba su puerta en prevención de algún cliente insistidor y se quedaba a dormir con ellas en la pieza y Justina descansaba, sintiéndose más protegida aún que cuando vivía con sus padres en su pueblito de Chandreiro y orvallaba toda la noche.

Con ella aprendió a hacer locro y mazamorra y pastelitos de batata en las tardes de otoño y cuando Dionisio llegaba pleno de entusiasmo, relatando feliz los debates en los congresos o los comités de taller, Azucena prestaba mucha atención, como quien necesita aprenderlo todo, traduciéndolo a su realidad, y al rato, dándose un porrazo en la frente, decía: “¡Ahora sí...! ¡Ahora sí caigo!”... ¡Y podría criticarse a todo y a todos, menos cuestionarse algo que dijera Dionisio, que para ella era, realmente, un santo... pero los de verdad, no los santos de los sotanudos éhos de la Iglesia, que eran todos unos pollerudos amigos de los ricos! Escuchándolo, se descubrió ácrata *avant-la-lêtre*, aunque de las que rechazaban al patrón y al marido, pero que en lugar de Dios, renegaban sólo de la Iglesia. Sobre todo, de los curas –que bien sabía ella– con la excusa de la guía espiritual y las ventajas del confesionario, se dedicaban a seducir niñas ingenuas y mujeres con el marido preso o bajo bandera, porque los curanchones esos eran unos padrillos tremendos. ¡Bien comidos, bien bebidos, sin el desgaste físico del trabajo o las angustias económicas, vivían en plan de sementales! Por eso, después de los padecimientos de toda una vida, el corazón de Azucena sólo soñaba con corroborar con sus

propios ojos el capítulo de la Magdalena en el Evangelio – ¡Qué le importaban a ella las boberías de Adán y Eva o del mamón ése de Job o de las dos pazguatas de Marta y María! ¡Esos eran capítulos para beatas, no para putas anarquistas como ella!–. Así que, cuando Albita empezó a ir a la escuela, la niña trató de meterle en la mollera de sanavirona los rudimentos del alfabeto para que pudiera descifrar, en la Biblia que Justina le compró, el mensaje que el dios de las primeras comunas refractarias tenía para las magdalenas del mundo. Su rotundo fracaso convenció a Dionisio para tallarle un crucifijo de palo rosa, con una figurita de Magdalena de pie bajo el Cristo lacerado, de cabellera negra y lisa como la de Azucena, que, sin embargo, hubo que sacar de la cabecera de la cama y colgar detrás de un roperito, porque apabullaba a la clientela, que se resistía a pagar si no había logrado cumplir con su contraprestación en el contrato.

Lo que nunca terminó de tragarse Dionisio fue el mal hábito de hacer dormir a sus hijas chicas con himnos sacros memorizados en las eternas penitencias conventuales de huérfana retobada y que, cuando estaban empachados, los devolviera con un escapulario del Sagrado Corazón entre las mantillas, pero ante el menor reclamo de Dionisio, Justina cortaba de raíz la discusión con alguna frase en que resonaban los ecos de otras que él mismo le había enseñado: “es sólo tu imposibilidad de concebir a un Dios distinto de un dictador despótico, lo que te repugna en la idea de Dios, la idea de un Patrón del Universo como un Patrón de Taller,

pero no puedes despreciar a la pobre Azucena que ve en él al padre y la madre que jamás tuvo. Si dices que la religión es sólo producto del temor y la ignorancia ancestrales, no puedes culparla a ella de su bestialidad. Antes de barrerle en el alma la esperanza de una fuerza suprema que la libre de todos los males, deberías barrerle la desesperación de su debilidad”.

Cuando se tomaba alguna ginebra de más, Azucena contaba que, de muchachita, había escuchado las palabras de Lucinda Toledo, revolucionaria y costurera, como ella y había visto la huelga de las fosforeras de 1904, la de los panaderos y las famosas huelgas de los ferroviarios que congregaban a cientos de familias de obreros luchando en contra de salarios de hambre y jornadas de estrella a estrella mientras los vigilantes los hacían retroceder a culatazos, empujando las banderas con el pecho de los caballos aterrorizados, que reculaban en los barriales que la sangre fraguaba en las calles. Describía la movilización desde la Plaza General Paz hasta el centro de Córdoba de 1913, por la recesión de la Gran Guerra, cada menestral con su herramienta como para iniciar la jornada y banderas celestes y blancas y rojas y carteles que gritaban por “Pan y Trabajo”, de miles y miles que coreaban como hermanos “Hijos del Pueblo”, “La Marsellesa” o “La Internacional” y las monjas que clausuraban las puertas y ventanas y ordenaban plegarias y silicios para ahuyentar los demonios rojos que en horda habían tomado la aldea de las capillas.

En algún piringundín de mala muerte de los que frecuentaba, de ésos en que la policía disponía una mesa para que los “distinguidos concurrentes” fueran depositando sus revólveres y armas blancas antes del baile, le contaron que en 1919 se habían enfrentado los anarquistas Juan Lazarte y García Jiménez con Miguel Contreras, que sería después comunista, en una payada de controversia sobre la libertad, el Estado y la existencia de Dios, que duró varias noches y que, después, cada uno de los tres mintió que había ganado. Y las bravas huelgas agrarias y las del calzado y la de los molineros en que muchos se ganaron el puchero tirando tachuelas para inutilizar los carros rompehuelgas que dejaban un rastro sangriento en los polvaderales. Y en cada uno de esos enfrentamientos y persecuciones, decía, sin que pudiera saberse si era cierto o inventaba protagonismos de atorrantas menos anónimas que ella, los perseguidos habían encontrado asilo en sus hospitalarios colchones y, en ocasiones, había conseguido evitar ajusticiamientos de obreros gracias a las imprudentes confesiones que sus coitos libertarios propiciaban en los desprevenidos agentes del Escuadrón de Seguridad.

Deabajo de su emparrado, tapados para evitar las confianzas de sus gallinas pininas, se decía, supo esconder armas y, una vez, hasta una prensa para falsificar pesos fuertes que voltearan el Estado burgués en uno de sus pilares, sin que las hambrunas la autorizaran jamás a tocar un solo billete.

Cuando se conoció el escándalo de la masacre obrera de Jacinto Aráuz y la resistencia de las cinco putas de Puerto San Julián a abrir las piernas como condecoración de guerra a la prepotencia de los asesinos, castigadas con prisión y tormentos por los ejércitos de la patria, Azucena colgó trapos de luto en la ventana de su rancho y resolvió dos noches de abstinencia en adhesión a sus hermanas revolucionarias.

Por el 30', enterada de la huelga de burdeles de Rosario en repudio de la dictadura de Uriburu, había pretendido, infructuosamente, movilizar a sus colegas en una gran marcha frente al Cabildo que terminó con la detención por escándalo en la vía pública en el Penal del Buen Pastor de cinco mujerzuelas como ella.

Por esa moral revolucionaria incuestionable, muchas veces, el grupo de Dionisio confió en su cocina para las reuniones en que se decidían medidas de acción directa y debajo del altarcito, al pie del Cristo prostibulario, se guardaba el mimeógrafo en que se escribían las más encendidas proclamas de la época y los documentos internos de educación en técnicas conspirativas y propaganda clandestina con tintas invisibles y claves numéricas.

Si algún anarco con moral de sacristán planteaba conflictos de conciencia por convocar mítines en lo que no era sino un antro de perdición, Dionisio respondía que el dinero es la

mayor inmoralidad de todas y hasta el día en que no se suprimiera en el mundo, no había modo de ganarse el pan más moral que el de ella. Y ante semejante defensa, Azucena engrameaba la melena en que la sangre de india de las tolderías de La Toma no había consentido una sola cana y servía al injurioso un mate dulce como la reconciliación.

Sin embargo, por las noches para cumplir con el cafisho y emparejar las finanzas que le imponía la castidad hasta el horario de salida de Justina –porque de ningún modo pondría en riesgo la salud física y moral de las chiquitas con los arranques de sus ríos visitantes– Azucena salía a levantar clientela por los bailongos en lo del gringo Dovicce y los bolichones de la zona y por las tardes, seguía doblando el lomo, lavando y planchando por horas para los plutócratas, como su modo personal de defender sus plusvalías de cualquier patrón fijo.

Por eso, cuando se supo que la tos que le quebraba el torso no era un mal pasajero, la familia apeló a todo: al jarabe pectoral del Paraguay, a la cola Cardinetti, al Sanatogen que Cecilia pidió a la Capital Federal por correspondencia, y hasta a las píldoras rosadas del Dr. Williams, –“tónico reconstituyente de gran eficacia. Regeneran la sangre, normalizan los nervios, estimulan las funciones estomacales y en general, son recomendables en caso de anemia, clorosis, debilidad general, dispepsia y neurastenia”– que anunciaban los diarios.

Se intentó curarla de palabra, con untos de grasa de iguana y, a su ruego, con el laurel bendecido del Domingo de Ramos abultándole el corpiño ahora hundido, con teces y rezos a Santa Rita y, como correspondía a su oficio, la abrojadera, sábado tras sábado, para que el muerto la salvara del fin que él mismo no había podido evitar, encendió velas al Degolladito, que a las horas desaparecían, llevados por las santas ánimas, decían los creyentes, y por los perros famélicos, decían los aspirantes sin remisión a los hornos del Infierno.

Durante meses acudió a los servicios médicos del recién inaugurado hospital “Tránsito Cáceres de Allende”, pero los profesionales no encontraban remedio para el mal que diezmaba a la población de obreros que trabajaban a destajo, hacinados en sucuchos irrespirables y no se había secado todavía el colchón de burda lana de los tiritones de la última fiebre, cuando una asperjada con agua de cal en el cuarto, despejaba el lugar para otro de los pacientes que, mientras tanto, languidecían en reposeras apiñadas en todos los extremos de la galería.

Por compañeros ferroviarios preguntaron en la famosa Colonia para tuberculosos de Santa María de Punilla, pero las magras cajas de resistencia no alcanzaban para afrontar los costos de ese internado para tísicos de alcurnia, que luchaban contra la “humedad pulmonar” a fuerza de baños de sol, aire puro, pantagruélicos menús servidos en vajilla de porcelana, cubiertos de plata y bailes de orquestas típicas.

El mal no le permitió tomar parte en las famosas huelgas del vestido, ni menos acaudillar a las reas del barrio contra la Ley Padilla con que por allá por el 37' Sabattini pretendió prohibir con intolerancia el oficio, pero tejió junto a muchas mujeres movilizadas por el Comité Prohuérfanos de la República española de Fany Edelman docenas de ajuares blancos y celestes para los huérfanos de esa revolución de sus sueños, tan lejos en la distancia y tan cerca de su corazón, en el costurero popular que reunía en su casa, hasta que la fatiga la desmoronaba en el catre humedecido por las sudaderas de la consunción.

Al fin, perdido por perdido, Dionisio acudió al local de un farmacéutico–herborista de la barriada de San Vicente, que poco a poco abandonaba su perfil de zona de veraneo para las familias opulentas y se transformaba en el suburbio hediondo de las fábricas de jabón y velas y las curtiembres de la mitad de siglo. En la zona del Bajo de Los Perros, cerca de la casa en que el Nato Casas, viejo anarquista español conjuraba con otros matarifes para voltear la sociedad capitalista desde el recién levantado cadalso proletario del Matadero Municipal, se levantaba la vivienda del herborista que, con dietas naturistas–ecléctico–espiritistas, brebajes para vahos y baños de asiento, tenía fama de curar los males derivados del trabajo en lugares sucios e insalubres que “rendían una alta contribución a la tisis y al empobrecimiento orgánico de la raza”.

Ocultando en un envoltijo de papel las aguas menores de

la enferma como le habían ordenado, Dionisio se asomó a las vidrieras luminosas de la casa antigua de todas las antigüedades, para apartarse de inmediato aterrado por la boa constrictor que abría sus fauces momificadas contra el cristal, en gesto poco auspicioso, entre los botellones con fetos monstruosos, las enredaderas de mandrágoras y las bolsas incaicas con momias de dentelladas amenazadoras.

Arrepentido de haber obedecido las órdenes de su mujer, Dionisio golpeó la garra de león que simulaba una campanilla junto a la puerta de entrada. Un personaje indefinible para el que no conociera la fauna que el anarquismo convocaba entre sus huestes, abrió el portal y asomó la cabeza completamente calva, salvo dos trencitas tiñasas de un borravino clarón que le arrancaban sobre las orejas hasta el comienzo de un mandil de cuero crudo con lamparones de un aceite negrusco y quemaduras tornasoladas de ácido y con acento de algún país arrasado de la Europa oriental, le advirtió del escalón en el mismo momento que Dionisio trastabillaba en el interior del negocio, salpicándose las benditas aguas por toda la camisa.

De la tirantería vencida de la casa, colgaba casi a la altura de la frente del paseante un enorme cóndor disecado con las alas abiertas y feroces ojos de vidrio inyectados en sangre cristalizada, que gustaba de chorrear paja sobre los transeúntes, como modo afectuoso de confirmar la atención de un más allá cordial.

En los estantes que atosigaban las paredes se sucedían frascos con canchalagua, congorosa, miel de quella y plumas de aveSTRUZ sobre el Malón, en que la conciencia parecía flaquear por el hedor a polvos para el cutis que exhalaba la mescolanza de los barriles de frutas secas, barros de algas putrefactas y mierdas de gatos iniciáticos. Dionisio sólo alargó las aguas y la carta que en cuidadas góticas le había entregado un compañero gráfico y al rato, recibió el menjunje irreconocible que entregó el herborista para la puta doliente y conteniendo la respiración por miedo a vomitar, salió a los trompicones de ese templo de la salud.

Pocos meses después, en las salas de la Asistencia Pública, entregaba Azucena su alma a quien creía que se la dio, a pesar de los afanes y expectativas de los muchos hijos del pueblo, de labios cerrados y espalda tiesa, que reivindicaron hasta el final su catre militante. Para enterrarla con honores revolucionarios, recolectaron dinero durante dos días enteros, acudiendo a golpear las puertas de sus parroquianos de mayor fuste, que, a menudo, más para evitar el escándalo que por piedad, abrieron velozmente sus monederos. De noche asaltaron los jardines privados, para armar una corona más bella que las compradas y una procesión de agitadores, con una decena de recién liberados con condicional, cargó sobre sus hombros, desde El Abrojal hasta el cementerio, el cajón cubierto por una bandera roja y frente a la tumba abierta, un compañero poeta pronunció el discurso fúnebre.

Como le contó Albita a Leandro, apenas terminada la ceremonia, llegó la policía y los deudos terminaron en la Comisaría, donde esa noche, convinieron todos: ninguna puta decente había tenido jamás, en Córdoba, un entierro de mayor dignidad.

CAPÍTULO XXI

En un verano insopportable en el tallercito, Cecilia que venía del Círculo les leyó de un ejemplar del diario *Crítica*, “El canto de un explosivo por Wilkens” de la famosa Juana Rouco Buela, que decía: "...La ley es un hierro, el gobierno un monstruo que traga sin producir, el militarismo la espada que está pendiente para asesinar a los pueblos: ¡he aquí la trilogía que fue a Santa Cruz a sembrar la desolación y el llanto de mil quinientas familias proletarias! ¡he aquí la trilogía que fabricó el canto del explosivo! ¡Kurt Wilkens! ¡Canto del explosivo! ¡Hierro de un ideal de amor! ¿Quién te hizo fuerte? ¿Quién te hizo tan justo, quién te forjó como el hierro, quién te hizo amigo sensible del dolor?

-¡Una mujer!- La muerte de un tirano significa dejar un claro para otro -alguien dijo- y dijo mal, porque el que a hierro y a mansalva mata, como vándalo, hay que darle una

lección de hierro. Y ahora lloráis, vosotros arlequines que implantásteis y azuzásteis a los vándalos del crimen y del saqueo legalizado.

¿Qué hizo Varela en Santa Cruz? Que responda a nuestra interrogación la prensa celestina y reaccionaria. Que los jueces prevaricadores rememoren las hazañas de Varela en la Patagonia Argentina antes de aplicar los incisos del código.

¡Kurt Wilkens! Canto de un explosivo, hijo de nuestra savia amorosa y gestadora. Nosotras nos erigimos en madres, en novias, en hermanas de las víctimas de Santa Cruz. Y en nuestros corazones inquietos y afiebrados estará siempre grabada la imagen de tu santo nombre... Y el canto de tu explosivo.

Tú eres nuestro hijo, porque te asociaste al dolor de las madres, porque te hiciste eco de una triste tragedia, de un bárbaro asesinato. Tú eres el eco de esa horrible tragedia, el dolor de tantas madres, el hombre y el llanto de tantos pequeños que se convirtió en una bomba... en el canto de un justiciero explosivo. ¡Kurt Wilkens! ¡Sensible y noble hermano! Nos asociamos a tu cautiverio. ¡Salud y anarquía!"

Detrás de las rejas de las costillas de Justina, el bebé que esperaba se agitó en un remezón de repudio a aquel otro cautiverio y el tío hundió un poco más la cabeza entre los hombros, murmurando muy despacio mientras cortaba con cuidado moldes de camisitas de niño en papel de estraza:

“...el verdugo es o se vuelve un monstruo. Ahora bien, monstruo por monstruo, es mejor dejar vivir a aquéllos que ya existen, antes de crear nuevos.”

CAPÍTULO XXII

Cuando estaba de malas, Dionisio culpaba a Mr. Lewis por haberlo enviado a la aldea atrasada y frailuna que era Córdoba en que el vocinglerío de los señoritingos de varias generaciones de diputados y catedráticos en las ramas genealógicas, todavía escandalizaban las siestas con su revolución americana entre sotanas y pergaminos, apartándolo de la verdadera revolución que en Buenos Aires, detrás de las banderas rojas, movilizaba a más de doscientos mil proletarios embravecidos, portando bajo la balacera, los féretros de los obreros caídos en la metalúrgica Vasena por el brutal atropello militar ordenado por Yrigoyen, que así inauguraba su traición a la causa del pueblo. A su lado, los niños bien de la Asociación del Trabajo, unidos por el odio de clase, descubrían el gusto por la violencia del brazo del poder, en los entretiempos del champagne y el cabaret, que los años perfeccionarían en la Liga Patriótica, al grito de

“Familia, Tradición y Propiedad”, entre el fraude electoral, las deportaciones y el enterramiento en vida de obreros y linyeras que difundían las ideas libertarias en la estancia Cifre, en Lago Argentino, en Estancia Anita, El Cerrito y otros distantes parajes de todo el país, ganando la felicitación del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación al jefe de las fuerzas de represión, Teniente Coronel Varela, su antiguo compañero de conspiración.

En “La Protesta” del 10 de enero había leído que el pueblo estaba listo para la lucha, que ni un solo proletario había traicionado la causa de sus hermanos de sufrimiento. La muchedumbre había incendiado no sólo los talleres metalúrgicos Vasena, sino el auto del jefe –con minúsculas– de la policía que había pretendido cortar la rebelión en San Juan el 24 de noviembre, dos coches de la compañía Lacroze y autobombas y en Prudan y Cochabamba, había levantado una barricada con carros y tranvías dados vuelta, mientras asaltaban las armerías de la zona. En Cochabamba y Rioja volcaron una chata cargada de mercadería, que repartieron entre el pueblo hambriento, lo que movió a un soldado a colaborar con el pueblo, después de tirar su chaquetilla de represor.

Una muchedumbre acompañó los féretros de los caídos llevados a pulso hasta el cementerio de la Chacarita. Desde los techos de los talleres Vasena y desde la cúpula de la iglesia situada en Corrientes y Lambaré se hizo fuego contra la marcha fúnebre y el trayecto quedó sembrado de muertos

y heridos. Cuando la columna llegó al cementerio, la “cosacada” del escuadrón de seguridad, a sablazos, tiró los caballos contra la gente reunida. Mujeres y niños se refugiaron en las fosas cavadas y algunas bóvedas que encontraron abiertas y cuando la multitud logró escapar bajo el fuego de fusilería, junto a los féretros sin enterrar quedaron nuevos muertos.

Leyendo estas letras enérgicas y dolorosas, Dionisio buscaba otras de Rafael Barret: “Nada de pedir limosnas, nada de pedir asilos, hospitales, pensiones de viejos, cloacas donde se tira la carne usada, para tranquilizar la conciencia de los ricos; no les pidamos piedad, nuestros hijos tienen hambre. Digamos nuestros hijos tienen rabia, una robusta rabia... Reclamemos, exijamos, impongamos sin cesar el bien”.

Los pálidos mítines y manifiestos de la Federación Obrera Local de Córdoba en tardía adhesión a los acontecimientos que incendiaban el país, del brazo de la “juventud dorada” de la Reforma Universitaria, que nadie iba a convencerlo, hoy fuera distinta de la que en el Centenario quemaba los locales proletarios y asesinaba junto con la policía, lo avergonzaban como una culpa propia y sentía que sólo podía reconciliarse con su destino por la valerosa huelga de los maquinistas y foguistas del pueblito miserable de Cruz del Eje, que derrotó a la policía local y que sólo había podido ser arrodillada con la intervención del Regimiento de Infantería de la provincia de La Rioja.

Cuando estaba de buenas, Dionisio agradecía a ese gentilhombre silencioso que había protegido a su entenado, mandándolo a Córdoba con la razón o la excusa de su habilitación como sastre, librándolo de una muerte temprana y de algún modo todavía ajena, en lo que los historiadores llamaron después la “Semana trágica”.

CAPÍTULO XXIII

Albita cursó el primer año de la escuela primaria “Natura”, en un aula racionalista de las que había difundido Francisco Ferrer en España y en el país, Julio Barcos, que funcionaba paradójicamente en las mismas azoteas de la Cárcel de Encausados, porque uno de sus guardiacárceles –reproduciendo la historia de conversión de muchos como el ex policía Teodoro Antilli o el famoso Apolinario Barrera que participó en la fuga de Radowitzky de Ushuaia–, abrazaba ahora los principios libertarios y sostenía que había que dar la batalla contra la sociedad corrupta en los mismos pilares que la sostenían. “Al lado del patrón siempre estuvieron la ley y las sotanas”, repetía a quien quisiera oírlo. Por eso el maestro Enciso buscó empleo como carcelero, es decir, como les explicaba a sus alumnos: como “sirviente mal pagado de explotadores y burócratas del poder” y se quedó de “perro”, aportando sus conocimientos de física y cálculo

a todos los planes secretos de fugas y atentados que se urdían entre esos desgraciados.

Por el 26', había intentado comunicarse con los famosos Durruti y Jover que andaban por Argentina y que meses antes habían asaltado bancos en Chile para financiar una escuela racionalista y una biblioteca para los hijos de los obreros, pero muy poco después la justicia del país dictó otra condena de muerte contra ellos y los expropiadores debieron escapar como polizones hacia Europa.

A pesar de que Justina compartía muchas de las ideas de Dionisio y otras le consentía, la testarudez del hombre en este punto ya le parecía excesiva y no le hacía ninguna gracia dejar a su tierna muchachita en manos de semejante barbón, con la porra al cinto y el manojo de llaves, después de atravesar los siete muros, con las siete rejas, con los siete candados que custodiaban el mundo de la sabiduría laica. Además le parecía bien que siguiera los principios de la escuela libre y que atacara las creencias religiosas con el “Catecismo socialista para uso de los niños del pueblo” de Pablo Fluger, pero la inquietaba un poco eso de que la educación según la obra de Julio Barcos, pudiera abarcar también su libro de la “Libertad sexual de las Mujeres”, que a Dionisio le entusiasmaba tanto como buen hombre que era “Cochino, como todos los hombres！”, le decía a Azucena, que pareciera dudar de que Dionisio fuera algo menos que dios.

En realidad, a ella la hubiera tranquilizado mandar a su niña al colegio del Niño Dios de la capilla de Las Nievas, que las monjas habían levantado muy cerca, hacía pocos años, para dar educación cristiana a la clase humilde de la ciudad, porque, total, era la casa y no la escuela la que le daría la enseñanza en que ellos creían, pero ni la persistencia de Justina, ni la mediación de Azucena consiguieron convencer a Dionisio de la inocuidad de una educación hecha de patrañas creationistas, mortificación física para sortear las lujurias de la razón y bordados de mantillas para empantanar la lucha de clases. ¡De ningún modo! ¡no se había hecho él anarquista para soportar que a sus criaturas les metieran en la cabeza las enseñanzas jesuítico-burguesas de ese Padre Grotte y sus siervas de que siempre habría ricos y pobres, porque siempre habría trabajadores y ociosos y que estando las puertas del cielo abiertas para los mansos y humildes no cabía desesperarse, ni luchar por las injusticias y las violencias de esta tierra. ¡“Milicias Angélicas” a él, por favor! Momios cagahostias, ¡eso eran!

Y allá partió la pequeñita, con las trenzas tirantes y la pizarra bajo el brazo a lidiar con las primeras letras.

La cárcel que era tan nueva, ya era húmeda y sórdida. Sobre la pared agrietada del aula, un cartel proclamaba la soberanía del abecedario en letras mayúsculas, minúsculas y cursivas, agujeradas de tanto señalarlas con un puntero y en el planisferio de una tierra sin fronteras, ni capitales, abrazada a Chile y Uruguay, apenas se adivinaba la Argentina

trunca y desierta de las oligarquías ganaderas. El piso de la escuela era a la vez techo de uno de los calabozos, donde a través de las hendijas del entablónado, los escasos alumnos espiaban a los hombres que la justicia encerraba para purgar borracheras de domingo, desobediencias a patrones o mendicidades aberrantes.

Esa promiscuidad con los expulsados de la sociedad inducía a los chicos a aventajar la crueldad de los mayores y entre las rendijas, meaban o escupían a los llorosos o despertaban a los dormidos con chistidos o zapateos que enfurecían a los reos que, a veces, se sacaban las alpargatas y las arrojaban contra el techo, provocando el festejo de los aprendices de verdugos. En medio de la brutalidad de su sala, el maestro Enciso separó con delicadeza la mano de Alba de la de su madre y la acercó a su rincón, donde sin tarima ni escritorio, los alumnos estudiaban un hormiguero en una gran caja de vidrio, en que las obreras laboraban armoniosamente con los escarabajos bosteros, mientras las reinas, sin atributos de poder, parían larvas a destajo para asegurar la producción del falansterio en una eterna edad de oro.

Cuando a las doce, fue a buscarla Azucena, tratando de descubrir los defectos de esa escuela que iya la iba a oír a ella ese anarquista...!, Albita salió saltando sobre los tierraletas que rodeaban la Unidad Penitenciaria, hablando hasta por los codos de todas las cosas hermosísimas que había aprendido.

CAPÍTULO XXIV

El tío Segundo y Dionisio discutían enconados, cada domingo en que se reunía la familia, si comunismo o sindicalismo, si federación de ¡Comunas autónomas y autosuficientes, porque todo reformismo abortaba la revolución o acción reivindicativa de trabajadores, unidos por explotaciones compartidas hasta que llegara la revolución en el mundo! El tío levantaba el puño cerrado sobre la Singer que no paraba de coser y parecía que iba a sufrir una apoplejía. Dionisio apretaba los suyos en el fondo de los bolsillos, como conteniéndose para no golpearlo y Albita, dura en un banquito, miraba con ojos fijos a uno y otro contendiente. “Ya lo dijo Malatesta”, gritaba el tío, “El funcionario sindical es para el movimiento obrero un peligro igual al parlamentario. Ambos llevan a la corrupción. Sacar al obrero de su medio y de la necesidad de ganarse el pan que come, rentándolo con un sueldo fijo para representar a sus

compañeros es convertirlo en un parásito y un traidor al servicio del capital”. “Las gentes están hartas de oír las promesas de una revolución que como al Mesías habrá que esperar mil años. Hay que dar ya a las gentes justicia y trabajo digno, educación y salud para todos. Hay que transformar ya los viejos sindicatos, para que dejen de ser nada más que agencias de colocaciones o sociedades de socorros mutuos y que los estatutos mismos los obliguen a convertirse en órganos de combate”, retrucaba Dionisio. Las mujeres iban y venían de la cocinita a la sala de costura, donde toda la vida transcurría, limpiándose los restos de harina en el delantal, atendiendo a alguno de los chicos, sirviendo un vaso, interrumpiendo con las reclamaciones de lo cotidiano lo que menospreciaban como puro alarde de varones. Y ya el tío aporreaba la mesa para refutar que Fourier o Bakunin, que el V o el IX Congreso, que si Yrigoyen, sí o Yrigoyen, no y ya Dionisio se incorporaba, volteando la silla con estrépito... hasta que: “¡Eso, hombres! ¡Eso, a disputar como cabales anarquistas que sois! ¡Incapaces de llegar a un acuerdo ni cuando sois dos! ¡Patares, de los que hace el pasto el enemigo!”, estallaba la tía, con la fuente de buñuelos asentada en la cintura, y los magnicidas, como dos niños chicos, bajaban la cabeza y comparaban con ternura luddista la belleza de la puntada a mano sobre la tela frente a la monotonía de la de la máquina.

CAPÍTULO XXV

El arzobispo Monseñor Zenón Bustos, que ungido del furor divino en el 18 acusó a los reformistas universitarios de prevaricato franco y sacrilegio, evangeliza, predicando a seminaristas y catecúmenos cordobeses que los obreros “son enfermos de las zonas endémicas de esta ciudad... lisiados de socialismo y con su corazón lacerado por el odio a la burguesía y el capitalismo”.

CAPÍTULO XXVI

Quien lo necesitara podía leer entre los avisos gratuitos de “La Voz del Interior”: “Servicios ofrecidos: Cortador sastre sobre medida y a máquina se ofrece por la ciudad o en campaña. Ayacucho al 150, Pueblo Nuevo. Preguntar por Manso. Precios especiales para trajes para difuntos y mortajas. También se cosen alpargatas.”

CAPÍTULO XXVII

¡Había que soportar a Azucena cuando iba rancho por rancho con Albita de la mano, para que la niña leyera el artículo del magazine que decía que “la huelga de los sastres ha tentado a costureras y modistas a solicitar también mejoras de trabajo y sueldo... Los discursos de las compañeras son más fogosos –'jmááss'!– repetía Azucena, para los desprevenidos, que los de ellos y en cuanto a procedimientos con los que rehúsan adherir al movimiento (...) son sin duda más enérgicas –'mááasss'!– insistía otra vez Azucena, que los empleados con los varones, pues a algunas de las laboriosas pertinaces les han cortado la trenza, cosa que hasta ahora no ha sucedido con ningún sastre.” ¡Sí, había que soportarla y ponerle límite cuando la nena se caía de sueño y ella meta y dale con que “una casa más, Albita, por el futuro!”

CAPÍTULO XXVIII

¡Cuántas veces al tratar de ingresar a un taller o una fábrica, encontré un papel que decía: "Desde hoy no trabajan en este establecimiento los siguientes obreros..." y ahí, encabezando la lista negra, mi nombre! ¡Cuántas veces de esas miles, no entró nadie y fuimos al sindicato y declaramos la huelga, sabiendo que se pagaba con el hambre de los hogares foristas y también no foristas, en tiempos en que la ayuda salía de los bolsillos de los obreros, porque para sostener una huelga todos los sindicatos debían reunir un jornal por obrero! Y cuando venían los delegados de otras partes a decir que habían tenido que entrar a trabajar, porque la gente ya no aguantaba más, a mí me tocaba contener la rabia de los traicionados y convencerlos de que nosotros teníamos que seguir, porque nuestra batalla no se jugaba ahí, en ese taller ínfimo, en esa fábrica mísera... Enseguida, los patronos unidos mandaban a decir con los

apoderados que tenían mucha gente, muchos carneros a los que el gobierno amparaba. Les prometían un trabajo estable y por unas monedas más a esos paniaguados los hacían comer y dormir en el lugar, detrás de las puertas que cuidaba la Policía. Cuando ya no podíamos sostenerla más y la Comisión alegaba que era el único modo para que no perdiésemos todos el trabajo y pudiéramos reorganizar el sindicato, había obreros que salían llorando, como niños... Así fue la de los molineros en el 21, que empezó en el Molino Leticia y unió a los cinco molinos de Minetti, a los de Rosario, de Rufino y Devoto. El nuestro de Córdoba fue el último en caer. El Escuadrón y la Legión Patriótica trataron de sacar, a sablazos y palo, los camiones con que habíamos bloqueado los portones y los obreros contestaban a pedradas desde las barrancas del Pucará, como los indios habían hecho siglos antes con los conquistadores. Palo y bala, como en las huelgas de la Cervecería Córdoba y Río Segundo, que respondían a nosotros, pero que en Córdoba estaban con la Federación Obrera Local. O en las duras huelgas agrarias, en Leones, en Cañada Verde, en Hernando, en que se pedía no sólo por el salario, sino por comida y vino, porque los cerealistas les daban una damajuana de agua con caña para que aguantaran levantando sacas de setenta kilos, de sol a sol, en jornadas en que el obrero no comía, ni descansaba, sosteniéndose sólo con la caña que lo iba matando de a poco. ¡Los cerealistas, que tanto ganaron con cada guerra y cada dictadura por la desocupación y las persecuciones que forzaban a las agrupaciones a negociar a cualquier precio lo

que habían sido conquistas sangrientas! Los mismos patrones que se preciaban, como Miretti en San Francisco, que no había perdido nunca una huelga ni como obrero, ni como patrón...

Organizábamos la solidaridad a través de toda la línea del ferrocarril. En muchos de esos choques, eran las mujeres las que avisaban y pedían, encabezando los reclamos con los hijos a cuestas, porque ellas eran las únicas que habían quedado en libertad y sabían lo que es el llanto de los hijos cuando no hay pan porque el hombre está desocupado o preso y los niños corrían con los mensajes, metiéndose con sus piernas ágiles por todos lados. Hubo muchos presos esas noches, golpeados y atormentados, llevados en vagones desde cada punto del país que luchaba, sin comida, ni agua, encadenados de a dos, hasta las pocilgas que hacían de calabozos, donde por falta de espacio los hacían dormir sobre los muertos, beber sus propios orines, mientras que los oligarcones festejaban que habían vuelto a quebrarle el espinazo a la lucha obrera en sus mesas reservadas en el Café del Plata y la Oriental. Cuando se armó el Sindicato de mozos, ellos, acostumbrados a rodearse de su corte de criminales y lamebotas para imponer su voluntad, empezaron a escuchar atónitos que, por resolución del Sindicato, los mozos, los más humildes de los humildes, habían resuelto que no iban a servirlos.

CAPÍTULO XXIX

Somos los que combatimos
las mentiras patrioteras
porque son la ruina entera
de toda la humanidad,
porque la patria y sus leyes
son las que engendran la guerra,
sembrando en toda la Tierra
la miseria y la orfandad.
Somos los que aborrecemos
A todos los militares
por ser todos criminales
defensores del burgués
porque asesinan al pueblo
sin fijarse de antemano
que matan a sus hermanos,
padres e hijos tal vez.

Somos los que despreciamos
las religiones farsantes
por ser ellas las causantes
de la ignorancia mundial:
Sus ministros son ladrones,
sus dioses una mentira
y todos comen de arriba
en nombre de la moral...

cantaban las niñas de Justina, cuando caminaban, todas de
la mano, a la escuela.

CAPÍTULO XXX

En muchas ocasiones entre esos ladrillos de vergüenza, después de leerles “La rana viajera” o “Aventuras de una peseta” de Julio Camba Amdreu, el maestro guardiacárcel Enciso, casi como dirigiéndose a otros que no eran los chiquilines analfabetos que instruía, les habló del Estado y la propiedad privada y del ejército y la policía y de los delitos y las penas que las castas dominantes inventan para conservar sus privilegios con la sangre de los oprimidos y recitó de memoria las palabras de Malatesta sobre la pena de muerte, diciendo que para aplicar la pena de muerte hace falta el verdugo y el verdugo es o se vuelve un monstruo. Ahora bien, monstruo por monstruo, es mejor dejar vivir a aquéllos que ya existen, antes de crear nuevos. Entonces, los presos dejaban de escandalizar con sus gritos y quejidos que se colaban entre las hendijas del piso y parecían deletrear también las primeras letras de la libertad.

CAPÍTULO XXXI

“En todos los ámbitos de la ciudad social, recatada y vigorosa de respeto y tradición, se comentaba el avance de las nuevas ideas del socialismo internacional comunista. Los grupos disolventes se nucleaban en ácratas, bolcheviques, sindicalistas de tipo italiano, separatistas catalanes y contra ellos la contra que se anunciaba desde Italia, con el “facismo”, que había hecho su aparición en Bolonia.

Y así seguían llegando desde la dolorida Europa que no curaba sus cicatrices guerreras, desde los países avasallados por el ateísmo y la Rusia comunista que en su propio territorio consumía sangre de sus hijos por el predominio de Lenin, de Kolchak, de Trotsky, contra los tradicionales rusos blancos. El elemento extranjero dominaba por medio de sus disimulados personeros las deliberaciones obreras y retribuía al país, que les ofreció sustento y libertad, con

pregones de violencia y dictadura de las masas, que saboteaban las instituciones tradicionales según los mandatos de la Tercera Internacional”, recitaban desde los púlpitos los lectores de los diarios cristianos para frenar las justas luchas de los obreros.

Una de las más justas fue la de los “bonboneros”. Tal vez, tú, Leandro, ni sabes de qué hablo, pero llamábamos “bonboneros” a los pobres que recogían los bombones de guano que iban dejando las cabalgaduras por las calles más concurridas del centro. Con su escoba de pichanas, su pala y sus carritos de latón con dos ruedas iban detrás de los carroajes y los jinetes, con la espalda doblada sobre los desechos de la nobleza para arrojarlos más allá de “El Infiernillo”, entre los cuartos de cuchilleros de comité y mujeres de sevillana bajo las polleras, donde la ciudad arremangaba con asco la nariz.

Sin vergüenza de su oficio –que, como todos los oficios de pan ganar, por miserables que sean, significan al obrero, no lo rebajan– cumplían con este servicio de primera necesidad para los vecinos.

A ellos, los más menesterosos, el Intendente les demoraba las quincenas de un magro jornal, alegando que las arcas municipales estaban sin fondos para más obras de progreso, mientras la vecindad no aceptara pagar los abultados impuestos que los tres abogados más destacados de Córdoba, Henoch Aguiar, Rodríguez De La Torre y Roque

Funes, con argumentos irrebatibles de derecho, terminaban de rechazar a los ediles.

Una siesta de marzo, con sesenta recolectores resolvimos la huelga y tomamos el corralón municipal, desparramando por las calles el contenido de los carritos... Y, ¡ahí se vieron las cartas! Aunque alegara que semejantes montos impositivos eran gabelas que los señores contribuyentes no podían afrontar, la verdadera alarma de la sociedad principal se disparó ante un futuro en que los más bajos siervos, como los bomboneros, se atrevieran a negarse a vaciar sus bacinillas si no recibían la paga acordada.

A las horas, el espectáculo y la jedentina de la ciudad convencía a todos mejor que la más perfecta pieza de los doctores y aparecían en las oficinas de recaudación los 11.500 pesos que bastaban para saldar la deuda.

CAPÍTULO XXXII

En los talleres de ropa fina de la ciudad se aprende a hacer encaje Richelieu al modo de la Revista “Labores de la Moda Elegante”, directamente comprada en la Librería de La Moda Elegante –calle Preciados, 46 Madrid– junto con el té Mazza y Wette y el scotch Breeders –Wellington, 58 Londres– por el almacén de Ramos Generales y Casa de Importación de mercaderías que ha sido de Pascual Caeiro. En el taller de Ceferino Revuelta, en Rivadavia 50, local de confección de ropa al por mayor, tejidos y mercería, cuarenta y ocho mujeres de entre doce y cuarenta años cosemos camisetas de bayeta y camisas de lienzo para que los peones, los soldados y las sirvientas no anden en cueros dando motivo de pecado a las familias.

CAPÍTULO XXXIII

No tenía muy claro por qué tomó como propia la lucha de las amas de leche, cuando de tantas otras luchas de esa época escuchaba el despoticar de Dionisio o Azucena y de tantos que se reunían en su casa como algo distante, que la afectaba, pero que no la involucraba. Cuando muy joven, todavía en la casa de su tío Segundo, había sorprendido pedazos de la charla típica de las clientas con su tía, oyendo el repudio de las damas de la clase pudiente a deformar sus pechos con el amamantamiento, frente a las exigencias de la moda del corset y las fajas y también, de la dificultad de encontrar entre las inmigrantes –porque, querida, apelar a criollas o peor, indias o negras como amas resultaba algo ¡i-ni-ma-gi-na-ble!– mujeres sanas, robustas, sin maridos ni hijos que lo complicaran todo y exigieran salidas los domingos, preferentemente: inglesas, suizas o piemontesas, con certificado expedido por el Inspector de Nodrizas del

Consejo de Higiene. Después llegó a sus manos un volante que decía: “Ama de leche. ¡Resítete a la lactancia mercenaria! La Inspección de Nodrizas de la Asistencia Pública es un arma más de explotación. Tu leche es el alimento de tu hijo...”, pero recién se movilizó cuando conoció a Encarnita, que deambulaba por Pueblo Nuevo, con un bebé de cuatro días y un hambre y una soledad de casi diecisiete años.

Encarnita había trabajado como criada desde chica en una casa de señores, que cuando la descubrieron embarazada, debajo del traperío con que fajaba su deshonor, la echaron a la calle. De allí la rescató una partera, de muy mala índole, que a cambio de techo y guiso la contrató para limpieza y lavado y cocina mientras pudiera, con el secreto proyecto de vender el recién nacido. Cuando la chica sospechó el plan, lo avanzado de la preñez le impidió escaparse, pero apenas nació el niño, abandonó la casa a la primera ausencia de la mujer. Con el crío in brazos, buscó inútilmente empleo, hasta que en un negocio le recomendaron dirigirse a la Casa Cuna, donde el Patronato de la Infancia seguramente necesitaría amas para los niños.

Justina recordó muchas veces, cuando miraba a sus propias bebitas prendidas al pecho, el relato de la repulsión de la muchacha ante la afrentosa inspección física por el médico, el impertinente interrogatorio y la firma en el formulario, comprometiéndose: “si conseguía colocación a dejar a su hijo, bajo la vigilancia del dispensario de Lactantes

más próximo a su domicilio y comunicar a Inspección dentro de las veinticuatro horas de haberse colocado, el nombre y domicilio de persona que se encargará de la crianza de su niño, junto con la de la persona que la ocupará, con permiso para visitarlo dos veces por semana y por dos horas cada vez”.

Le parecía que Dionisio no entendía, que estaba dispuesto a escuchar y defender a Encarnita como a cualquier obrero que vendía su trabajo, pero que ni Dionisio, ni sus compañeros, ni siquiera Azucena hecha a vender su cuerpo sin ningún miramiento, entendían nada de lo que una madre sentía cuando, por la extrema miseria, tenía que vender a un niño ajeno la leche que arrebataba al suyo, al que además la mayoría de las veces debía abandonar en manos rapaces de quien cobraba por lo que su amor era capaz de prodigar. Ninguno entendía nada de lo que sentía la madre cuando veía crecer sano y rozagante al niño rico, mientras el suyo se consumía, lejos de su calor.

“Ama robusta, leche abundante, buena presencia, dentadura completa, con certificado médico y pocas pretensiones se ofrece”, decía el aviso del diario, “Ama se ofrece con leche de 7 días superior y abundantísima, sin hijos, para casa del niño, sola.”

Entre las muchas conferencias en los centros y las plazas públicas para instruir al pueblo con proyecciones de cintas en nociones básicas de puericultura y profilaxis de las

enfermedades contagiosas, Justina había asistido a una conferencia sobre higiene y control de la natalidad de Sara de Rossato, obstetra sin título del Barrio La Bomba, como tantas mujeres, a quienes, por esas fechas, todavía se les negaba el acceso a la Universidad. La señora había concluido diciendo que lo peor era la indiferencia, las puertas cerradas y los oídos sordos a tantas desgraciadas que vagan por las calles con la carga del hijo malquerido y su sífilis como único patrimonio. ¡Es hora, mujeres, proletarias, de que se acabe la caridad y que empiece la justicia! Justina pensó en ella cuando conoció a Encarnita y, por medio de una enfermera que la conocía, trató de encontrar un refugio para la puérpera en una casa en que se le diera un trato digno, pero antes de que eso fuera posible, la edición de “La Antorcha” de julio del 32 dio la noticia de la muerte de Sara el 31 de agosto de 1931, a manos de las fuerzas de represión, durante uno de las innumerables misiones que emprendía con su marido y su prole libertaria.

Por eso, Justina insistió tanto en la formación de la Unión de Domésticos, que en Buenos Aires agrupaba a las nodrizas junto con muchos otros trabajadores, en defensa de sus derechos y persiguió a los compañeros para la redacción de volantes, que distribuía en los talleres que conocía, en los atrios de las iglesias y en las puertas de la Sociedad de Beneficencia, con discurso inflamado; ella que era mujer de tan pocas palabras en sus contundentes condenas. Además, cuando Encarnita aparecía por su casa la recibía con ternuras

de cucuruchos de maní, que fabricaba en la plaza Mayor, en un hornito de locomotora de juguete, con fuego mantenido con bollos de diario, un compañero italiano con pata de palo, honor de las guerras garibaldinas, que rechinaba tanto los días secos, que los muchachones se burlaban, gritándole: “Echelé aceite, Don Genaro!”. O, tratando de consolarla de los sinsabores –de las crueles privaciones, de los desprecios amargos que no le permitían entrever el cielo, como temía Doña Juana Beltrán Posse de Sarria al crear hogares católicos para los desheredados– le prometía, cuando el niño fuera mayor, llevarlo a la calesita de caballos toscos, con gualdrapas desteñidas de flores al óleo y toldo remendado, en el Parque que había levantado Miguel Crisol para las novias señoritas de Nueva Córdoba.

Entonces, Encarnita se animaba un poco y contaba de los patrones mezquinos, de los impertinentes que restringían al máximo sus salidas con el pretexto de que el lactante podía necesitarla y hasta de los perversos, que se metían a la pieza y la toqueteaban bajo la excusa de controlar la lactancia y de las patronas que hurgoneaban en el corazón, intentando encontrar algún síntoma de sífilis, de alcoholismo o de sarna para despedirla. También contaba del cariño que le despertaban esos bebés prendidos a su pecho, como si el mundo fuera bueno, y de la angustia que le causaba ir descubriendo los pequeños gestos de autonomía de cada uno de sus hijos de leche, porque con el destete, el despido se acercaba y sobre todo, la separación de ese hijo más suyo

casi que el propio, criado por manos ajenas, que quizás no volvería a ver jamás.

“Ama de leche, extranjera, se necesita para casa, sueldo 90\$ vestidos y ropa. El Inspector de nodrizas extenderá el certificado correspondiente en el domicilio, sin comisión alguna a abonar por el ama. Para tratar: Constitución 291”, ponía el anuncio entre la figurita del maniquí encorsetado de la Casa Tía y el baile del sábado en el Casino Español y Justina sentía que le subía del pecho un furor que podía llegar a asesinar con sus manos a todas las señoras distinguidas de la sociedad que buscan el bien de sus hermanas obreras que sufren al no hallar el camino de la vida celestial bajo la advocación de la Virgen María.

CAPÍTULO XXXIV

Sabes, Leandro, en el país y en el mundo, la crisis económica y social se agudizaba día a día. El descontento popular crecía en huelgas y protestas, en manifestaciones de desocupados en las ciudades y en el campo. Las camarillas fascistas del Ejército conspiraban abiertamente, con el apoyo de la reacción oligárquica en el Parlamento encabezada por “El enterrador” Sánchez Sorondo y la extrema derecha “Socialista Independiente” de Federico Pinedo, de De Tomasso y sus secuaces.

En Córdoba, el gobierno radical de desembozada derecha de Ceballos apresaba en sus viviendas a los dirigentes y nos arrastraba hasta la Cárcel de Encausados, sin causa ni proceso, donde muchos conocimos el tormento de la picana y de la inmersión en el tacho de mierda para arrancarnos la delación de un compañero.

El 7 de setiembre del 30', después del golpe militar de Uriburu, un golpe "con olor a petróleo", decíamos, "La Protesta" anunciaba: "Estamos, pues, bajo la dictadura militar. Nosotros sabemos lo que son las dictaduras y hemos aprendido algo de la experiencia de los últimos años. La dictadura es el peor enemigo de los pueblos, del pensamiento humano y en especial del proletariado. Hacernos ilusiones, es hacernos cómplices y cooperar a su estabilidad. Propiciar el que los trabajadores sigan en total pasividad, es inclinarse ante las botas militares y servirles de escalón para el encumbramiento. ¿Tenéis poca abyección, poca miseria, pocas vejaciones?... Ahora tendréis el sumo de la humillación, de la abyección y de la miseria... Contra las dictaduras no hay más que una fuerza hoy en el país: el proletariado. Si éste baja la cabeza y asiente, todo está perdido, todo, ¡incluso la dignidad!..."

Pero, bajo la Ley Marcial y el Estado de Sitio, con el bando de Uriburu fijado en las paredes anunciando fusilamientos en el mismo lugar en que los elementos "subversivos" fueran apresados, con las tropas en la calle asaltando sindicatos, talleres y fábricas y las batidas policiales allanando casas de familia, la resistencia a la dictadura militar se hizo muy dura, aunque siguió en la clandestinidad. Cada noche, cambiábamos de vivienda y trasladábamos otra vez la máquina de escribir y el mimeógrafo y repartíamos cada madrugada volantes en las barriadas populares llamando a la lucha.

Por eso, odio tanto al diario “Los Principios”, Leandro, porque en medio de esta desolación, eran capaces de publicar textos de esta infamia: “El Círculo de Obreros Católicos de San Vicente, estandartes de avanzada de los trabajadores de orden y progreso, tendientes a ilustrar y educar a las masas obreras en los grandes ideales de Dios y de la Patria o lo que es lo mismo, a moralizarlas y enfervorizarlas, ha estado atento con nuestro ejército nacional, siendo la única institución obrera que, en sentido y meditado gesto, hizo oficiar en la iglesia parroquial de este pueblo un solemne Te-Deum con orador sagrado y cantores escogidos en homenaje a la persona de su generalísimo, el general José Uriburu y a sus huestes gloriosas” por haber perseguido y exterminado a sus compañeros que luchaban por justicia y dignidad.

CAPÍTULO XXXV

Entre los compañeros de Dionisio, se encontraba un flicorno barítono que aprendió a tocar en la Banda de Policía, recién bajado del carro de mulas que lo levantó del puerto de Buenos Aires junto a una centena de inmigrantes y, sin explicaciones ni consideraciones, lo depositó en el puñado de fortines de línea de palo a pique que era el todavía territorio de La Pampa, con poco más que una bolsa de maíz y una azada por familia. En plena vigencia de las leyes de Residencia y Defensa Social, junto a cinco compañeros de viaje más, el muchacho decidió dedicarse a la música, no tanto por no morirse de hambre y de soledad por esos desiertos, sino para borronear los verdaderos motivos de su expulsión de España, después de una estadía en el buque prisión Santa Isabel por los sucesos que terminaron con el asesinato del Jefe de Gabinete de Alfonso XIII, a manos del pintor anarquista Manuel Pardinas.

De entre la escasa dotación de la pomposamente llamada

Banda Sinfónica, eligió lo único que quedaba: un instrumento obsoleto comprado en París por allá por 1881 para la Escuela de Música del Colegio Militar de La Nación, con sede en la que había sido vivienda de Juan Manuel de Rosas en Palermo, que, en el puño de un marino, había participado del gran desfile patriótico, organizado para los cuatrocientos años del descubrimiento de América por la calle Broadway de Nueva York, como mostraba el grabado publicado por “La Ilustración Sud-Americanana”. En 1902 en solemne parada militar, inauguró el monumento a San Martín en Santa Fe y en 1906, todavía saludó los restos del General Las Heras que llegaban de Chile en el crucero “25 de mayo”.

“Flicorno”, como lo llamaban todos por asimilación y también por encubrimiento, se había formado en la Banda Sinfónica de la Policía, creada “más que como Banda de desfile y ceremonial, como escuela de músicos” y había aprendido lectura musical e instrumento en unas partituras improvisadas con carbón en papel de estraza, en el rato que dejaban libre las grescas de borrachos en las pulperías y de los abigeos en las estancias, machacando himnos y marchas tradicionales que con nuevas letras convocaban al pueblo a muy distintas revoluciones, como intentando redimir su pasado castrense. Pero cuando el conjunto de seis intérpretes, todos incendiarios españoles, salía a recorrer los páramos tocando la Marcha de San Lorenzo o la Canción a la Bandera, los únicos que se atrevían a asomarse a las retretas

insoladas, deslumbrados por el centelleo del sol en los bronces inconcebibles, eran los ranqueles diezmados más por los alcoholes que por los fusiles de los generales de Roca, en honor a la patria.

En los largos inviernos del pueblito infame en que habían ido a parar sus huesos, la excesiva lectura de opúsculos y periódicos militantes lo llevaron a pergeñar delirantes expediciones unas cuantas leguas más al sur para descubrir el oro con el que Malatesta había soñado solventar la revuelta internacional, antes de naufragar enloquecido de hambre y enfermedad en el Cabo Vírgenes; pero los magros y azarosos sueldos policiales jamás le permitieron comprar no sólo las mulas y los trebejos, sino ni siquiera una pala con que iniciar la búsqueda.

De allí tuvieron que fugarse los seis conjurados a matacaballos, cuando un 9 de julio mientras abrían el acto protocolar con los compases del Himno Nacional frente al hoy desaparecido Hotel de Comercio de Santa Rosa, los músicos no pudieron contener el arrebato libertario y, en el entreacto, pusieron un manojito de cartuchos de dinamita en la celda vacía de la Comisaría, que arrambló con la construcción, la cristalería de la iglesia salesiana y todos los vidrios de las casas a diez cuadras a la redonda.

Después de unos meses asilándose en ranchos solidarios, cuando no precarios algarrobos, de la persecución feroz de las fuerzas del Orden unidas a las columnas de la sociedad,

el artista sobrevivía ahora de tocar en piano el fondo musical de las películas mudas que se proyectaban en la ciudad de Córdoba. El flicorno converso sólo salía de su estuche camuflado para animar veladas rojas, junto con aquél José Rodríguez, payador panadero, que tanto se había destacado en las huelgas agrarias del 19', en milongas, valses y habaneras destinadas a denunciar injusticias y consolidar conciencias. Y aunque las mujeres pidieran “El casamiento no me interesa”, la pieza con que gustaba cerrar la fiesta era “Política chica” de Evaristo Barrios.

En una velada teatral en la Penitenciaría, colaboró tocando en la Banda de reclusos la música de presentación y cierre del monólogo criollo de “El puñal de los troveros”, de Belisario Roldán.

Con él planeó Dionisio muchos meses un atentado contra el frailuno diario “Los Principios” y su defensa del capitalismo vampiresco envuelto en trapos de sotana, como parte de los actos de repudio por el proceso a los Presos de Bragado, similar al que en la noche del 3 de setiembre del 30 destruyera un balcón de la sede, causando daños en el mobiliario del periódico.

Todo empezó, en realidad, con la “Milicia Angélica” del Padre Melero y sus benditas conferencias en el Convento de Santo Domingo sobre educación femenina y comunismo. Mientras el Reverendo dominico se mantuvo en que la educación impartida a las mujeres debía profundizar en

temas como “El corazón de Jesucristo y el corazón de la mujer” todo anduvo bien, pero cuando el diario comenzó a publicar, entre la procesión a la Virgen del Carmen, la alabanza a los estigmas de Santa Teresita y la enseñanza del punto fagotín para las costuras rectas, los resúmenes de las charlas del cura denunciando que el feminismo moderno, junto con otras doctrinas disolventes como el anarquismo y el comunismo, “saliendo de los límites de la naturaleza femenina quería producir semi-hombres en la mujer, cayendo por lo tanto, en ridículas sensiblerías que producían mujeres como Luisa Michel y Carlota Corday en Francia y Teresa Claramunt en España” y fogoneando el accionar de la Legión Cívica que pagaba bandas de asesinos para reprimir las luchas obreras, Dionisio sintió que todo tenía un límite. En los mismos días, el diario congratulaba a la eficiente policía de Buenos Aires, “los obreros de la muerte”, como los llamaban los compañeros, empeñada en probar que habían sido los dirigentes de la FORA que habían decretado la huelga de panaderos, choferes, pintores y albañiles los que habían organizado junto con los radicales el levantamiento del General Pomar. Y por supuesto, como la policía no conocía otra forma había dispuesto allanamientos y prisones de cientos de militantes, para lograr, a cualquier precio, la confesión del supuesto complot que se decía planeaba el asesinato de legisladores y ministros conservadores y luego la toma del poder. En páginas siguientes, informaba del intento de suicidio en la cárcel de uno de los famosos Presos de Bragado, uno de los “cobardes

autores de la remisión de una bomba” a la familia del legislador conservador, sr. Blanch, que acabó con la vida de una de sus hijas y una cuñada, durante el gobierno de paz y orden del General Uriburu. Agregaba, luego, el pasquín que, ante la gravedad de los acontecimientos, el gobierno había resuelto aumentar la dotación de la comisaría con cinco policías armados a máuser, sin decir una palabra de que el intento de suicidio había sido motivado por los tormentos con que la policía había tratado de obtener la confesión de inocentes, provocando el alzamiento de todo el pueblo de Bragado y luego del país, que equiparaba la injusticia del proceso con el de Sacco y Vanzetti en Norteamérica por los que miles habían marchado inútilmente en 1927.

En esos trajines, conocieron, por arte y maña de dos curiosos picapleitos, Dreifo y Licurgo las hojas recién salidas de la linotipo del pequeño, pero virulento diario “La Idea” de Cruz del Eje, que distribuían en una especie que difícilmente pudiera calificarse de cochecito. En el engendro mecánico, con relente de Ford T y enjundia de trenecito de manisero, armado con piezas y ardides de ferrocarrilero, en el que se había gastado más acetileno para las soldaduras que en los cohetes espaciales que ya se venían, Licurgo, de boina y alpargatas, conducía, a veces por la izquierda y otras veces por la derecha, como su modo peculiar de sedición contra las leyes y normas del Estado opresor y Dreifo, siempre de pulcro sobretodo y traje con chaleco, encaramado en el estribo del tilburi, entregaba los ejemplares a un compañero

de Correos y Telégrafos, que los hacía pasar como papelería oficial para ahorrar a la causa los gastos de envío. A fuerza de empujones, tirones y sofocones, el cochecito cobraba los centavos por propaganda, reunía los artículos de los colaboradores y trasladaba algún arma en su barriga siempre necesitada de agua para apagar la revolución interior y sólo se encabronaba de vez en cuando, en la mayoría de las ocasiones por nostalgia de combustible, en el adoquinado del poblacho, obligando a sus esmirriados navegantes a buscar cuando menos a cuatro foguistas fornidos para liberar su osamenta de los pozos.

En las hojitas de “La Idea”, encabezadas por el dibujo de una vela eternamente encendida, que Don Nicolás Pedernera había fundado buscando una voz más combativa en 1923, un invierno riguroso de penal para anarquistas bajo el techo de zinc, Alfidio Bazán, Demófilo Pavón, Bautista Bustos y los ocasionales visitantes pagaban al niño Florencio Bustos diez centavos por noche para atenuar los rigores de julio con mates calientes, sin desperdiciar un segundo para difundir las denuncias contra los prejuicios sociales y la brutalidad del silenciamiento de la clase obrera en los artículos y las cartas de Iris T. Pavón. Por ellas, la señora escribía en nombre de muchos a Pascual Vuotto, alentándolo a continuar desde la celda su campaña por su liberación y la de sus compañeros en Bragado, entre los avisos de la Panadería y Confitería “La Higiénica” y los obituarios de fantásticos personajes antediluvianos.

Por “La Idea”, fueron a escucharla una tarde, después de una jornada agotadora en el ferrocarril que daba vida y muerte al pueblo, en la calle Aurelio Crespo, en que sobre la tribuna de un cajoncito de manzanas, Doña Iris fastidiaba a las damas de narices arremangadas y caballeros de barbas y bastones honrados por las prebendas del régimen, que paseaban su decencia por la calle empedrada, enrostrándoles las tribulaciones y desconsuelos del libro “Vida de un proletario”, de Vuotto, mientras les metía manifiestos por los escotes, invitándolos a sumarse a la lucha contra las confabulaciones del poder. Después la velada continuaba en el Comité de Agitación del Círculo “Adelante Juventud”, con un cuadro filodramático especialmente escrito para la ocasión.

A su lado encontraron a su compañero, Marcos Dukesky, con quien habían compartido los calabozos de Ibarguren en las primeras manifestaciones de repudio al interventor de Uriburu.

Después de ese viaje, Dionisio y Flicorno sintieron que ya no cabían vacilaciones. Pero aunque la decisión estaba tomada desde largo tiempo atrás y la bomba podía colocarse oculta entre los paquetes de diarios que todas las madrugadas los canillitas maldormidos retiraban de la puerta de los talleres de “Los Principios”, ni uno, ni otro se resolvían a poner en riesgo a los chiquilines que así se ganaban el mendrugo. Dionisio proponía ajustarla para que explotara en plena conferencia del P. Melero y si con él

volaban por el aire unas cuantas santurronas, mejor, pero Flicorno soñaba con algo más apotéosico, como el momento en que la recién creada orquesta sinfónica de la Provincia tocara los acordes finales del De Profundis. Flicorno temía que la policía descubriera sus planes; Dionisio que los descubriera Justina, que como todas las mujeres jamás entendían los mandatos de la resistencia revolucionaria y entre alegatos y refutaciones, planos y maquetas iban pasando los meses, porque cada nuevo proyecto despertaba encendidas disputas doctrinarias y escisiones en la dupla vengadora que ya acudía a los textos de “La Protesta”, ya a los de “La Antorcha”, ya a los argumentos de Pedro Majno, ya a los de Severino Di Giovanni, hasta que la disputa los separaba por semanas. Al final, los debates culminaron cuando el recién creado Comité Pro-Presos de Bragado de Córdoba organizó todo un listado pormenorizado de actos, petitorios y colectas para conseguir la libertad de Pascual Vuotto, Santiago Mainini y Reclus de Diago, que ni Dionisio, ni Flicorno llegarían a ver once años después.

CAPÍTULO XXXVI

En la festividad de San Roque, quien recorra el centro de la ciudad de los confesionarios, podrá ver a las damas cristianas arrastrándose de rodillas o con los pies descalzos sangrando sobre los adoquines inmundos, pidiendo a gritos la muerte, arrepentidas de vivir sin que Dios las postre de una buena vez, impidiéndoles caminar.

CAPÍTULO XXXVII

La huelga –decía mi tío Segundo– la huelga, niños, es el arma de los trabajadores. Huelgas por todas partes de Rusia a la Argentina. ¡Y qué huelgas! Veinte, cincuenta mil hombres que, de pronto, a una señal, se cruzan de brazos. Los esclavos rebeldes de hoy no devastan los campos, ni queman las aldeas, ni rompen las máquinas que alivian el trabajo inhumano como el pobre Ludd, no necesitan organizarse militarmente bajo jefes conquistadores como Espartaco para hacer temblar el Imperio. No destruyen, se abstienen. Su arma terrible es la inmovilidad. Eso es lo que Dionisio y los suyos no entienden. Hay un ejército incomparablemente más mortífero que todos los ejércitos de la guerra: la huelga, el anárquico ejército de la paz.

CAPÍTULO XXXVIII

Creía que fue por el 32', a meses de nacida mi hermanita Iris, cuando mi padre partió para un Congreso en Rosario, que contó con una amplia concurrencia de la recién creada CGT, que inauguraba su diploma de apoliticismo, silenciando el repudio obrero a la dictadura salvaje de Uriburu. Convocado por la Unión de Obreros Sastres, con su grupo de Córdoba enmudecido por la depresión económica y las persecuciones, renegando de la orden de la dirigencia en manos de socialistas, insistió en la necesidad de terminar con las luchas internas y llamar a un congreso de Sindicatos que definiera el camino a tomar contra la reacción capitalista que, por medios brutales como la Legión Cívica, estaba diezmando al proletariado. Sin embargo, aunque las conspiraciones radicales para reponer a Irigoyen en el poder derribar la dictadura y el régimen surgido del fraude y la represión compartían las mismas banderas y los mismos

latigazos, nada pudo convencer a los dirigentes radicales a entregar armas a los libertarios, que en cientos fueron a dar con sus huesos en la cárcel de Ushuaia.

Mientras en los boliche que rodeaban la cárcel de Encausados, Gardel cantaba “Al pie de la Santa Cruz”, en que una madre lloraba a deportación por la aciaga Ley de Residencia que arrastraba a su hijo en las sentinas del barco-prisión, el “Santa Cruz”, como castigo a sus ideales de justicia, el Estado auspiciaba los lúgubres desfiles de los uniformes negros y grises de la Legión que atacaban armados locales obreros y fusilaban obreros en emboscadas.

En el último tren que arribaba de Tucumán con destino a Buenos Aires, los embarcaron esposados en parejas y custodiados por personal de la Guardia de Infantería, que portando pistolas Thompson, viajaban en los asientos frontales a cada una de las parejas, bajo las órdenes del Comisario Plutarco Carceglia, en vagones cerrados a piedra y lodo, asfixiados por el calor y la falta de aire.

Mezclados con los presos comunes, homicidas, violadores, ladrones reincidentes, temían que los llevaran a la isla Martín García, atestada de presos sociales, si no los “fondeaban” en el mar como a muchos, pero, cuando en la isla, que había sido lazareto y también puerto de cuarentena donde recalaban las embarcaciones antes de entrar a Buenos Aires y luego campo de concentración armado en galpones cercado por doble alambrada de púas, embarcaron

a otros presos que allí esperaban, sin que bajara uno solo de ellos, quedó claro que el destino era Ushuaia.

Sin orden de juez alguno, ni aviso a los familiares, ni una mínima provisión de ropa adecuada para ese infierno helado, desde el primer contingente de confinados obreros llegado a la ergástula del Sur el 14 de marzo de 1931 hasta el cierre definitivo dispuesto por el General Perón, se sucedieron cientos de embarques de presos, hacinados en las bodegas de los barcos de guerra, en tandas de hasta trescientos hombres, sin casi alimento, ni agua, durmiendo y vomitando unos sobre otros, teniendo que vaciar a balde, por la misma escalerita por la que se bajaba el miserable rancho de los indeseables desde la cubierta, las tinas de excrementos, que se sacudían con las olas, sobre los cuerpos de los postrados; víctimas de todos los castigos e ignominias imaginables.

Por esos días, los compañeros habían convocado a un gran acto frente a la estación del Ferrocarril Central Argentino para recibir a los hermanos José y Jesús Manzanelli, Leonardo Feliú, Benigno Moscowsky y Julio Rodríguez, que habían padecido en carne propia las brutalidades del Penal en Tierra del Fuego. En nombre de todos los presos, Jesús Manzanelli agradecía desde la ventanilla del tren a la multitud que nos reunimos a abrazarlos. Pero el retorno a la democracia y a la ley que prometía el nuevo Presidente Justo, en realidad, el elegido por el “fraude patriótico”, urdido por los conservadores, quedó desenmascarado

cuando fuimos atropellados, sable en mano y a caballazo limpio, por las fuerzas del Orden cuando cantábamos todos juntos, por una vez unidos, *La Internacional*. Alzando los niños y ayudando a los ancianos, aturdidos por los alaridos y tropezando con los caídos, tratamos de encontrar refugio en los andenes de la Estación, de pronto en tinieblas para aumentar el espanto, pero fuimos arrollados por una segunda carga de caballería. Esa noche hubo cientos de presos en las cárceles y cientos de heridos en los hogares obreros.

La nómina de presos, que callaron los periódicos de Uriburu y Justo en esos años, –¡Escribe, Albital! decía mi padre, escribe en tu cuaderno para que, aunque todos olviden, queden en tu memoria, al menos, los nombres de esos compañeros– decía que allá fueron trasladados en el transporte “América”, el 25 de enero de 1933: Flavio Acosta, jornalero; Alberto Balbuena, plomero; Antonio Cabrera, pintor; Julio Giménez, panadero; Juan E. Mandracho, chauffer; Paulino Márquez, estibador; José Parrotta, herrero, de 18 años; Gregorio Rodríguez, chauffer; Carmelo Siciliano, mecánico; Medardo Gómez, portuario; Olegario Garrido, panadero; Francisco Maidan, portuario; Alberto Maestre, portuario.

En el segundo contingente, por el transporte “Pampa”, el 2 de abril de 1933: Horacio Badaracco, periodista; Laureano Cabral, portuario; Miguel Castañeda, mozo; José Damonte, portuario; Luis Onetto, marmolista; Domingo Oyola, lavador;

Carlos Petrizzo, portuario; Herminio Cejas, metalúrgico; Manuel Elger, tallista; Lorenzo Janin, albañil; Manuel Laureiro, tipógrafo; Rogelio Lingas, ferroviario; Pedro Milessi, obrero municipal; Juan Rivadaneira, albañil.

Nuestros periódicos contaron después que cada contingente era recibido con una increíble marcha interpretada por la banda de música del Penal, trajes rayados y monstruosas bolas de hierro encadenadas a los pies para la liviandad de los acordes, haciendo renacer con la esperanza el hálito de humanidad en los rostros de esos desgraciados, pero apenas transpusieron los portones del presidio, los forzaron a desnudarse en la intemperie, a la vista de todos y la tormenta de cachiporrazos y palos les abrió los ojos. Los gritos de dolor de los confinados se mezclaban con los gritos de libertad, libertad, libertad del Himno Nacional... Desde ese momento, los castigos fueron diarios y los pretextos ínfimos: pedir un remedio, encontrarse postrado por la fiebre, tener desabrochado un botón de la chaqueta, no haber hecho la venia correctamente al carcelero. “Me apalearon hasta fracturarme dos costillas”, decía uno. “Me arrojaron desnudo en una celda mojada y me tuvieron así por tres días con menos de diez grados bajo cero”, decía otro. “El subalcaide San Pedro y después, el General Menéndez, el General Camps, el General Sasaiñ... ordenaron que me pusieran todos los dedos de las manos y luego de los pies en una prensa de

copiar para que hablara y delatara a quienes estaban conmigo. Así perdí todas las uñas”, otro. “Me quemaron los testículos”, otro más. “Me arrancaron todos los dientes”. “Me metieron un alambre por el escroto”. “Me colocaron un aro de hierro en la cabeza e iban apretando cada vez más, hasta que parecía que me iba a saltar el cerebro; cuando perdí el conocimiento, me pasaron al calabozo del pabellón quinto, con centinela a la vista y totalmente desnudo, por quince horas, hasta el cambio de guardia en esa cárcel helada, en ese infierno ardiente, en esa selva aterradora”. Lee, Albita, decía mi padre, lee para que, cuando todos olviden, y no quede de esos hombres más que un puñadito de huesos sin nombre bajo la tierra helada, entreverados acaso con los de sus verdugos, queden en tu memoria, al menos, los crímenes y los criminales: dictadores, generales, comisarios y también, jueces y obispos, médicos y maestros y banqueros y albañiles y piadosas madres de familia.

¡Ay, padre, después de tantos años de aquéllos, qué repetido el asesinato! ¡Qué corta imaginación la del verdugo!

CAPÍTULO XXXIX

Los diarios de la burguesía, que tanto callaban, sí decían: “Sastrería Square amplio local en 9 de julio 287. Espléndido surtido en casimires.” Pero nada decían del lomo doblado, a destajo, sobre las puntaditas exactas cubriendo el senderito de tiza que debía aprovecharse hasta que se deshacía en polvo, de los ojos derrotados por la luz de la lámpara de aceite, en la única habitación que compartíamos todos, con alguno más incluso, porque los alquileres eran excesivos para una sola familia. Nada decían de los jornales a un 50% de los de antes del golpe del 30. Ni decían nada de la necesidad de que ayudara también Justina, que venía de las diez horas en el taller con un bulto de ropa para terminar, y hasta, Alba y Florita en tareas sencillas, cuando apenas pudieron sostener una aguja, para entregar el trabajo a término. Nada decían del gasto de los hilos, agujas, botones, tranvía y combustible para el planchado. Nada decían

tampoco, cuando festejaban el fin de la huelga del Sindicato de sastres y anexos vencida por la garra de los patrones de Muñoz y Thompson y Williams armada por la policía, del olor a guiso pobre que inundaba los géneros y hacía fruncir la nariz a los patrones. ¿Dónde cosés, Manso, que no tenés idea que estas prendas son para gente fina y no miserables como los tuyos? ¿Y todavía pretendés el lujo del sindicato?

CAPÍTULO XL

Nunca después de esa noche funesta, hablé con nadie de esto, ni siquiera con Dionisio. Quise creer que porque él no atendía razones cuando se encerraba en sus principios de militante, pero, hoy, tan lejos de esos días, creo que sólo fue por la culpa que sentía, que siempre he sentido. La noche en que fuimos a recibir a los presos liberados de Ushuaia frente a la Estación de trenes, Dionisio insistió en que debía concurrir toda la familia; la nuestra, primero, para dar ejemplo. Yo no estaba hecha a discutir sus decisiones, así que dejé a Iris pequeñita con la tía y, aunque Flora se encaprichó con quedarse y que llevara a Iris, después de debatir con ella inútilmente, porque la bebita era muy pequeña y la tía no podía hacerse cargo de las dos, tuve que tironearla para que caminara de mi mano, bajo la mirada condenatoria del Tío Segundo que no soportaba que se afigiera a un niño, y marché al acto con Albita, Flora y Zoé,

las mayores. Cuando la caballería atacó a la muchedumbre, en el griterío y la oscuridad que sólo alumbraban los fogonazos, perdí en la huida a Florita, creyendo que Dionisio la tenía de la mano. Jadeando en una esquina, ya aparentemente libres de peligro, advertimos que la nena faltaba y aunque toda la familia y los amigos convocados volvieron a buscarla, arriesgando, incluso, la vida, sólo después de casi cuatro horas, Cecilia y su marido la encontraron, sentada en un banco del Hospital de Niños con el abrigo de un caballero que se presentó como Ernesto Yoy, de la editorial libertaria “Resurgir”, que la había hallado deambulando aterrorizada por las barrancas que rodeaban el Hospital y que había escuchado más de una vez hablar a Dionisio en los meetings. Nunca hablé con nadie de esto, pero cada vez que recuerdo esa noche, creo que el horror de esas horas le marcó para siempre la vida... y aunque nadie jamás habló de esto con ella, creo que Iris sentía que, de algún modo, le debía algo a Florita.

CAPÍTULO XLI

En el 34', Dionisio se enardeció en contra del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, difundido y exaltado en púlpitos y tribunas, en medio del ascenso del fascismo en Europa, de la guerra entre hermanos entre Paraguay y Bolivia por las miserias del monte chaqueño y el gobierno de los Soviets Supremos rusos, que abría los puertos para recibir el trigo argentino con que mitigar las hambrunas de las multitudes heroicas que se habían atrevido a poner fin a la dictadura del capital. En la ciudad provinciana, pocos meses antes, un terrible terremoto en la colonia agrícola de Sampacho –en que tantos compañeros libertarios habían compartido la huelga de los molinos Río de La Plata, “sembrando ácratas y bolcheviques la semilla de la violencia”, como condenaba el diario “Los Principios”– y

también, sus réplicas en Río Cuarto y Villa Mercedes, habían dejado las ciudades en ruinas. Las gentes caminaban como sonámbulas entre los escombros, tratando de salvar a sus seres queridos, sus mínimas pertenencias, sus aves de corral, sus animales domésticos. Los hospitales, las escuelas y las estaciones de tren se mostraban con las paredes partidas y los techos caídos, no había agua corriente, ni alumbrado público, pero la nación se disponía a tirar la casa por la ventana para agasajar a los visitantes ilustres. Cada vez que escuchaba los discursos radiofónicos de los presbíteros milenaristas proclamando que “para vencer las muecas de los comediantes impíos”, de los “judíos Lenin y Marx”, la “inquina satánica de la España Roja” y el “Monstruo comunista”, el Congreso Eucarístico probaría al mundo entero que “no hay más remedio que vivir la fe desafiando los sarcasmos del necio, del ignorante, del vicioso, del impío o del encargado y pagado por los revolucionarios que pregonan su bandejaje internacional escudado tras el rótulo de un Partido”, Dionisio vociferaba que, aunque sólo hubiera sido para boicotearlo, se justificaba haberse instalado en la Córdoba curil y retrógrada que tanto lo afrentaba; particularmente en estos momentos en que la elección de Argentina como sede internacional y la llegada del Cardenal Pacelli no podían entenderse sino como un nuevo respaldo de la Iglesia a los gobiernos ilegítimos y dictatoriales.

Para evitar las persecuciones del Comisario Plutarco Garceglia a cualquier junta que pudiera resultar de

malandras, en la ciudad que todavía comentaba el secuestro y asesinato del Pibe Ayerza, las andanzas de delincuentes como “Faccia Bruta” y las ferocidades de los prostíbulos de “Capa Verde” por la Seccional 2^a., los blasfemos se reunían en un local de la zona, que albergaba, hospitalariamente un comité radical bajo las imágenes de La última Cena, de Yrigoyen y un escudo nacional, rodeando una mesa de billar que, de día hacía las veces de escritorio, amortiguando los habituales puñetazos anarquistas con su paño verde y de noche, las de mesa de pase inglés, monte, treinta y cuarenta, con dos agentes en la puerta para controlar excesos de contraventores.

Allí, Dionisio planeó con otros el boicot: Flicorno; Domingo, un con pañero que tenía el mérito de haber participado en el Congreso que convocaron los anarquistas en el Pabellón 3º. Bis, de la Cárcel de Devoto, de julio a octubre de 1931, para aprovechar la prisión de destacados representantes del movimiento; Pietro, el Inventor, que guardaba debajo del catre una bomba que decía que como Simón Radowitzky, había armado siguiendo las instrucciones de *La Protesta* y, finalmente, Leandro, el hijo menor del tío Segundo, nacido en Córdoba después de la reunión de la familia, que hacía entonces sus primeras armas libertarias y lo seguía como a un Dios encarnado, a espaldas de su padre, que después de haber sufrido las cárceles y los tormentos de varios continentes, temía para su prole idéntico destino

Los conspiradores sabían que se esperaba en Buenos Aires

un desfile de cientos de miles de antorchas por la Avenida de Mayo, de hombres que ya en las vísperas se arrodillaban en cualquier lugar y desnudándose el torso, gritaban sus pecados y los ajenos, de palabra obra y omisión, mientras se azotaban la cabeza y la espalda con rebenques, sogas y hasta cinturones. Decían que para recibir al Cardenal Eugenio Pacelli, el enviado Papal, centenas de obreros cualificados arriesgaban la vida, sin más pago que alguna indulgencia plenaria, construyendo una santa cruz de treinta y cinco metros de altura, donde lo saludaría el Intendente como “al soberano más poderoso de la tierra”; ufano de semejante rebaño que tan acabadamente mostraría la medida de su devoción cristiana, mientras a pocas leguas, todavía amarrada al puerto la otra “Santa Cruz”, la nave a la que cantó Carlitos Gardel seguía trasladando a las cárceles del sur su panzada de presos sociales.

Flicorno había escuchado que en las parroquias, noviciados y escuelas religiosas miles y miles de mujeres ensayaban el “Dios de los corazones, / sublime Redentor,/ domina a las naciones y enséñales tu amor” que corearían, en columnas netamente separadas de las de los hombres, envueltas en mantillas de luto riguroso, cerrando las peores fuentes del pecado con alfileres de bronce con el logo del Congreso, que fabricaban a toda velocidad para la ocasión fieles visionarios, y ornamentadas con las medallas, prendedores, rosarios y álbumes que vendían para la ocasión fieles visionarios, como el joyero y banquero Escasany, en edición de lujo con filete

dorado y tapa acolchada o más económicos para adaptarse a todos los bolsillos de la dama y el caballero, hasta llegar a dos simples cartoncitos unidos por broches, con el dibujo del copón con la hostia en un doradito que, si se manipulaba descuidadamente, se diluía como el sentido cristiano del Congreso Eucarístico.

Desde la distancia, agregaba Domingo, los hábitos permitirían distinguir los diferentes estamentos que organizaban, como era debido, la viña del Señor: por sus capelos, a los cardenales; por sus capotes, a los choferes que los trasladarían; por sus casullas y túnicas, a los religiosos; por sus velos níveos, a las niñas de comunión; por sus guardapolvos grises y sus cabezas rapadas, a los pobrecitos de asilo y por sus uniformes de gala, a las fuerzas del orden que aprovecharían la ocasión para canjear por algún pésame y una ristra de avemarías una indulgencia plenaria por sus crímenes en los calabozos del régimen.

En las publicaciones y cartas de la capital, los amigos habían entendido que las lecciones de la Argentina del Centenario habían enseñado al gobierno a esconder sus lacras, particularmente las de la Buenos Aires con sus luchas obreras, sus mafias y sus tratantes de blancas enredados con el Zwi-Migdal, sus barrios de mala fama y sus malevos, comenzando por Palermo; el mismo corazón del Congreso Eucarístico. Y como Chicago en el 26', Buenos Aires, que había obtenido el increíble honor de ser designada sede del Congreso internacional, debía mostrar qué lugar ocupaba el

país en el mundo para atraer a todos los inversores, comerciantes y banqueros del mundo que quisieran habitar el suelo argentino.

Decían que, para purgar su fama de tierra de indios y malandras, la capital había de mostrarse de día y de noche y que el primer paso para ocultar sus lacras había sido el de intubar el arroyo Maldonado, después del cual comenzaba lo poco más que trece ranchos que eran todavía la mayoría de las provincias. Flicorno apuntó que los programas de actividades mostraban que el Presidente Justo, de la mano del Intendente de la ciudad, había organizado ceremonias nocturnas en Plaza de Mayo para exhibir bellamente iluminados las obras recientes de la belle époque, con los carteles de cervezas Bieckert y Quilmes, cigarrillos Chesterfield, bizcochos Canale y dulces Noel de sabores genuinamente argentinos como el de leche y de batata. Rodeando la munificencia de los parques y las vías engalanadas, resplandecerían las mansiones de las damas terratenientes, como Doña María Unzué de Alvear o nuestra Doña Adelia Harilaos de Olmos, viuda del ex gobernador de Córdoba –de la que corrían rumores de que se había liberado en pocos meses gracias a la mala vida que dio al anciano–, donde se alojarían, más suntuosamente que en un hotel, los invitados venerables. Serían sus joyas las que adornarían la imponente custodia de la procesión de clausura, en que el legado Pontificio, cubierto por el palio recamado de oro del sol de mierda de estos octubres salvajes, recorrería en

éxtasis, prosternado en el interior de la carroza presidencial. Y, quizás, también serían sus criaditas vírgenes las que ofrecía como souvenires en alguna velada de festejo, el probo Intendente Manuel Güiraldes, para agasajo de tanta excelencia de allende los mares.

Cientos de soldados, policías y bomberos y cientos de niños bien y propietarios con la escarapela de Manuel Carlés que proclamaba si no en la solapa, en el corazón: “El que no es amigo de la Patria es mi enemigo y lo combatiré sin descanso ni cuartel”, habían sido convocados por el Presidente para custodiar el orden conservador en la ciudad, que podía desmadrarse en cualquier momento por culpa de los “indeseables” de siempre, explicaba Dionisio.

En las proximidades del altar mayor de Palermo, anunciaban los periódicos, la Sociedad Rural ofrecería, a sólo un peso con cincuenta, menués para agasajar a los visitantes extranjeros con cortes selectos de ternera del país, que eran desconocidos en las carnicerías populares.

Sí, el esplendor del Congreso –concluía Dionisio– mostraría el de sus familias principales, en una riqueza arrancada a los innumerables trabajadores que padecían en los talleres, en las fábricas, en los puertos, en los saladeros. Con cientos de soldados, policías y bomberos, Buenos Aires, la ciudad estómago, defendería su bolsa del hambre proletario. Buenos Aires, decía con la amargura de Rafael Barrett, donde no hay más Biblia que el Registro de la Propiedad, se

adornaría como una prostituta para el Congreso Eucarístico Internacional con sus alhajas más caras para venderse a sus clientes habituales, mientras el Santo Oficio Policial y las Damas del Patronato confinaban en las mazmorras la carne doliente de miles de obreros.

Por eso, aunque el Congreso de Córdoba fuera, como era lógico, bastante más provinciano, Dionisio que se perdió por unos meses nomás los festejos del Centenario, estaba dispuesto a cualquier sacrificio para no perderse éstos.

El primer proyecto de Dionisio pretendió contar, precisamente, con la colaboración del tío Segundo, intentando convencerlo de que lograra la confección de la vestimenta ceremonial que las jerarquías religiosas vestirían para esa oportunidad, pero además de que el taller del tío era algo muy menor para atraer el interés del Arzobispado, la sola mención del hombre de que “algo” debían hacer para el Congreso, despertó en el tío una furia que lo llamó a silencio de ahí en adelante. Después, pensó en algo que involucrara a Flicorno y las bandas que animarían los festejos, pero era todavía más improbable que alguien los contratara para esa oportunidad o que, con su prontuario, pudiera colarse en alguna de las orquestas consagradas, como la de los Mercedarios, que desde hacía más de veinte años amenizaba las ceremonias religiosas, a pesar de la acusación de los Provinciales de la Orden por los quebraderos de cabeza que ocasionaban la indisciplina y casi libertinaje de los músicos, que faltaban a los ensayos y los

sábados ni dormían ya en sus casas, profanando hasta la madrugada, en los piringuindines del Bajo, los instrumentos comprados con el diezmo dominical.

Durante unos días, se ilusionó inútilmente con la formación de una nueva Banda de Música para Córdoba, detrás de la que andaba el devotísimo empresario D. Juan Stabio, fundador de la Asociación Obrera de la Sagrada Familia, presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal y renovador del Hospital Italiano cuando cayó en manos de una Comisión “en que prevalecía el elemento masónico y descreído”, que tras beber en la fuente de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, las aguas que saltan a la vida eterna y que Cristo prometió a la Samaritana, perseguía masones y descreídos con una convicción de tal suerte militante, que cuando nació su nieta Lucía, el mismo día en que se cumplían los cuarenta años de la Encíclica, se habló de bautizarla “Rerum Novarum”.

Al fin, una noche, se les ocurrió boicotear la galería de luces que adornaría la avenida por la que se encaminaría la procesión hasta la Iglesia Catedral, para terminar en el momento del ingreso al atrio de Monseñores y autoridades con el apagón total del centro de la ciudad, como escandalosa prueba de la absoluta indiferencia de cualquier dios por los habitantes de este valle de lágrimas.

Por su parte, sin animarse a arriesgar una sola palabra, ni a sus compañeros, Pietro soñaba con usar una de sus bombas

para volar por el aire la custodia enjoyada; símbolo acabado de la abyección tribal de nuestras casas principales.

Presentándose al alba y difundiendo información errada entre los postulantes, consiguieron lugar entre los que formaban la cuadrilla de la Empresa de Energía. Por su oficio de constructor, Domingo conocía a varios del grupo que estarían dispuestos a influir para que los tomaran y sobre todo conocía al jefe, un hombre de muchísima experiencia y preponderancia sobre los empleados, pero con una peligrosa afición a la bebida que pensaban aprovechar para sus planes. Durante los días que precedieron al Congreso trabajaron los cinco como negros armando la colossal vía láctea que iluminaría el camino hasta la Iglesia Mayor y de noche, conspirando en el local para ajustar la logística que dejaría a Don Cosme incapacitado para encender no la avenida, sino hasta la vela de su mesa de noche. Lo que no contaban fue que, además de la cuadrilla de una veintena de obreros, una decena de ingenieros píos y eficaces, seleccionados de entre el patriciado más devoto de la ciudad de los altares, sobrevoló, permanentemente, desde el alba a la medianoche, durante el mes entero a la cuadrilla, controlando y volviendo a controlar cada movimiento, cada artefacto y cada conexión para evitar la falla más ínfima que pudiera opacar las celebraciones en el centro engalanado, que brillaría entre casullas y uniformes.

Muy temprano, en la mañana, el gobernador, acompañado por sus funcionarios y representantes de las jerarquías

superiores, se dirigiría hasta la Catedral, donde el Orador sagrado elevaría su voz en una oración significativa en elocuencia e inteligencia viva, propia de su ministerio, que uniría las conquistas de la justicia a la afirmación de la fe, ante la multitud de rodillas que rogaría a Dios que los llevara con Él de este valle de lágrimas.

Por la tarde, un río de hombres moviéndose entre las oscilaciones luminosas de las antorchas, se iría desplazando hasta el Altar Mayor, después de rodear la plaza del General de La Tablada y Oncativo, marginado por los regimientos 12 de Infantería y 4 de Ingenieros que ejecutarían himnos sagrados y la marcha de Ituzaingó. La procesión de fe seguiría aumentando al pasar por la Calle Ancha, en dirección a la Plaza del Codificador y cuando los manifestantes pasaran por debajo de los balcones del Club Social, un grupo de damas, cubiertas las cabezas con mantillas, arrojarían flores níveas al paso de los fuegos, entre las aclamaciones y vítores del pueblo que llenaba los veredones mostrando su fidelidad al Supremo Creador que fundó el género humano y le dio sus instituciones.

Bañados, peinados y con sus mejores ropas, para evitar las sospechas, los cinco se santiguaron, se golpearon el pecho y se arrastraron cuadras y cuadras sobre las rodillas sangrantes, arrepintiéndose a los gritos de cuantos pecados se les pudieran ocurrir y sobre todo del pecado mortal de bleque y kerosene que soñaban cometer en un rato nomás, en las confesiones públicas que el Papa, específicamente,

había premiado con indulgencias plenarias, tratando de encontrar, inútilmente, un resquicio a la estrecha guardia de seguridad que controlaba toda la ceremonia.

La noche del cierre, el 14 de octubre, entre los millares de argentinos postrados que, en simultáneo, escuchaban por los parlantes la proclamación de SS. Pío XI, desde Roma, del “Triunfo del Cristo Eucarístico” –que vive y reina sobre todo el mundo– y de inmediato, la voz del Presidente rogándole que trajera la paz a la nación entera que su política de terror no había conseguido, ahogada por los acordes de Himno nacional que se elevaba como un rezó de la patria toda que juraba mantenerse fiel a su Señor, en la ciudad relumbrante como un cáliz de oro, la banda de Dionisio descubrió que, otra vez, la historia les había jugado una trastada y durante jornadas y jornadas sin desmayo, habían colaborado con su sudor y su coraje para el mayor esplendor de la maldita fe católica.

CAPÍTULO XLII

Allá por el 30', poco después de la balacera infame que se llevó a López Arango, tantas veces representante de la FORA y "La Protesta" y el vespertino "La Batalla" en el repudio de los atentados como táctica revolucionaria, apareció Toribio por Córdoba.

Apenas dijo su nombre, Dionisio reconoció el acento de su cuna maragata, el mismo que el de Buenaventura Durruti y de Diego Abad de Santillán, y le abrió las puertas como a un coprovinciano, pero los pocos datos de la historia borrosa que fue hilvanando en el tiempo en que lo trató, más bien lo llevaron a dudar de aquella impresión de raíces compartidas. Además, jamás habló de León, ni de España siquiera, ni de una familia, ni de ningún otro dato que permitiera reconstruir la sucesión de penurias que parecían haber tallado ese rostro a golpes de cárcel. Después de todo, él

sostenía como muchos libertarios que el patriotismo no era sino el sentimiento natural del amor al terruño exacerbado y manipulado por una educación al servicio de la casta dominante. Por las ropas y las manos, podía deducirse que trabajaba en la construcción, pero alguna vez refirió al pasar que había compartido mates con artistas como Quinquela Martín, Hebecquer y González Tuñón, en algún lugar que podría haber sido un taller de La Boca o los del diario “Crítica” o cualquier otro punto de Buenos Aires y, en jornadas más desgraciadas, había compartido también la persecución y el calabozo con muchos más anónimos. Llevaba, además, en la piel todo un prontuario de cicatrices y quemaduras viejas que confirmaban décadas de escarceos con las Secciones Especiales de varios países.

Otro que decía conocerlo contó de él una historia que podría haber sido la de muchos compañeros. Toribio llegó al anarquismo cuando mató a cuchilladas en los Molinos Harineros del Río de La Plata al capataz de estibadores que golpeó salvajemente a un chico, al que había volteado el enorme peso de la bolsa. El mismo año en Gualeguay fue apresado y condenado a diez años de prisión. En un enfrentamiento con un guardiacárcel, consiguió un tiro en la sien que no le llevó la vida por causalidad y que le trajo la libertad al escaparse de un hospital de La Plata para unirse a las filas de los expropiadores.

Se decía, también, que era de los que colaboraban con las publicaciones ácratas más feroces, enviando pequeños

aportes de centavos, firmando: “uno que desea cargar un cañón con cabezas de burgueses” o “¡Viva la dinamita!”

Entró a la pieza con otros, se sentó en un banquito rengo y Zoé, que apenas levantaba del suelo, se subió a la falda del agitador torvo para jugar al caballito, como en la de un abuelito usurpado y empezó a seguir con el dedito impertinente los senderos de las mataduras que le cruzaban la cara, mientras Toribio atendía en silencio la conversación general. En un momento, la manaza áspera encerró la manita de la niña y comenzó a guiarla por otros costurones más desvaídos en la frente y cerca de la oreja izquierda, donde la famosa bala se había alojado entre la piel y el hueso, recorriendo un memorial de conspiraciones y castigos que era más su historia que un puñado de fechas y de apellidos.

Un segundo después y sin perder el hilo bronco de la discusión con un lápiz de albañil le dibujó en cuatro trazos un caballito perfecto en la portadilla de “Apoyo mutuo” de Kropotkin, que había quedado sobre la mesa. Ante la sorpresa de los otros, explicó: “Sólo para eso sirven los libros: para dibujar monigotes a los niños”.

Eran tiempos de Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó, de incendios de periódicos, de atracos a empresas y bancos para expropiar fondos para la lucha, de liberaciones sangrientas de presos y de venganzas en las sombras. En cada reunión se contendía furiosamente por los métodos,

los medios y los fines y en las noches, las sombras zanjaban definitivamente las disputas. Ese día, Toribio sólo abrió la boca para afirmar que él no era de ésos que creen que la justicia y la libertad de los hombres se conquistan con baños de asiento de malva y discursitos en esperanto y que no le tenía miedo ni a la clandestinidad, ni a la violencia como única arma real en la lucha proletaria. Después alzó a la niña, la dejó en brazos de su madre, que un poco apartada escuchaba los argumentos, sin intervenir, y se fue, sin cerrar la puerta.

Unos días más tarde reapareció Toribio, cuando sólo Justina y las niñas estaban en casa y, esperando a Dionisio, se quedó en un rincón el cuarto largo rato, hasta que viendo que la mujer se multiplicaba entre las criaturas, la costura y la cocina, le retiró con delicadeza la cuchilla de las manos y comenzó a picar cebollas y zanahorias para el guiso.

Poco después, apareció Azucena, pintarajeada como lo que era, a terminar las prendas que debían entregar esa semana y viendo al hombrón en esas faenas, vociferó que eso era lo que a ella le gustaba del anarquismo: que los varones empezaran de una buena vez a arremangarse junto a las hembras y que la justicia y la igualdad empezaran por casa. ¡Sí, señor, ya se acabó aquello de Anarquía y libertad y las mujeres a fregar! Toribio ni le contestó, ni se dio vuelta para mirarla siquiera, pero desde ese día cuando estaba Azucena, no entraba a lo de Dionisio.

Después, Dionisio recordó que el hombre había andado en dos o tres oportunidades por lo de Azucena, pero, nunca supo exactamente por qué, dejó de reunirse con el grupo de resistencia cuando el encuentro era en esas habitaciones de escándalo, a menudo interrumpidas por parroquianos imperiosos, a los que la mujerona corría con insultos bestiales y amenazas de informar a las esposas.

Mucho tiempo después, Dionisio dijo que se sentía culpable porque el alejamiento de Toribio no podía deberse sino a la cobardía y la inoperancia que demostraba el grupo con sus interminables reuniones de polémicas improbas y planificaciones sin resoluciones. Justina no trató de convencerlo, pero en el fondo, estaba persuadida de que Azucena era demasiado para la mayoría de los revolucionarios; al menos, para los que ella conocía.

Tras los años de la guerra en España, supo Justina en su infinita búsqueda de información sobre el paradero de Dionisio y Leandro, que Toribio había formado parte de las fuerzas de choque republicanas, en los Grupos de Defensa Confederal, con los legendarios Durruti y Cipriano Mera, capaces de las osadías y atrocidades más impensables tanto contra los franquistas como contra los propios sindicatos obreros, detrás de las huellas de la Federación Anarquista Internacional. Toribio integró luego la Decimocuarta División, al mando de Mera, que albañil como él y miliciano raso, sin ser soldado, ni tener formación militar, en menos de un año, ganó esa jerarquía por méritos de guerra; tan

temido por sus exabruptos que hasta al mismo General Miaja le tembló el pulso para designarlo jefe de la División tras el asesinato de Durruti, dudando del precio que podrían costarle sus “albañiladas”, como denominaba al concepto extremo de Mera sobre el orgullo y el mando. Le contaron que había sobrevivido a varios complots para abatirlo por su permanente enfrentamiento con los estalinistas y que detrás de Mera, sus desobediencias los llevaron casi a entreverarse a los tiros con Modesto, su superior al mando del Quinto Cuerpo del Ejército de la República, cuando éste detuvo a su Jefe de Estado Mayor y ordenó el fusilamiento de la popular argentina Mika Etchebehere del Partido Obrero de Unificación marxista, idolatrada por Azucena, que por valentía en combate fue elegida capitana por sus hombres. Sus afiches y carteles revolucionarios, anónimos como correspondía a un libertario, para llevar los ideales de la República a la población analfabeta contribuyeron a exaltar y sostener la moral colectiva, en medio de las abyecciones que propiciaba la guerra. Tras la derrota republicana, Toribio consiguió escapar por Valencia hasta Orán, donde padeció un largo peregrinar por el horror de las prisiones francesas del norte de África, hasta que trató de huir, escondiéndose junto a otros dos compañeros en el túnel de la hélice de un barco. Millas adentro fueron descubiertos medio muertos, yendo a dar con sus atormentados huesos al campo de confinamiento Le Vernet en la Francia invadida por Hitler. De ese nuevo infierno, destinado más bien al exterminio de combatientes considerados peligrosos para el orden público

y la seguridad nacional, el maragato fue deportado nuevamente por el gobierno colaboracionista de Vichi a la España sangrienta de Franco. Allí, Toribio fue condenado por el Consejo de Guerra y junto a otros cadáveres vivos, esperó varios meses en los calabozos de Porlier, para ser fusilado contra los abarrotados muros del cementerio en que los buitres, ahítos de carne revolucionaria, ni siquiera se esforzaban en remontar vuelo entre descarga y descarga.

Su compañera de los últimos días, Jesusa, había sido hecha prisionera en calidad de “rehén” por las ideas criminales de su marido, como diría su ficha, en la Cárcel de Mujeres de Las Ventas, en Madrid, dirigida por la Orden de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor, que el Dictador de España y el Arzobispo de Madrid bendijeron como “instrumento pastoral de salvación” para el reencauzamiento de las pecadoras y el secuestro de los frutos del pecado, con fines de adopción por familias decorosamente falangistas.

Cuando llegó el momento del parto, sobre el mismo jergón piojoso que compartía con dos putas de plaza brutalizadas por el alcohol y la mala vida, no hubo médico, ni partera que se acercara a prestarle alguna asistencia. Las otras reclusas cortaron el cordón con una púa carcelaria y lo llamaron, excusándole las aguas bautismales: “Buenaventura”, como habría querido su padre. La parturienta sufrió una infección que la mantuvo tirada con tembladeras de fiebre altísima varios meses y allí aparecieron, de nuevo, las monjas a llevarse el niño con la excusa de que sus pechos no podrían

criarlo en ese estado, pero Jesusa, sin una palabra, se abrazó a él como la bestia parida que era y en los días siguientes, las otras mujeres, escuálidas y mugrientas, repartieron, a escondidas, la magra leche de la prisión que mal amamantaba a sus criaturas para alimentar al hijo del miliciano y organizaron turnos de vela para impedir que, durante el sueño, las carceleras lo arrebataran. Cuando la madre mejoró, las Hermanitas comenzaron a negarle la ración del líquido marronoso y repugnante con que alimentaban dos veces al día a los infantes para forzarla a su consentimiento a la adopción. Al final, harta de la terquedad de mula que animaba a Jesusa, la Superiora la llamó a su despacho para exigir la entrega del hijo que debía reeducarse en la Verdadera Fe y la fidelidad al Régimen, entonces, la rebelde abrió la boca por primera vez para contestar que, antes, lo ahogaba con sus propias manos. Buenaventura murió el invierno siguiente por un virus junto a otras veintiocho criaturas internadas junto a las reas, que no obtuvieron permiso para lavar los cuerpos, ni darles sepultura, ni llevar lutos, por expresa disposición de las autoridades, ya que no eran casadas, sino pecadoras que debían aprender a ser buenas.

Justina no supo nunca si la pobre mujer lo pensó o no, pero ella sí se alegraba de saber al bebé muerto y no enredado en los hogares de oprobio del Auxilio Social que llevaba a los pequeños a las mazmorras a visitar a sus padres disfrazados de falangistas o de seminaristas para aumentar el tormento.

A las cárceles de esa misma Orden de Esposas de Cristo, ingresaría en la Córdoba de la Nueva Andalucía, más de treinta años después, la compañera de Floreal a parir y morir en los brazos de la Santa Iglesia Católica, rea de los mismos crímenes de lesa disidencia y recibiendo los mismos consuelos puerperales que Jesusa. A pesar de que removieron cielo y estrados, nadie pudo dar dato alguno de la pequeña Justina, su nieta, nacida en la Maternidad Provincial el 14 de julio de 1976, ni de su madre que una noche fue sacada de la Unidad Penitenciaria nº 1, de Bº San Martín, a donde había sido llevada tras el parto para no volver nunca más, con la excusa de tramitar el documento de identidad de su hijita.

CAPÍTULO XLIII

Apenas Florita aprendió a leer, empezó con su sorprendente manía por los concursos. Todo estuvo bien mientras fueron los concursos de silabeo y cuentas de la escuela pública, pero cuando empezó con los sorteos y las tómbolas, su padre comenzó a ponerse loco. Cada monedita que juntaba se le iba en estampillas para mandar cupones a los concursos más inverosímiles. El de la Casa Bartolas: 1^{er}. Premio: un tapado de dama con forro de seda; el de la Sociedad de Apicultores, un moderno ahumador. Hacia el 37, empezó a insistirle al Tío Segundo que le comprara la revista “Don Policarpo” para “los lectorcitos buenos, ordenados y piadosos” que en concursos de cuentos, poemas o deportivos podían ganar bicicletas, juegos de mesa y hasta un vestido de comunión... En realidad, ni

siquiera parecían atraerle los premios, sino sólo el competir, tentando a la suerte. A Dionisio parecía pesarle este entusiasmo como si fuera una costumbre vergonzante. El afirmaba y alegaba que el ser humano era hijo de sus obras, que se levantaba o se hundía por su voluntad, que nada tenía que hacer el azar, esa fuerza incontrolable que tenía algo de mágico, de arcano, ni en su vida, ni en la de su familia. El hombre había recorrido un largo camino poblado de penurias y castigos para levantarse desde las mazmorras de la Inquisición hasta las claridades de la ciencia, declaraba con el índice en alto, frente a la chiquita que apretaba los dientes con testarudez. ¡Déjale, hombre, Dionisio, que ningún daño hace!, decía Justina. En realidad, muestra más cabeza que todos nosotros juntos. Sí, y, a lo mejor, algún día te gana una regia voiturette Dodge, como la de tu patrón, se burlaba el tío. ¡Imagínate manejando, tú, un hijo de braceros analfabetos, un coche como éhos. Al día siguiente dejas la lucha y te haces conservador y diputado, porque un coche como éhos, sólo lo tiene un diputado de la Nación! Pero, a Dionisio no le hacía gracia la costumbre de la niña y ponía una cara de mil diablos cada vez que Florita con mirada fija se paraba delante de las vidrieras de “La flor del día”, en que llenando un cupón se podía ganar un descuento del 15% sobre cualquier producto de bonetería.

CAPÍTULO XLIV

Sí, los treinta fueron años funestos, años de hambre y recesión, de talleres que cierran, de deportados, de fraudes y matonismo, de apaleamientos salvajes y compañeros sin nombres y sin rostro, que dormían una noche tirados en algún rincón de la cocina y por la mañana habían desaparecido. Apenas se conoció el levantamiento, en el patio del cuartel de bomberos en un “auto de fe”, igual a los de la Inquisición, se jactaba el diario del Obispado, se habían quemado periódicos, panfletos y documentos de los herejes anarquistas. A pocos metros de allí, en la esquina de Achával Rodríguez y Belgrano, unos días atrás, dos mañosos, se decía, Odonetto y Virga, presumiblemente de la misma banda del Pibe Cabezas, entreverados con los partidos gobernantes y con la Legión Patriótica, habían asesinado al diputado socialista José Guevara, que la tarde anterior había denunciado ante la Comisaría Primera la amenaza de muerte

que los patricios cordobeses le habían dirigido si seguía luchando por los derechos obreros. El gobernador y su Jefe de Policía afilaban las uñas contra reformistas y militantes de izquierda. La frustrada revolución radical del General Pomar y en Córdoba, las intentonas rojas de Sabattini por la democratización del Partido con el voto directo levantaron un nueva oleada de persecución, declaraciones de “personas indeseables y ajusticiamientos. Dionisio decía simplemente: “Despídeme de las niñas y tus tíos” y partía sin una palabra más, vaya a saber a que escondrijos, con un hatillo de linyera en que los codos de algún libro ocultaban los del arma. Mucho después alguno me enteraba de que le habían visto por Avellaneda o Rosario o Villa Ballester o me hacía llegar un recado para que le llevara ropa limpia y cigarrillos a la cárcel o entregara el dinero que pudiera para una familia que alegaba esta peor que la nuestra. Y una y otra vez, con cada huelga, con cada proclama, los vigilantes volteando la puerta a puntapiés en la madrugada, buscándolo, maltratando a las niñas para que no lloraran, destruyendo los muebles, los platos, los libros... Y verlo dormir vestido, alerta, con el pistolón bajo la almohada y mentir a los conocidos diciendo que estaba de viaje, que ya no vivía con él porque no acordaba con su ideas violentas, que la había dejado por otra y buscar otra piezucha peor que la anterior adonde esconderse hasta la próxima vez... Y contestar a la pregunta incesante de las niñas que papá trabajaba lejos, que ya volvería... Y acudir de nuevo a la tía a por el socorro de unas monedas para la compra cada vez más exigua y mendigar a

los Hermanos Josefinos para los géneros y los hilos, prometiendo avemarías y pésames... y pedir en la escuela Presidente Roca los rezagos militares de tricotazos azules y botines patria que se repartían entre los menesterosos para que sus hijitas pudieran ir a la escuela... Y empeñar otra vez la máquina de coser por unos centavos con que seguir tirando... Y empezar a coser ordinarias bombachas de lechero con sus adornos de tablitas en los costados por las que pagaban una miseria... Y llegar a coser bolsas de arpillera por centavos, a la luz del candil, para llenar la olla, con estas manos capaces de filigranas y encajes... Y los dedos destrozados armando flores para adornar las frentes de las novias entre los vahos tóxicos de las pinturas que pican los pulmones... Y la máquina que vuela noche y día para pagar lo que nunca alcanza y el dolor de las piernas sobre el pedal que nunca para, mientras Albita, seria y muda, traza otra raya más en el papel en que lleva la cuenta de las docenas de camisetas que entrego a la sra. Carmen para que otra vez me diga que diosylavirgenmediante la semana próxima o la siguiente paga.

CAPÍTULO XLV

En su edición del 3 de julio de 1932, el diario “los Principios” anuncia que fue totalmente absuelto de culpa y cargo el sr. Leopoldo Lugones, hijo, “El Siniestro” –inventor de la picana eléctrica para uso en agitadores y expositores de doctrinas disolventes– por el hurto de prontuarios que cometiera cuando fue Jefe de la División de Orden Social, bajo la alegación de que ellos podían utilizarse para cometer nuevos delitos. Su abogado acreditó, con abundante prueba documental, que Lugones es “un verdadero maníático de guardar papeles” y que ese único móvil lo había determinado al hecho. La sentencia deja a salvo el buen nombre y honor del antiguo funcionario que tanto bien ha hecho al país.

CAPÍTULO XLVI

“¿Es que la vida de un obrero vale menos que una bolsa de cemento?” escribimos en un volante y durante noventa y seis días lo repartimos por todo el país a las puertas de las casonas que las constructoras levantaban con el hambre y la sangre de los trabajadores, en la huelga que sostuvimos desde fines de 1935 a comienzos de 1936, después del accidente que costó la vida de diez compañeros y heridas graves a otros diez, en el barrio de Belgrano en Buenos Aires y que se extendió por todo el país y hasta Montevideo. Reclamábamos por los salarios, las condiciones de seguridad en las agotadoras jornadas y el reconocimiento del Sindicato. De las barracas a las mezcladoras que nunca paraban, los hombres cargaban durante doce o catorce horas por unos centavos bolsas de cemento de pesos descomunales, bajo un sol o una helada que partían la tierra. El cemento se pegoteaba con el sudor y se metía en la piel, endureciéndola

y quemándola y al final de la jornada, los albañiles parecían estatuas agrietadas... Los tiempos estaban cambiando y muchos de nosotros, como tu padre, Leandro, ciego en su nostalgia de pequeño artesano, en su doctrinarismo anacrónico seguían defendiendo la comuna rural de la Edad Media como si pudiera negarse la historia y eliminar las grandes concentraciones urbanas, aunque anulen la libertad individual... Muchos como él no querían entender que los viejos sindicatos por oficio ya no podían convocar a los obreros, porque el crecimiento industrial, bajo el régimen fraudulento, represivo y oligárquico de Justo, con el aval y la colaboración de los partidos Comunista, Socialista y Demócrata Progresista, imponían la formación de sindicatos de unidad por industria o por rama, como el de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Afines, que disputábamos con los comunistas y que había convocado la huelga el 23 de octubre. Sin embargo, la lucha había comenzado mucho antes y con una violencia que se comparaba con la de la Semana Trágica del 19, que sabes, Leandro, que yo no viví en Buenos Aires, porque me vine a esta Córdoba de lamehostias, que en estos días de huelga general, en plena lucha entre demócratas y sabattinistas, agasajaban a Justo, el presidente del fraude electoral y moral y la entrega a los monopolios extranjeros, con brindis y bailes, en la sede del Club Social.

Decían que diez empresas con sede en varias naciones dominaban la construcción, dos de ellas de capital alemán,

la Compañía General de Construcciones y la Siemens Banilou, con vinculaciones con el régimen nazi que se cernía sobre Europa y aquí contaba con el beneplácito de dictadores y propietarios. Mientras la CGT, ocupada en hacerle mohines a los ministros de Justo, que había dictado el Estado de Sitio para continuar la carnicería de Uriburu, insistía en la prescindencia política, los obreros comenzaron a organizar piquetes, movilizaciones callejeras y ollas populares con los fondos de huelga que la solidaridad juntaba en los talleres, las fábricas y los barrios populares. En el Luna Park, una asamblea de arriba de sesenta mil trabajadores dispuso la huelga general y todos salimos, también en Córdoba a difundirla y sostenerla, incluso con la libertad y la vida. Entre muchas tareas de agitación, se resolvió el boicot a la fábrica Avanti, de cigarros, que sabes que he fumado toda la vida, pero que en aquellos días hasta dejé de fumar para no quebrar, ni con ese gesto mínimo la movilización que crecía espontáneamente por todos lados. El 7 de enero, cerca de esa fábrica, de Villa Urquiza, en Buenos Aires, en medio de un tiroteo con los manifestantes que trataban de impedir la entrada de los carneros, la policía asesinó al obrero Beckner y clausuró los locales y los comedores que trataban de paliar el hambre de los compañeros y, entonces, explotó el furor del pueblo contra la injusticia y la represión que había acordado el gobierno con las empresas monopólicas de transportes, y perdiendo los estribos, se lanzó a romper los vidrios y dar vuelta tranvías y vagones y a incendiar estaciones contra los que no acataban

el paro. La CGT, en vez de colocarse a la cabeza de la revolución que se acercaba, continuó con su política conciliatoria, aunque en un mes de huelga había ya más de sesenta militantes presos y barrios enteros de la ciudad en llamas estaban en poder de los huelguistas. Como tantas veces antes, los anarquistas sabíamos que la cárcel era también un arma revolucionaria que no se podía desechar y desde detrás de las rejas de Devoto, el Comité de huelga llamó a un día más de resistencia por la liberación de los compañeros presos. Al cabo de noventa y seis días, por pedido del mismo Presidente Justo, las patronales tuvieron que reconocer que les habíamos torcido el brazo y aceptar nuestros pliegos de condiciones y a la Federación Obrera Nacional de la Construcción, que poco después, como siempre, los comunistas vendieron a los patrones.

¿Y qué pasaba aquí, preguntas? Aquí, en Córdoba, dirigido por los comunistas, el Sindicato sólo se atrevió en los años anteriores a tibios reclamos, que terminaban en la nada porque las patronales buscaban albañiles en otras provincias y cuando a fines del 35', organizando la solidaridad con Buenos Aires y Santa Fe, llegaron Iscaro y Orletti, los cordobeses contestaron armando una serie de conferencias muy paquetas. Aquí, Leandro, sólo hubo una tolerancia rastrera de los socialistas y los sindicalistas de la CGT que se ocultaron detrás del apoliticismo y como en otras ocasiones, fueron los conservadores o demócratas, como quisieron llamarse a diferencia de la nación, quienes hicieron más

concesiones populares, por supuesto, con la clara intención de frenar las luchas obreras, como la ley del sábado inglés que obligaba al patrón a pagar cuarenta y ocho horas por el trabajo de cuarenta y cuatro, la protección de las mujeres y los menores, la eximición de impuestos a las viviendas obreras, las monumentales escuelas públicas, la rebaja de las tarifas de la Compañía inglesa de Electricidad y los pasajes gratuitos para que los braceros llegaran a los campos. Pero, el pueblo se dejó engañar con las dos o tres reformas que les pareció que les había cambiado una vida de abuso y miseria, aunque al día siguiente de dictada la ley, las mismas castas gobernantes las violaran, y atemorizado por el caos y las muertes que traería una verdadera revolución como la que proponíamos, según le profetizaban los curas, siguió confiando en las bondades de las urnas.

Por eso, cuando en el 35' se votó aquí la renovación de gobernador y legisladores, los votos obreros y los pequeños arrendatarios de la pampa gringa volvieron a sus dueños y el radicalismo, que hasta entonces había estado proscripto y maquinando alzamientos, que no eran una revolución, volvió a ganar con Sabattini y del Castillo y aunque en la intendencia Latella Frías, antisabattinista, echó a muchos opositores o tibios para ubicar a los afiliados radicales, el nuevo gobernador, que escandalizó a tantos con su juramento laico por la patria y el honor, renegando de dios y sus follerías, al menos sacó de las calles a los legionarios profascistas. Y, escúchate esto, muchacho, ¡metió preso a su

vicepresidente, el famoso médico Antonio Nores, el rector que repudiaron los universitarios de la Reforma, al que se le secuestraron más de treinta rifles Remington y Winchester, que alegaba que eran para cazar y que le habían sido entregados junto a quinientos más, como a otros patricios cordobeses, por la misma policía y el gobierno! A los pocos días en otro allanamiento en la casa de un sobrino del anterior gobernador Pedro J. Frías se le encontraron cientos de panfletos falsificados en que la Unión Cívica Radical atacaba al Ejército. De inmediato, varias agrupaciones proletarias sacamos panfletos de apoyo al gobierno, ofreciendo nuestra colaboración para sostener aun con la fuerza al gobierno legítimo de semejantes perradas. En vísperas del 9 de julio, volvimos a trenzarnos con fascistas de la Legión, la Milicia Azul, que nos azuzaban con vivas a Cristo Rey desde los balcones del Club Católico y obreros que vivábamos por la libertad y al día siguiente, cuando preparaban un acto en la plaza San Martín, fueron detenidos diecisiete oligarcones, que se quejaron por el pasquín católico del “plebeyismo rastrero” de la nueva policía de Sabattini. aunque no fuera la revolución que perseguíamos, con Sabattini, anarquistas, socialistas y comunistas pudimos volver a la calle a difundir nuestras ideas. Imagínate, Leandro, qué batifondo habremos armado que trataron de lograr la intervención de la provincia, alegando que como los republicanos de la ensangrentada España, los radicales se habían unido a los marxistas, no sólo permitiéndoles su acción agitativa, sino entregándoles armas, al punto que el

legislador Sánchez Sorondo, vocero de los oligarcones terratenientes, a fines del 36', anunció en el Congreso de la Nación que en Córdoba se habían desatado hordas rojas que recorrían las chacras impidiendo levantar las cosechas, gracias a la complacencia del “comunista” Sabattini!

CAPÍTULO XLVII

En mi tierra de Galicia, los árboles daban manzanitas ácidas y rojas, higos y pavías de miel.

En esta tierra maldita de América, los árboles sólo dan ahorcados, de uñas quemadas por las picanas de los Lugones y alpargatas vendidas por la Fábrica Argentina de Douglas Fraser & Sons.

CAPÍTULO XLVIII

El diario “Los Principios”, con que los Martínez envuelven los capotes que Justina tiene que remendar, resume la conferencia dictada en la Federación Universitaria Católica sobre los derechos indiscutibles de la Iglesia para reimplantar la Inquisición y mantener la catalogación de libros prohibidos del Index: “los beneficios que derivan de acatar estas sabias disposiciones y los perjuicios que provoca el declinarlos, o peor aún el combatirlos”, permitiendo la “indiscreta gula de tantos que, inexpertos o traviesos, asaltan la universal despensa literaria engullendo a carrillo batiente todo lo que les viene a mano”.

CAPÍTULO XLIX

Muchas cosas pudo soportarle en aras a una buena convivencia... pero lo del palomero consiguió sacarla de quicio como pocos planes libertarios.

Desde niño, Ciro, que se había educado leyendo las utopías de Pierre Quiroule, especialmente: "La ciudad anarquista americana. EL Dorado en Argentina", rumiaba la idea de que destruyendo los títulos de propiedad en los archivos, se destruiría también el régimen de la propiedad privada, fuente y razón de todas las iniquidades sociales, y para difundir las concepciones en que creía, eludiendo a los polizontes que controlaban los periódicos, las imprentas y hasta el telégrafo con sus hilos tendidos sobre los desiertos a la par de los ferrocarriles británicos, pensó que nada mejor que una conspiración desparramada por el espacio por medio de palomas mensajeras. Consiguió colocarse como

encargado en una granja cerca del pueblo de Unquillo, propiedad de unos turcos que tenían tienda en Córdoba y se dedicó a criar la delicada especie de la bravía o *columba livia*, capaz por su extraordinario sentido de la orientación y su tenacidad de cumplir con su misión, burlando todas las censuras, en los pequeños columbogramas, consignas apenas, amarrados a sus patitas nerviosas. Mientras ella cosía a la luz incierta de la lámpara de kerosén con un fastidio que le revolvía las puntadas, Ciro deliraba en su cocina, precisando mil detalles del plan revolucionario. Como los legionarios romanos y los pueblos árabes defendiéndose de los infames Cruzados en Tierra Santa, su ejército alado se elevaría a mil metros de altura y recorrería hasta ochocientos kilómetros por día para llevar, imponiéndose a todos los riesgos, los ideales de la justicia universal. Además, si nuevamente aparecían a buscarlo los del Orden Social, él podría argumentar que había abandonado las ideas anarquistas y ahora se dedicaba a la avicultura y sus palomas, valerosas pero perspicaces, esperarían en los alrededores del palomar hasta que el peligro hubiera pasado y recién pudieran entrar a las jaulas, donde una puertita basculante con un mecanismo que haría sonar una campanilla, inventado por Pietro, lo alertara de que ya había llegado un nuevo columbograma. Ellas volverían siempre, porque además de cortarles las plumas remeras del ala izquierda y acostumbrarlas a salir con una veterana para que limitaran su vuelo y aprendieran a destacarse del bando, junto a él encontrarían cuidado y cariño, un verdadero nido, no el

régimen militar de sumisión y violencia que les imponía la Federación Colombófila, presidida por un Teniente Coronel del arma de Comunicaciones. Las suyas serían no sólo factores estratégicos para provocar el colapso de las comunicaciones regulares, sino como el hombre nuevo: seres libres y solidarios.

Todo eso hubiera estado muy bien, si por alguna oscura motivación burguesa o respondiendo a un natural acabadamente anárquico, los malditos bichos no se hubieran negado desde el principio a volver a su tibio nido de amor, cuando Ciro y Dionisio las sacaban en un carro de caballos para soltarlas a uno, diez, veinte km. de la granja de los turcos, en el diario adiestramiento para las peligrosas empresas que iban a confiarles, sino que persistieran tercamente en presentarse en el fogón de Justina para picotear los locros escasos, romper las bolsas de provisiones y disputarles los cuscurros de pan a las chiquillas, mientras alardeaban por los horcones del rancho, meneando los buches de banqueros satisfechos por los rindes.

Desde el primer momento, se negaron a reconocer más hogar que el de Justina, ante la desazón de Dionisio que volvía perdido de bosta de paloma y la porfía de ella de que esa mala peste que, permanentemente sobrevolaba en círculos alrededor de su techo, terminaría delatándolos a la policía.

Por si eso fuera poco, los salarios se iban en pagar el

alimento y los viajes de adiestramiento de los pájaros que todos, salvo ella, consideraban imprescindible para el enfrentamiento que se venía.

La disputa siguiente fue cuando al volver del trabajo, se encontró con uno de los jaulones de Ciro en la cocina y a un grupo de incendiarios escribiendo convocatorias a la revuelta internacional con jugo de limón en papelitos diminutos, en medio de un cagadero que regaba las cacerolas, las sillas y las niñas que reptaban felices por el piso persiguiendo el plumerío. Bastó una mirada de la mujer para que los revolucionarios salieran como alma que se lleva el Escuadrón de Seguridad y Ciro y Dionisio se precipitaran a enjaular a las palomas que intentaban vuelos rasantes, cagando el ropero decrepito, la máquina de coser y las sábanas que se oreaban en la soga. Tres días después, todavía encontraba bolos de mierda y plumas detrás de los muebles y cada hallazgo, desataba polémicas conyugales peores que las que habían quebrado el anarquismo argentino en el año 27'.

Tal vez, porque entre todos los que se reunían en esa casa, las más razonables eran ellas, ninguna de las casi cincuenta livias que sobrevolaban día y noche, marcando la casa de Justina como una nublazón siniestra de alas, pensó jamás en moverse de esa bodega apetecible para cumplir con ridículas empresas sediciosas.

Otras iguales, aunque todavía no las propias, alegaba Ciro,

tratando de justificar a sus huestes frente a la pulcra costurera, trajeron la noticia del frustrado atentado anarquista contra Alfonso XIII durante su visita protocolar a Francia, a manos de Durruti, Ascaso y Jover y en el 27' el llamado a la campaña internacional por la liberación de Sacco y Vanzetti y de la bomba en la legación de los Estados Unidos en Uruguay y en el 30', en plena represión uriburista, del exitoso atraco al pagador de Obras Sanitarias, con que se financió la famosa fuga del Penal de Punta Carretas, por el túnel construido desde los fondos de la Carbonería “El buen trato” hasta los mismos baños de la Cárcel.

El tiempo y la nueva guerra que enlutaba el mundo con palomas que cruzaban los mares llevando y trayendo mensajes de ataques, retiradas y bombardeos, a pesar de las balas y las garras de los halcones entrenados, parecieron darle la razón a Ciro, a quien con Dionisio lejos, Justina encontraba vil desalojar de su casa. Pero cuando en 1943, el Congreso votó la creación de un registro nacional obligatorio de palomas mensajeras para controlar absolutamente las comunicaciones, el palomero, estupefacto, comprendió que el capitalismo burgués, una vez más, inficionando hasta a sus queridos animalitos, había vencido y corrió a deshacerse de inmediato de su arma estratégica, antes de que los “perros” llegaran a buscarlo y, después de tantos meses, al fin, Justina respiró aliviada.

CAPÍTULO L

– ¡Escucha! Escúchate esto, tío, que este Sabattini cada vez me gusta más. ¡No, no frunzas el ceño, que por estas mismas cosas me gustaba también el “Peludo” Yrigoyen, ya lo sabes, por andar siempre armando alzamientos y por cosas como éstas! ¡Deja esa maldita máquina y mira: ahora, termina de mandar un proyecto a la Legislatura para reglamentar el servicio doméstico y que las sirvientas pasen a ser reconocidas como trabajadoras, con derecho a una paga justa y a condiciones dignas de trabajo!

– Es que entiendes, hombre, que es nada más que la burguesía capitalista de siempre transando para mantener sus tejemanejes y privilegios. Este Sabattini es como el Roosevelt ése, que como gobernante regala graciosamente, alguna ley para que los obreros, engañados, abandonen sus reivindicaciones. ¡Total, qué más da la ley, si no piensan

cumplirla! ¡Y cada vez un Estado más grande, ordenándote la vida, invadiendo tu libertad!

– ¡Que no, Segundo! ¡Que no es así! ¡Ya verás, que como que me llamo Dionisio, los oligarcones y las damas de la Beneficencia se alzarán como vírgenes afrentadas! ¡Haberles llevado la cuestión social a sus propios palacetes! ¡Imagínate qué afrenta! ¡Ya verás que en cualquier momento aparece alguno de estos cagahostias por los periódicos pidiendo la destitución y el fusilamiento para este ateo, este rojo, que atentando contra la moral y la familia ha creado un verdadero soviet del servicio doméstico!

CAPÍTULO LI

Cada vez, él mismo eligió los nombres. “¿No te entristeces, Dionisio, de que sean siempre niñas? ¿No te ilusionaba, esta vez, un varón?”. “Conoces mis ideas, mujer, ¡cómo preguntas esas cosas?” “Sí, bueno, las conozco, pero todos los hombres sueñan con un hijo”. “Yo no soy hombre de éhos y no vuelvas a preguntar eso frente a las niñas”, contestaba con el gesto adusto. Es verdad que Leandro era como un hijo para él, pero no era su hijo, claro. Elegía el nombre apenas empezaban a moverse en el vientre. Alba, Flora, Zoé, Iris y... Rocío, la pequeñita. Rocío tenía cuatro meses escasos cuando Dionisio se fue a la guerra. “Acracita”, la llamaba y yo: “Por favor, Dionisio, ¡qué nombre para una bebita de cuna!” y no argumentaba más, porque debatir no era lo mío, pero, cuando él no estaba, yo la llamaba “Purita”,

“Purificación”, como mi madre, menuda y apretada como ella. Y cuando la nombraba “Purita” y me miraba con los ojos de un negro profundo y doloroso, desde la cunita de madera clara con un ramo de flores talladas en la cabecera que había fabricado Dionisio para cuando el nacimiento de Alba, me volvía el recuerdo de mi madre, arrodilladita junto al fuego con los mismos ojos perdidos en la olla ahumada, que no cocía nada. Pero a él le parecía que ese nombre tenía un hedor de sacristía y toca rancia. “Pero, Dionisio, por favor, si no es por vírgenes, ni santas machorras, como dices tú. Sabes que es por el recuerdo de mi madre sola allá en Chandreiro”. Pero nada, nada podía convencerlo cuando le entraban esos furores matafrailes... y para peor ya aparecía en el diario otra bobada del bendito Padre Melero ése, que Dionisio tenía entre ceja y ceja, como si toda revolución peligrara por su culpa. “Purita”... Cuando se fue al frente y fueron pasando los días, sin saberse nada de él, a lo mejor, que había caído en un bombardeo o se desangraba en una trinchera helada, me pareció una traición llamarla “Purita” y el “Acracia”, “Acracita”, se me atragantaba en la garganta. Las niñas comenzaron a decirle “Rocío” y “Rocío” quedó, para su suerte. También a Dionisio le hubiera gustado el nombre. Nunca supo de Floreal, el único varón, que concebimos en la despedida... También a él le eligió el nombre, que venía postergándose desde el nacimiento de Albita, con cada niña. Fue muy duro para el chico crecer sin padre. Aunque todas lo consentíamos, creo que fue su ausencia la que lo hizo así, duro y temerario como su padre,

pero con un resentimiento que no guardaba Dionisio para nadie. Hasta el tío Segundo, que trató de algún modo de reemplazar a Dionisio, se le quedaba mirando con algo muy triste en los ojos. De pequeño era de temerle cuando se enfurecía por las injusticias y le relumbraban los ojos rencorosos, urdiendo venganzas. Nunca soñé siquiera que pudiera tener otro fin.

CAPÍTULO LII

Cuando Cecilia leía a Justina que los cigarrillos “14 de abril”, en los colores rojo, amarillo y morado de la bandera republicana, descontaban de su precio un cupón de ayuda para la España leal o la peluquería “La Real Jiménez” promocionaba “una hermosa permanente, en ondas naturales y rulos o todo Bules Croquignol” a sólo 3,50 \$ para las lectoras de “España Republicana”, ambas se sonreían imaginando cómo habría sido la propaganda de Azucena, de haberlo permitido su salud, para apoyar a las milicias españolas con alguna franquicia en su colchón libertario.

CAPÍTULO LIII

La Escuela Moderna del maestro Enciso, cobijada entre los muros inexpugnables de la nueva Cárcel de Encausados, duró lo que cualquiera de las escuelas libertarias que luchaban por su supervivencia a brazo partido a lo ancho del país y del mundo.

Por esos días los acontecimientos de la Penitenciaría del Barrio San Martín, que desde los titulares de los matutinos escandalizaban a las buenas conciencias con protestas por condiciones humanas de vida, huelgas de hambre y hasta el hallazgo de la osamenta de dos reclusos en el interior del horno de pan, determinaron la renuncia del Alcalde y el Sub-Alcalde y llevaron al gobierno provincial a acentuar, si era posible, la vigilancia sobre carceleros y encarcelados de las dos prisiones. El maestro Enciso fue hallado culpable en juicio sumario y condenado a prisión perpetua entre

idénticas rejas que rodeaban su aula por un delito inventado de Incitación a la violencia pública y traición, porque ningún prefecto se animó a admitir en un proceso lo que todos sabían: que en las mismas dependencias del Penal se impartían clases que atentaban contra los pilares de la sociedad. Conclusión: de un día para otro, Albita se quedó sin escuela y Dionisio se emperró de nuevo con que ninguno de sus hijos concurriría a colegios de momios cagahostias y con que tampoco a colegios públicos, porque siglos de enseñanza burguesa en las escuelas han fanatizado a los pueblos en una religión, peor que cualquiera de las antiguas, llamada “patria” – “¡Patria!– estallaba– “No hay patria más que para los que comen bien!” por la que se asesinan los hermanos y patatín y patatán, hasta que fue necesario que terciara Azucena, con su tacto de siempre, para que le entrara en la cabezota que hasta que los compañeros proletarios levantaran los muros de esa Arcadia, ¡Albita, como todos los niños comunes y corrientes de los barrios obreros, iría a la escuela pública más cercana a aprender de memoria la cartilla y se acabó, hombre! ¿Oíste?

CAPÍTULO LIV

La señora Dolores, que cada tanto le pagaba a Albita por algún mandado, estaba escandalizada con el robo de los reclinatorios en las capillas. Cada vez que Albita llegaba, la escuchaba interrumpir el rosario para comentar con las comadres: “Anoche fue, en las Teresas. Dicen que fue, el de los Centeno”. “El lunes por la mañana descubrieron que faltaba el de los Martínez en El Carmen” y las papadas se le sacudían sobre el escapulario por el temblor ante el sacrilegio. “¿Quién puede cometer semejante crimen frente a Dios?” –exclamaban golpeándose el pecho. “¿Cómo es posible que alguien pueda cometer semejante pecado y que Dios no lo derrumbe allí mismo con su rayo penitencial?”. Albita entregaba el mandado y recibía los centavitos, rehuyendo la mirada. No fuera que algún brillo desprevenido delatara que anoche, otra vez, una hermosa fogata de reclinatorio había calentado el rancho de Flicorno.

CAPÍTULO LV

En su campaña para reunir fondos para la construcción de la sede de los Círculos Obreros católicos, el Rvdo. Padre Raggi advertía a los fieles algo renuentes a la generosidad: “O formamos del pueblo obrero, un pueblo creyente y de amor al orden y a la patria, o la propaganda sectaria, inmoral y anárquica formará del barrio Inglés un soviet del bolcheviquismo, que hará sufrir mucho a la Religión, pero acaso mucho más a los ricos, sus empresas y sus familias, como ha pasado en la desgraciada Rusia. Necesitamos pues el concurso de los ricos de buena voluntad. ¡Y a sus puertas llamamos confiadamente, rogando a Dios su recompensa!”

CAPÍTULO LVI

Cuando marchaba a Suministros y Maestranza a retirar un pedido para coser cien blusas con Azucena como “costurera de cargazón”, con los volantes de Filomena Peralta, bajo el brazo, llamando a sindicalizarse junto con los compañeros sastres para romper con la desocupación y el renunciamiento suicida, a más de tres mil trabajadoras a domicilio “bárbaramente explotadas” en interminables jornadas con la aguja que no alcanzan a pagar las necesidades mínimas de subsistencia, Justina veía los avisos del Gran Circo Berlín y se preguntaba cómo sería eso de Leonela, la mujer barbuda y Uranus, el gigante que mide 2,20 metros a la sombra. Ella jamás había ido al circo. Entre los suyos, el circo era el colmo del agravio a los principios que debían regir el entretenimiento sano y natural de la familia

obrera. Casi peor que el carnaval. Justina no se imaginaba proponiéndole a Dionisio gastar unos centavos para pagar la entrada o comentando con el Tío Segundo semejante inmoralidad y desenfreno, esa terrible falta de respeto a la dignidad humana que mostraba para la burla al enano contrahecho o a la gorda deforme. En un local frente a la Plaza General Paz el Gran Circo de los Hermanos Gani representaban “El Penado 14”. Eso no podía ser tan malo... ¿Cómo sería eso de la ecuyére de rizos dorados sobre la espalda descubierta por la malla ceñida, haciendo equilibrio sobre el lomo lustroso de los caballos, como “Brasitas de Fuego”, la madre de Salvador Medina Onrubia, la anarquista que tanto hizo para lograr la libertad de Radowitzky? ¿De los payasos tocando la trompeta y el trombón con narices rojas y bonetes con tules y zapatones cambiados? Jamás había entrado, ni visto siquiera de cerca un circo. Ella que sólo había visto leones y tigres en las láminas grises de algún libro, se preguntaba cómo serían los leones de verdad, saltando y rugiendo, mientras sacudían la cabeza enfurecida ante el látigo que pretendía un ridículo respeto ante el frágil domador. ¿Y los monos, que las teorías de Darwin le mostraban como antepasados venerables, haciendo piruetas desvergonzadas en aros de fuego? En su casa de niña nunca hubo una moneda para entretenimientos y en su casa de casada, no podía siquiera pensarse en semejante extravagancia. Cuando en el taller cortaban moldes en papel de diario para los batones de bombasí, se quedaba mucho tiempo mirando esos prodigios: el enanito,

enfundado en su frac diminuto, en la punta de una escalera larguísima para alcanzar a apoyar los deditos en el hombro de Uranus, el Magnífico, que medía 2,20 metros a la sombra.

Casi sin darse cuenta empezó a apartar unos centavitos de la paga para cuando Dionisio estuviera de viaje por esos caminos de la redención social. Llevaría a Albita, que era obediente y juiciosa. Le mandaría no contar nada, mantener el paseo como un secreto entre ambas No, ni siquiera a Azucena, que tenía una idea de lealtad tan extrema con Dionisio, que terminaría convenciéndola para que lo confesase al padre.

No estaba tranquila... En realidad, a Justina le inquietaba pensar que el primer contacto de la niña con el goce fuera también su iniciación en la hipocresía.

CAPÍTULO LVII

En el mismo papel en que dibujaba los moldes de costura, un domingo después del alzamiento de los fascistas, el tío Segundo copió de los libros de geografía de Rafael el mapa de España y armó con retazos unas banderitas: negra, de luto, la de los alzados y roja, amarilla y morada, la de los leales a la revolución que había triunfado en las urnas en 1931. Unas banderitas, que de acuerdo con sus principios antibélicos, no sostenían soldaditos de plomo con unos u otros uniformes, sino que se mantenían solas por el mismo peso democrático y universal de la ley de gravedad, que era, quizás, una de las únicas leyes que regían este mundo que él como buen anarquista reconocía.

Con su letra perfecta de asistente de imprenta, Irene anotó los nombres de los ríos, de los montes principales, de las ciudades y pueblos en que quedaron los familiares y los

amigos y a los que volvían los primeros voluntarios y barquitos tomados por la marinería sobre las olas pintadas y los tanques M16 y los avioncitos Polikarpov del camarada Douglas, luchando contra los Capronis de Mussolini y los Junkers de Hitler en los aeropuertos improvisados y las vías de ferrocarril por donde andaría el tren blindado y hasta catedrales que parecían arder en llamas... y pequeño, pequeño el pueblito de Chandreiro del que salieron mis tíos con mi mamá tan chica y se quedó mi abuela Pura, sin que ninguna de nosotras la conociera.

Cada noche, después de escuchar las noticias en la radio RCA Víctor que había comprado en cuotas y leer algún periódico que cayera en sus manos o los pizarrones de “La Voz del Interior”, que solía anunciar cada novedad detonando una bomba o haciendo sonar una sirena, los ejércitos de banderas, sin soldados, del tío Segundo avanzaban o retrocedían –Madrid, Jarama, Brunete, Belchite, Teruel, Ebro– sobre el mapa extendido sobre la mesa de la cocina ante la vista de todos y hasta alguna vez se cantaban los himnos y canciones de la España republicana y la velada se cerraba con “A las barricadas” o “Hijos del pueblo” según el día tocara a victoria o a derrota.

Se hablaba de la inhumanidad de Francia que no sólo tomó la iniciativa de la No Intervención bajo el gobierno del socialista León Blum, que sirvió para el bloqueo a la República, privada de armas, tanques, refuerzos y hasta alimentos, mientras Hitler y Mussolini proveían de todo lo

necesario a Franco, sino que hizo posible el chantaje de Moscú con su “ayuda” a un pueblo desesperado ante el fascismo interno y los invasores ítalo-germanos.

Sobre el mapa volvían a pelear el tío y otros, durante un tiempo también mi padre, sobre si antes la revolución o la guerra y el tío porfiaba que si el gobierno republicano se atreviera a la reforma agraria, la colectivización de las empresas y la banca y a la independencia de Marruecos, enseguida se terminaba esa guerra funesta y alguno le retrucaba que con ese gobierno de liberales, comunistas y tibios no había lugar para revoluciones ni independencias y que por eso había que poner todo el empeño en ganar la guerra, para poder hacer luego una verdadera revolución. Y Cecilia e Irene decían que había que darles el voto a las mujeres y así se acababa la guerra de una vez y el tío contestaba que no, que eso no, porque ellas no sabían lo que eran las mujeres del viejo mundo y que darles el voto era aniquilar la revolución en sus fuentes, porque las españolas votarían lo que sus confesores les mandaran y Cecilia le respondía: “Mire, padre, ¿usted cree que madre y Justina votarían lo que sus confesores mandaran?”. “No, hija, no, porque tu madre y Justina no son mujeres comunes, son mujeres de revolucionarios”. “Padre, usted que ha educado a tantas mujeres debería tener más fe en el valor de la enseñanza de sus ideas y en la fuerza de la libertad...”. “Sí, hija, sí, razón tienes, pero más adelante. El voto para las mujeres, más adelante...”. Y se oía entre el caceroleo de la

cocina, a la tía que murmuraba: "Sí, claro, Segundo, por supuesto, las mujeres para más adelante". Y los niños llo-riqueábamos y nos volteábamos de sueño sobre el mapa, justo por donde los bombarderos Katiuska andarían haciendo estragos en los cuarteles de los alzados y las mujeres preparaban algún guiso y al fin, mis padres darían por terminada la velada y partirían con nosotras en brazos al ranchito que parecía la casa más cómoda y más bella.

La noche en que Leandro se fue a la guerra, el tío rompió el mapa y tiró las banderitas y no hubo más veladas con los amigos y parientes y nunca más pudimos ver en el campo de batalla si los bravos de Durruti avanzaban o los ejércitos de la muerte reconquistaban el terreno.

CAPÍTULO LVIII

- Dice Leandro que te vas a la guerra de España, Dionisio.
- Sí, me voy.
- ¿Y nosotros? ¿Y las niñas? ¿Qué ha de ser de nosotros si te vas tan lejos?
- Para vosotros será como si estuviera por los caminos agitando...
- No es cierto, Dionisio. ¡No me tomes por tonta! ¿Qué será de nosotros si te matan?
- Harás lo que has hecho siempre cuando no he estado. Sacarás la casa y las niñas adelante, como has hecho siempre, Justina.

– ¿Qué te ha dado a ti España, a ver? ¿Qué te ha dado, salvo hambre e injusticia? ¿Qué te dieron todos en España que te viniste aquí para escapar de España?

– No entiendes, Justina. No vuelvo a España porque es mi patria y está en guerra. Yo hice de la militancia, mi patria. No me voy a la guerra de España, sino a la gesta del pueblo, a la revolución de los obreros, mis hermanos, que construyen una sociedad de hombres libres, derrotando a la militarada clerical-fascista. Allá está todo por lo que he luchado desde que vine y entendí algo de lo que ocurría en el mundo y voy a defenderlo con lo que tengo que son estos puños y esta cabeza que para poco sirve. Esta revolución no hay que ganarla sólo en las trincheras –¿te das cuenta?– sino con el esfuerzo de los que en las fábricas, en los talleres, en las usinas, en el campo, en los hospitales se atreven a pensar en construir un mundo nuevo. No te angusties, ni alegues, mujer, porque está decidido. Sé que no va a ser fácil, pero saldrás adelante como tantas veces. Así, nada más. Me necesitan y voy, igual que otras veces y tú te quedas y sostienes esto, hasta que vuelva y nada más, mujer...

CAPÍTULO LIX

– Déjeme ir a la guerra con Dionisio, padre.

– ¿A la guerra? ¿Tú, a la guerra? De España, me vine yo a Argentina sin nada que llevar a la boca para no tomar parte en la guerra con los marroquíes. No por cobardía, sino porque toda guerra entre los hombres es injusta, nociva e inútil. Detrás de esa guerra, como de todas, estaban los especuladores de la muerte, los fabricantes de armas catalanes, que con el acuerdo del Rey le vendían armas a los moros para que con ellas mataran a nuestros compañeros. Sí, injusta, nociva e inútil. Porque ninguna guerra ha cambiado nunca nada. Sólo ha llevado más hambre, más injusticia y más dolor a los trabajadores. Sabes, Leandro, que jamás he ordenado nada ni a ti ni a tus hermanos. Todos estudiasteis y trabajasteis y vivisteis como quisisteis, pero sí te digo esto: ¡Mientras viva, no irás, tú, ni nadie de los míos a ninguna guerra!

- Me voy a la guerra de España con vos, Dionisio.
- No, Leandro, matarías al viejo del disgusto y además, tú no tienes nada que hacer en la guerra. Tú eres argentino.
- Los dos, mi viejo y vos, dicen que esto no es un problema de fronteras, sino de la posibilidad de la revolución que esperábamos desde hace siglos. Por esto tengo que ir. No me puedo quedar ayudando en la costura a los viejos y estudiando acá estupideces, como si no pasara nada en el mundo, mientras la posibilidad de trabajo digno, salud y educación para los míos se pierde.
- Tienes razón no es un problema de fronteras, pero sí de responsabilidad y tu responsabilidad está aquí, ayudando a los viejos y estudiando para darle a los tuyos, como dices, más que unas pobres manos que sólo saben empuñar un fusil o un cuchillo.
- No puedo quedarme. ¿Cuántos años, cuántos siglos venimos esperando esta posibilidad para dejarla perder mientras protegemos el pequeño hueco que los poderosos nos permiten cerca del fuego? ¿Cuántos otros hermanos morirán en la miseria y el abuso mientras estudio la altura de los montes de Europa y los verbos irregulares?
- Necesito que te quedes aquí y cuides como el hombre de la casa, de Justina y las niñas.
- No seas deshonesto conmigo, Dionisio, a cualquiera se lo

permitiría porque sé que es para protegerme, pero a vos no te lo permito, porque si hay algo que siempre has proclamado es la responsabilidad de hacer lo que debe hacerse cuando debe hacerse, sin importar lo que se deje atrás. Si vos entendés que tenés que irte con más de cuarenta años y dejando a tu mujer y a cinco hijas, como no voy a tener que irme yo, con diecisiete y nadie que dependa de mí. Sabés que Justina se las arreglará como tantas veces anteriores que estuviste de campaña o preso o escondido y, para eso, no me necesita para nada. Pedíle a Rafael, en todo caso, que no piensa moverse acá, que sea el hombre de tu casa... que hasta le va a servir para justificar por qué él que es español y mayor de edad prefiere cortarse una mano antes que ir a pelear por la causa que supuestamente todos defendemos...

– Si así lo quieres, vete a la revolución, pero no conmigo, Leandro, que no tengo corazón para hacerle eso a tu padre, que ha sido para Justina y para mí más que un padre, un maestro. Si estás decidido, te daré toda la información y la ayuda que necesites, pero no vendrás conmigo, porque no podría soportar el dolor que le causaría, si te vas a la guerra por mi influencia.

Por eso, después de poner poco más de dos mudas, algún abrigo y un ejemplar del “Martín Fierro” en una mochila, se fue también Leandro, apenas cumplidos los diecisiete, tratando de llegar a la guerra de España antes de que se completara su derrota, sin una palabra a sus padres, ni a

nadie que pudiera oponerse, consiguiendo por amigos de Dionisio una plaza entre la marinería en el mismo vapor “Florida”, en que habían viajado muchos famosos, como el escritor Cayetano Córdova Iturburu como enviado del diario “Crítica” y Raúl González Tuñón, de “la Nueva España” y el famoso Coronel Frontera para incorporarse a las Brigadas internacionales. A nadie dijo nada... más que a Alba, que con sus once años, supo de todos los preparativos, participó, como un adulto, de todas las decisiones y llevó por mucho más que once años el mismo dolor que terminó matando al tío Segundo, herido no tanto por los riesgos que elegía su hijo, sino por el repudio de las convicciones que el viejo había sostenido toda la vida, a pesar de las críticas, las agresiones y los desprecios de tantos.

Como a una novia niña, a ella fueron llegando las cartas del brigadista y de ella, más que de sus padres encerrados en un silencio que ni el retorno del muchacho pudo voltear, fueron las encomiendas, que sisando una monedita y otra de su salario por trabajitos de costuras o mandados en las casas, cuyas injusticias Leandro iría a combatir, conseguía pagar el paquete de ración standard n° 9 –2 kg de alubias, 2 kg de garbanzos, 1 kg de jabón, paquete de 7 kg., valor 3 \$– y las cartas, que remitidas por medio del Comité de Ayuda al Gobierno Español del Frente Popular sostuvieron a Leandro los dos largos años que pasó en el ejército republicano.

CAPÍTULO LX

Cada carta, contando las pequeñas historias de la familia y el país, parecía continuar la intimidad que siempre los había unido y que los uniría para siempre, como si las largas semanas que mediaban entre una y otra no significaran nada: “Piojosita: Esto es horrible. Después de muchos días de ir de un lado al otro estoy en el ejército catalán pero no me preguntés dónde porque nadie nos dice adonde vamos ni yo sé nada. Solamente sé que el camino fue horrible. En mi grupo éramos todos muy jóvenes y casi todos españoles, pero agradecí a mi padre, haberse emperrado en que aprendiera francés que me parecía un saber para señoritas melosas y a Dionisio, italiano para entender a los grandes pensadores, porque ese conocimiento, así escaso y miserable, me sirvió para comunicarme con muchos que pasaron por mi Brigada y servir de algo a mis compañeros en sus sufrimientos y necesidades. Por donde miraras había

escombros, pedazos de vidrio, casas incendiándose, muertos y heridos agonizando. Para resistir todo eso cantaba las canciones que cantaba mi padre. Creo que eso me salvó. Muchas veces, después de un ataque en que había muerto algún compañero, los muchachos me pedían que cantara una de esas canciones que habían dejado de tocarse en España cuando el viejo se fue a Argentina y escuchándolas, nos íbamos durmiendo como chicos que todavía no conocen el mal. En medio del caos y la muerte sólo quedaba en pie la lealtad que nos unía a los hombres venidos de todas partes del mundo, que de no ser por estos ideales jamás nos hubiéramos conocido y hasta nos hubiéramos combatido. En marzo del 38' me preguntaron si no me animaba a formar una banda de cornetas con milicianos. Como no soy de quedarme atrás, contesté que sí me animaba, aunque en mi vida había tenido más contacto con los instrumentos que el cargarle a Flicorno el atril. Busqué a uno y a otro e hicimos una banda de cornetas y tambores. De noche hacíamos guardia, por la mañana dormíamos y por la tarde ensayábamos. Todo estuvo listo para el desfile del aniversario de la República. Tendrías que habernos oído. Fue increíble que nosotros pudiéramos tocar así. Después tocamos también en alguna boda o fiestas de los pueblos por los que pasábamos a cambio de algo de comida agregándole una pandereta hecha con chapitas alrededor de un alambre para darle un aire más alegre. Y cuando no teníamos guardia tocábamos en los burdeles, aunque no nos dieran ni un centavo por nuestra música, ni para acostarnos con las

mujeres, sino porque ahí la estufa prendida permitía achicar el frío espantoso. Además eran unas pobres mujeres feas flacas y viejas. Hasta Azucena es más linda”.

Otra decía: “Ayer escuchamos un discurso en un cine montado al aire libre de La Pasionaria y después de nuestra Federica Montseny. Ojalá las hubieras escuchado porque se te hubiera puesto la piel de gallina. Era tanta la voluntad de transmitirnos a los soldados, al pueblo, la certeza de los ideales, la justicia de nuestra lucha”.

Teníamos un cocinero muy gordo y muy miedoso. Te hubieras reído mucho del temblor de panzas que los bombardeos le causaban. Una noche, en la oscuridad más completa, llegamos con la compañía a un pueblo por el Alto Aragón y como no había ningún lugar donde refugiarse para dormir nos tiramos entre unas piedras debajo de unos árboles nada más que con la manta encima y las mochilas por almohada. Unos pájaros oscuros molestaban el sueño y el cocinero que no encontraba posición para semejante corpachón lloró su miseria toda la noche insistiendo en que debía haber un animal muerto porque no le gustaba el olor del lugar. Yo del cansancio que tenía ni sentía nada. Por la mañana vimos que nuestras piedras eran muertos secos y los pájaros eran buitres que nos confundían con otros cadáveres.

Pero también he conocido gente muy valiente y generosa, como un ucraniano, judío y obrero como nuestro

Radowitzky, con unos bigotones que le llegan a la mitad del cuello del sobretodo ennegrecido y harapiento y ojos de moribundo hundidos en la cara de calavera, debajo de la gorra inmunda, de la que se asoman unos mechones de paja canosa. Es un marinero que rechaza cualquier tipo de organización o partido o autoridad y está empeñado en una campaña de agitación independiente contra todos los propietarios de buques que pasen por los puertos en que él se encuentre. En el frente capitaneaba sin ordenar –ya sabés: “la disciplina de la indisciplina”, como decía Durruti– una banda de griegos, estonianos, húngaros y hasta un hindú, que habían sido marineros o polizones de muchos puertos, flacos y harapientos como él, y formaban una fauna imposible de describir dedicados a la tarea agitativa por la difusión de una hojita incendiaria escrita, cada párrafo en distintos idiomas, que publicaban sin plata y sin ortografía alguna, que es también una imposición que un verdadero anarquista no puede respetar. A mí me consolaba escuchar esto porque muchas veces tengo muchas dudas sobre cosas que quiero escribir.

En sus correrías de un país a otro, siempre perseguido por las policías políticas, oculto muchas veces en las carboneras o las bodegas de los barcos, recaló una vez en el puerto de Buenos Aires, donde armó una campaña de sabotaje contra barcos ingleses que transportaban cueros y lanas, organizando huelgas, absolutamente convencido de que con esto iba a provocar el derrumbe de la flota comercial,

columna vertebral del Imperio Británico, según él, más aún que la flota de guerra.

A mí me tomó afecto por mi acento cordobés y mi juventud y porque cuando me preguntó que si yo era comunista o socialista o cualquier tipo de “ladrón aborregado como ellos”, yo le contesté con firmeza que yo no había venido a España a arriesgar la vida por partido ni credo distinto que el derecho de cada perro de ayudarse a sí mismo. Me dio mucha pena separarme de él cuando su columna se fue. Ni siquiera sé si sigue vivo.”

Ella contestaba, después de discutir un rato la ortografía con Florita: “Querido Leandro: la Azucena está muy enferma. Tose todo el tiempo y dicen que tiene la tuberculosis. Yo le dije a mi mamá que si estuviera mi papá él sabría cómo curarla pero ella aprieta la boca y no contesta nada. Cose nomás. La Florita y la Iris me ayudan a juntar monedas con la costura y algunos mandados de la señora Dolores para mandarte raciones. A mi papá ni vale la pena porque nadie sabe nada de él. Pero la que más junta es la Zoé que le hace unas monadas y le pide a tu papá. Me parece que tu papá se hace el zonzo pero sabe que mi mamá te manda la plata a vos. Hay mucha gente haciendo colectas para mandarles. Cecilia le contó a mi mamá que en su oficina en la zapatería El Hogar obrero, todos pusieron aunque fuera un centavo y que en el matadero, los que cortan la carne, no sé como se llaman, rifaron una ternera para la República un montón de veces y juntaron un montón de pesos y también mandaron

los panaderos de La Espiga de Oro y toda una sala de enfermos que estaba en el Hospital Misericordia y hasta unos espiritistas que ella conocía. A la Florita le dio la idea de juntar en el grado de ella. Dice que es para ustedes, pero por cualquier cosa la voy a controlar para que no se quede con la plata porque como decía mi papá: esta para la plata es una verdadera Anchorena”.

Algunas cartas la hundían en la mayor desesperación: “Acá todo está muy desorganizado. Ya no sólo los franquistas asesinan y queman milicianos como la Inquisición quemaba infieles. Después de las sangrientas jornadas de Barcelona contra los anarquistas y el POUM, todos se odian y están más dispuestos a confiar en los alzados que entre el resto de sus compañeros del frente popular. Los sindicalistas traicionan a los socialistas, los socialistas a los anarquistas y los comunistas a todos y como hay tanta traición, no nos llegan armas, ni transporte, ni medicinas. Los peores son los comunistas que con el chantaje de la ayuda rusa a la revolución, arrebatan y asesinan para no encontrar oposición. Dicen que sólo a las compañías con predominio comunista llegan las armas y los víveres. A veces cuidamos con el costo de muchas vidas un puesto que a nadie le importa, porque quedó atrás de las líneas enemigas. Las pocas noticias que llegan son contradictorias. Cada tanto las purgas se llevan a los mejores hombres. O sea igual que en la Argentina. Muchas veces no tenemos ni fusil ni pistola ni balas ni nada. Una tarde encontramos una casa grande vacía

y en la cocina habían dejado una cuchilla grande como de cincuenta cm. de largo que me até al cinto. Sentía que ni los cañones podrían conmigo. Después soñé que yo solo con mi cuchilla entre los dientes vigilaba un polvorín en Barcelona como en el dibujo de "Simbad, el marino", ¿te acordás Piojosita?, y cuando se acercaba el enemigo yo gritaba No pasarán! ¿Qué chico tonto, no?

Otra vez después de una encerrona a los fascistas en la punta de una sierra sí nos dieron armas y cuando se rindieron tomamos como cincuenta prisioneros pero las municiones se nos habían terminado y de las promesas de morteros y más fusiles, nada. Entonces nos mandaron a barrer unos nidos de ametralladoras que seguían disparando detrás de unas pircas. Salimos a la misión doscientos veinte y quedamos quince. Creo que sobreviví porque era rápido y porque el azar quiso que fuera en la última línea. Las balas pegaban en los cadáveres y hacían un chistido entrando en la carne todavía blanda como el de los teros de mi mamá cuando encontraban una culebrita. Algunas noches cuando me desvelo pensando en los compañeros muertos me siento muy mal por haber sobrevivido y casi preferiría haberme muerto.

Decíles a Cecilia e Irene que me escriban más que recibí nada más que una carta de cada una. De Rafael sé que no puedo esperar que escriba pero a mis hermanas insistíles. ¿Ya nació el hijo de Cecilia?".

“Querido Leandro: Tengo una noticia muy triste. Se murió Azucena. Mi mamá y tu mamá dicen que dejó de sufrir, pero yo pienso que ni siquiera pudo ver el triunfo de su revolución y que vos y mi papá y Flicorno y tantos que se fueron a pelear volvían felices.”

La lucha contra el hambre era el tema de siempre:

“Siempre tenemos hambre. Una noche mi compañero Argimiro encontró un gallo viejo y con las papas arrugadas que quedaban en el campo de la última cosecha, hicimos un guiso que nos pareció un manjar. Pasamos mucha hambre y muchas veces cuando nos dan las raciones para poder correr y ponernos a cubierto tenemos que tirarlas para salvar la vida. Con Argimiro un día escondimos arroz y harina y sal y azúcar en un pozo pero al rato cayó un chaparrón y el pozo se inundó y cuando volvimos al día siguiente a abastecernos, a los dos se nos caían las lágrimas cuando vimos que volvíamos a ayunar. Él no tenía mucho que recordar porque toda su vida de campesino había pasado hambre pero yo no podía dejar de pensar en los asados argentinos en los locros, en los pucheros que aprendió a cocinar mi mamá. Llegamos a comer perros y pájaros tan flacos como nosotros, zorros, ratas, cualquier cosa. Te juro que pensaba en los pollos de Azucena y se me retorcían las tripas. Cuando encontramos una cebolla o una cabeza de ajos nos sentimos en el paraíso. No tirés la comida, Piojo, ¡pensá que a mí y a muchos hasta tus sobras nos faltan!”

“Me da mucha lástima que mi mamá nunca haya aprendido a leer ni escribir porque no tiene como comunicarse con mi papá ni puede leer ni cartas ni libros ni nada. Hasta cuando le dan un trabajo de cien camisas no sabe qué le encargaron si no se acuerda, por eso estoy tratando de enseñarle yo como me enseñaron en la escuela, pero se pone nerviosa y dice que es de vicio porque no tiene cabeza. Yo creo que lo que no tiene es que tanta costura le ha arruinado los ojos y como no puede comprar anteojos, dice eso para no entristecerse más. Si vieras que lista es con las cuentas. Yo le leo un problema y antes de que a mí se me ocurra nada, ella ya lo resolvió o sea que no es que no tenga cabeza. Es que nadie le enseñó. Cuando sea grande voy a ser maestra para que todos aprendan a leer y escribir, primero los pobres y las mujeres para que nadie se aproveche de ellos. Y también médica para curarles los ojos y los pulmones a todos los trabajadores sin cobrarles nada.”

En el 38' escribió: “Me hicieron sargento. De los quince que nos salvamos, cuatro quedamos en un pueblo para formar una compañía “de biberón”, dicen, porque había muchachitos de 16 o 17 años. Yo como veterano que soy tengo que adiestrarlos pero lo terrible es que no sé nada de armas, ni de estrategia, no sé ni siquiera dónde estamos ni para dónde está Barcelona ni Madrid, sólo tengo un poco más de cicatrices que los otros. Pienso en mi madre y en mi padre y trato de guiarme por mi razón.

Contáme del bebé. ¿Tu papá sabe que tiene un hijo? Se va a alegrar mucho. Acá esas noticias ayudan mucho”.

“Querido Leandro: No sabemos nada de mi papá. Alguien le contó a mi mamá que estaba peleando con la columna de Durruti en el Frente de Aragón, pero no puede ser cierto, porque todos sabemos que a Durruti lo mataron antes de que él llegara a España, porque acá todos lo lloramos y hubo escándalo porque el gobernador prestó el teatro Rivera Indarte para que los republicanos le hicieran un homenaje. Sería muy bueno que hubiera estado peleando con un héroe como Durruti. Me acuerdo lo que decía el Maestro Enciso de Durruti. Extraño mucho esa escuela. Esta es linda pero aquella era mucho mejor. El chiquito está muy lindo y muy gordito. Se llama Floreal como quería mi papá que yo me llamara si era varón. La mamá está otra vez cosiendo bolsas de arpillera. Es muy feo porque lastima mucho los dedos y no pagan nada pero no consigue algo mejor. Yo y la Florita la ayudamos pero da mucha tristeza este trabajo tan feo. Hace un tiempo consiguió un trabajo para hacer estopa y todas, hasta las chiquitas, le ayudábamos rompiendo trapos viejos. Desde la mañana a la noche había en la cocina como una nube de tierra y mugre que nos hacía toser y picar los ojos y al rato las manos ardían como quemadas. El mandado de la señora Dolores que más me molesta es llevarle el reclinatorio a la iglesia que ni le digo a la mamá porque me prohibiría ir y nos hacen mucha falta hasta esas moneditas. No me molesta porque el cajón ese sea pesado o porque me

vea la gente que nos conoce, sino porque la vieja cree que así me va a salvar del pecado en que nos crían la mamá y el papá, pero yo dejo el reclinatorio en la iglesia y salgo corriendo sin escuchar ni una palabra del sermón ni de los rezos ni de todo lo que me sermonea ella hasta que llegamos al atrio. Yo le digo mamá no se preocupe todo esto es por la revolución pero ella me mira con los ojos brillantes y cierra la boca como si tragara algo amargo. Enseguida Purita le estira los bracitos y ya se ríe. Con la Florita y la Iris decidimos decirle Rocío a la Purita. No nos gusta el nombre que le pusieron. Así que le dije a la mamá que todas resolvimos en esta casa que la Purita se llame Rocío y ella dijo está bien y agarró otra bolsa más. ¡Qué tristeza da este trabajo tan feo!".

"Nos dieron doce horas para cavar trincheras y refugios antes de que llegaran los aviones enemigos. Controlando el trabajo encontré al farmacéutico del pueblo construyendo refugios en la tierra agrietada con pico y pala, llorando por el dolor. Orínese las manos, no le van a doler más le dije a ése que no le fiaba remedios a nadie, ni aunque te murieras debajo de los cien cuadros de las Vírgenes y de los Sagrados Corazones del tamaño que te imaginaras.

Había caos y hambre y miedo y muchos escapaban y se pasaban al enemigo. Gritaban Vienen los moros y todos se escapaban aterrorizados por los largos cuchillos que arrasaban las trincheras y los pueblos cortando cabezas, lenguas, miembros. Dicen que en el Jarama atacaron

cantando la Internacional y así engañaron a los republicanos que murieron como moscas. En esos días yo era el único sargento de la compañía y tuve que pegarle un tiro a un muchachito que huía llevándose dos fusiles. Después nadie volvió a mirarme igual; ni Argimiro. Ya no éramos compañeros, unos chicos que no sabían nada de nada y que debían defender a sus hermanos de la miseria y de los atropellos de los poderosos de siempre. Después y para siempre fui el que mandaba. No sabés cómo los extraño a todos, a las chiquitas, a las comidas en las fiestas de Argentina, a la forma de hablar, hasta a los domingos con pelea entre mi papá y el tuyo. Contáme si sabés algo de Dionisio y qué aprendés en la escuela y si tu mamá tiene trabajo. Alguna vez alguien me trae noticias de tu padre pero es difícil saber algo en este lío. No seas tonta estudiá para ser maestra y después integrar las Brigadas culturales que acá hay mucha gente que no sabe ni leer ni escribir. No estudiés para ser médico y venir a España a curar a los milicianos y a los pobres que vas a conocer mucho dolor.”

“Ayer llegamos a una ciudad grande, donde se vendían unos tebeos de aventuras con mucho color que todos tratamos de conseguir, hasta que nos dimos cuenta de que eran unos infames tebeos franquistas en que los villanos eran caricaturas de los faístas, con mamelucos oscuros y el jefe de los delincuentes era una caricatura de Durruti, con su gorra de mecánico. Me dio mucha rabia y lo tiré al piso frente al vendedor de periódicos y muchos me imitaron. En

realidad, el pobre hombre no tenía la culpa, pero los fascistas infames han corrompido hasta las historietas de los niños”.

“No sé cuando vas a recibir esta carta pero en estos meses hubo una retirada grande. Por ahí se escuchaba que ya llegaba la caballería mora que con sus cruelezas nos llenaba a todos de terror y esa noche había cinco o diez más que huían al ejército fascista. Los aviones bajaban ametrallando y no teníamos adonde refugiarnos y buscábamos el medio del campo para evitarlos. Nos tirábamos al suelo como niños chicos y nos tapábamos los oídos porque no podíamos hacer nada más. Los que sobrevivíamos andábamos muchas horas con los oídos sordos y los pasos confundidos entre el olor a carne de hombre quemada.

Otro día en otra villa corrimos con muchos hacia un refugio bajo la plaza Mayor. Abajo parecía que el ruido del bombardeo era peor. De golpe el techo empezó a derrumbarse y muchos murieron aplastados y sofocados por el polvo. Salimos y nos escondimos debajo de un carro y allí nos dormimos exhaustos en la oscuridad más completa medio muertos de frío. Cuando se hizo de día volvimos para tratar de salvar a alguien del refugio pero vimos que todo se había derrumbado y se veían entre los escombros manos o pies que parecían tan pequeñitas... Los sobrevivientes hurgaban entre los escombros buscando un plato, unos zapatos, un hermano.

¿Dice algo de mí mi padre? Salvo las chicas de mi casa nadie escribe”.

“Querido Leandro: Me da pena decirte esto pero tu papá no dice nada de vos ni pregunta nada y cuando alguno le dice algo de mi papá, se va de la habitación y como le ha prohibido a tu mamá escribirte o mandarte algo, tu mamá no se anima a contradecirlo, aunque siempre le pregunta a mi mamá si estás bien. Está callado todo el día trabajando y trabajando que da lástima. Mi mamá le dijo a tu mamá y a Cecilia que se va a enfermar que hay que hacer que te perdone porque si no va a ser peor, que peor que lo tuyo fue lo de mi papá que nos dejó solas y hasta pasamos hambre. Tu mamá contestó: “Qué quieres, Justina, alguna vez sabes que se haya convencido a un anarquista?” Rafael aprovecha para estar enojado con vos pero me parece que lo que tiene es vergüenza por no haber ido él también que es más grande. Yo no dije nada pero me parece bien que vos y mi papá estén luchando para que se acabe la injusticia y nadie vuelva a pasar hambre ni desocupación mientras otros tienen de todo. Irene dice que ya te mandó como diez cartas que seguro que ya te han de estar llegando”.

“Querida Alba: Nos dan unas cartillas de cuadritos de racionamiento y con cada compra los cuadritos desaparecen y desaparecen en la primera semana y en la mano sólo queda un poquito de azúcar y de harina y nada más y hay que esperar todo un mes para recibir la próxima. Siempre tenemos hambre.

No el hambre del que no tuvo desayuno, si no el hambre de muchos días para atrás y quién sabe cuántos por delante. Ese hambre que te tira de panza en la trinchera húmeda y te hace mirar con odio a los que lo tienen todo. El hambre de la revolución".

En los primeros meses del 39', Alba le leyó a su madre una que decía: "El ejército catalán ha caído derrotado. Empezamos el éxodo hacia Francia unas mil seiscientas personas cargando en camiones, carros, burros y hasta cabras, toda una vida. Era espantoso ver la fila de viejos vencidos, las mujeres con la tropa de chicos llorando y los enfermos en angarillas que van dejando un rastro que enseguida borran otros pasos que se arrastran sobre la tierra helada. Cuento los días que camino por las ampollas de los pies, por el raleo de las filas y la falta de cargas. A los días no soporté más y me volví. Prefiero morirme de golpe despedazado por una granada en una trinchera que ir dejando hilachas de mí en medio de una tropilla de desgraciados que piden limosna. En un pueblo en que me quedé un tiempo un franciscano que se apiadó de mí me tomó de ayudante de cocina. El hambre era tanto que andaba siempre con una cuchara en el bolsillo por si acaso. En Barcelona trabajé hasta el 26 de enero con un plomero anarquista, que sufría con cada cañería rota por los bombardeos y los derrumbes en la ciudad conquistada como si fueran pacientes que pedían socorro en medio de la agonía. Ese día a las seis de la mañana la ciudad parecía otra.

Todo estaba cerrado y oscuro y la calle llena de papeles que eran credenciales, cartas, libros, banderas tiradas porque en unas horas la gente trataba de borrar su pasado. Fuimos a las cárceles de Las Cortes y sacamos a los compañeros de ahí. Salí a las dos de la tarde de ese día por el norte hacia Vic y de allí a Gerona y a las cuatro de la tarde los fascistas entraron a Barcelona por el sur. Asaltaron las tiendas, las escuelas, los hospitales, robaron todo y la ciudad donde antes no se veía una sotana se llenó de curas y monjas y de vírgenes con velas encendidas en los umbrales. La gente decía que ellos tenían ganada la guerra desde el principio porque el cuartel general estaba en el Vaticano que lo tenía todo bien preparado.

Y otra vez tuvimos que huir y el camino se llenó de carros, cochecitos, gemidos contra un fondo de silencio de toda la tierra, bultos abandonados, viejos caídos para no volver a levantarse más y mujeres que parían debajo de las bombas y el hambre y el hambre como único equipaje.

En la sierra una noche terrible de nevada un hombre se paró sobre una piedra y dijo: “Yo me quedo aquí” y se voló la cabeza.

Algunos cavaban huecos en la arena para resistir el frío y a veces con el viento la arena comenzaba a taparlos hasta matarlos asfixiados.

Cuando los autos o los camiones se quedaban sin combustible entre todos los tirábamos al barranco para que

los alzados no pudieran utilizarlos. Si vieras al costado del camino se veían aparadores de espejos biselados, cómodas de maderas finas, colchones perdiendo cuajarones de lana y también hombres y mujeres que se habían dado por vencidos.

Al final helados y con los pies llenos de ampollas llegamos a unas alambradas cercando un desierto junto al mar donde los policías franceses nos obligaron a entrar a los culatazos. De un lado estábamos nosotros y del otro los soldados senegaleses con sus rifles listos para matarnos si intentábamos salir de allí. Cerca de veinte mil desplazados sobrevivíamos en ese campo con hambre y con frío.

Con unos amigos armamos un refugio con una lona que habíamos sacado de un camión abandonado. Teníamos que formar grupos de cien y poner en una lista los nombres para repartir las raciones. Nosotros éramos cuarenta y cinco pero hasta tu nombre y el de mis hermanos estaban en la lista para que la ración fuera más grande. Nos daban unas papas llenas de ojos que hervíamos en latas de aceite de veinte litros, a veces un arroz partido y sucio y otras solamente una tajada flaca de pan de harina sin zarandear y un jarro de café sin azúcar en el desayuno y así de nuevo a la noche. Siempre faltaba el agua y la leña para cocinar o calentarnos así que hacíamos fuego con cualquier cosa. Una noche para no volverme loco de hambre quemé el Martín Fierro que me acompañaba desde que salí de Córdoba, para hacer un poquito de agua caliente con sal.”

El sol miserable de las mañanas mostraba una multitud tirada sobre la arena, algunos ya agonizando por la disentería, sacándose piojos de la cabeza y de la ropa con una sola idea fija: sobrevivir a cualquier precio.

Las muchachas en harapos, algunas de quince, de catorce, de trece años como vos se iban entre las dunas con los negros brillosos en sus uniformes por una caja de leche en polvo o una lata de sopa. Algunas hasta se reían como si fuera una aventura. Los padres se volvieron unos hombres tristes que nunca más se volvieron a reír y que mantenían gacha la cabeza sin mirar a los ojos.

Me da mucha tristeza decirte esto pero a lo mejor ya lo saben: Tu padre fue mal herido en batalla y está preso en la Cárcel Modelo de Madrid. Muchos que estaban con él fueron fusilados. No sé nada más.” “Alba: Creo que esta es la última carta que te escribo. En el campo de Argelés estuve hasta el 25 de julio porque como tenía papeles de argentino me dejaron salir y me subieron a un barco en Portbou, con montones de refugiados harapientos, los “derrotados”, amontonados en los sollados y el entrepuente, dejando atrás miles, millones de muertos abonando la tierra de mi padre. De ahí fuimos al puerto de Marsella pero no nos dejaron ni bajar como si fuéramos apestados y desde ahí a Recife y después a Río de Janeiro y dicen que a lo mejor alguna vez llegamos a Buenos Aires. No sé cuándo ni siquiera si alguna vez voy a llegar a Buenos Aires. Dicen que a los republicanos el gobierno argentino no los quiere por el país. Dicen que es

difícil que el Presidente Ortiz que está ahora nos deje bajar porque no quiere rojos ni hambrientos. No creo que a Córdoba vuelva nunca. Ni siquiera sé si quiero llegar a algún lado o seguir en este barco inmundo para siempre, donde por lo menos, nada hay que contar ni explicar porque todos hemos vivido lo mismo. Vos todavía sos chica, Alba, pero nunca tengas hijos para la guerra. Toda guerra entre los hombres es injusta, nociva e inútil.”

CAPÍTULO LXI

Por esos años, no sé precisar cuándo, pero antes de que se fuera padre a la revolución de España, anduvo también por la casa “el abogado”, que recién mucho después supe que se llamaba Saverio, pero nunca su apellido. Creo que su padre había sido obrero y que había luchado mucho para que su hijo pudiera ir a la Universidad y lo desesperaba que, siendo abogado, pasara más hambres que él, porque sólo estaba dispuesto a defender causas perdidas, sin cobrar nunca peso y más todavía: que estuviera más resuelto a hombrear bolsas de cal o a doblar el lomo al sol cavando cimientos a su lado para llenar olla, que a cobrarle a un obrero por un juicio laboral.

Mucho tiempo después el tío Segundo se reía recordando que una de sus defensas fue la de Domingo, albañil como el padre y anarquista como el hijo, por el robo en una cantera

de un cajón de dinamita con fines revolucionarios. La prueba decisiva había sido el hallazgo en casa de un plano de una bomba y aunque el tal plano era un dibujo de una bomba aspirante-expelente de agua para una construcción, no hubo modo de volver atrás la investigación penal, la “justicia de clase”, como la llamaba Saverio, “igual que la que asesinó legalmente a Sacco y Vanzetti”.

Durante días, consultando las célebres defensas de presos sociales de Deodoro Roca y de Enrique Corona Martínez, armó con mi padre y otros los argumentos que Saverio usaría en la defensa, buscando testigos y pruebas de la honradez y bonhomía de Domingo.

Una noche contaron que en la primera audiencia, el albañil había negado a pararse frente al juez, alegando que como un hombre vale tanto como otro, mientras el juez no se parara frente a él, tampoco él lo haría. La cosa comenzaba mal y Saverio, aunque estuviera acuerdo con su defendido, veía que el juez, de varios apellidos altisonantes, ya se mostraba amoscado. Además, Domingo se había emperrado en presentarse al juzgado con la misma ropa de trabajo con que había estado levantando paredes hasta el momento mismo de la detención y como contestaba a las preguntas a los gritos y moviendo mucho los brazos y la cabeza de arriba abajo y hasta golpeando con puño cerrado la madera del estrado, al rato, una nube de yeso envolvía toda la corte, nadie veía nada y por supuesto, la justicia menos que nada. Como en cada ocasión, el resultado fue una pena de cuatro

años y el discurso de Saverio sobre el derecho de resistencia a la explotación y la legitimidad moral de la violencia revolucionaria que podría haber aventajado al de Kropotkin o Pietro Gori fue cortado de raíz, con la advertencia del magistrado de que su estrado no era una demolición y que la próxima vez que letrado o encausado se atrevieran a abrir la boca en su tribunal, los dos irían a dar con sus huesos a perpetuidad a la cárcel.

Por supuesto y como habitualmente ocurre en estos casos, Domingo purgó en pocos meses su condena, refaccionando distintas dependencias de la Penitenciaría y después, participando en la construcción del nuevo Palacio de Justicia y ni el juez ni nadie se enteró de que mientras tanto el dinamitero había aprovechado para trazar unos detalladísimos planos del Penal y hasta del edificio monumental que comenzaba a alzarse sobre el paseo Sobre Monte como una muestra imponente del brazo del Estado y su imperio... por lo que pudiera aparecer en el futuro.

CAPÍTULO LXII

Cuando Indalecio Prieto, parlamentario y ministro de Defensa de la Segunda República Española pasó por Córdoba, donde fue declarado huésped de honor por el Intendente Latella Frías, clamando por el apoyo de las colectividades españolas diseminadas por el mundo hacia los desesperados esfuerzos republicanos, a los que sólo el estallido de una guerra mundial y la llegada de los aliados podía salvar en ese terrible enero de 1939, en que la España criminal de Mola, Queipo de Llano y Franco avanzaba sobre el hambre del pueblo y la traición de toda Europa, Justina, con sus primos y las niñas, salió a recibirlo a la estación del ferrocarril. Aunque la multitud le impidió siquiera divisarlo, sentía que, de algún modo, ese gesto la acercaba a Dionisio, tan lejos en las trincheras, del que de nuevo no sabían nada desde hacía meses.

CAPÍTULO LXIII

El tío Segundo enseñó a Zoé, que andaba siempre risueña como unas castañuelas detrás de él y con sus deditos menudos se acostumbró a guiarle la tela bajo la aguja con la precisión que sus ojos cansados ya no lograban, una canción que decía:

En la plaza de mi pueblo
dijo el jornalero al amo
“Nuestros hijos nacerán
con el puño levantado”.

Esta tierra que no es mía
esta tierra que es del amo
la riego con mi sudor
la trabajo con mis manos.

Pero dime, compañero,

si estas tierras son del amo
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?

Con mi arado abro los surcos
con mi arado escribo yo
páginas sobre la tierra
de miseria y de sudor.

Un rato, se le cortaba la voz pensando, quizás en sus familiares y sus amigos, vaya a saber en cuántos que en España habían empuñado un fusil y una bandera y le explicaba, por lecturas de la época o razonamientos propios, que en realidad, nada importa una patria u otra, porque lo valioso del hombre es que cualquier lugar es su lugar. No te alces con el puño levantado contra tus hermanos por la patria, ni la tierra. No te apega, Zoé, a las cosas, a estos pobres muebles e impedimenta que enloquecen a los hombres, ni a los lugares que los amontonan y atesoran. Apégate sólo a los hombres, tus hermanos. La patria no es una bandera y un fusil; la patria son tus hermanos que están labrando la tierra. Sobre el puñado de tierra de que el burgués se apropió y encarcela entre murallas y alambrados, los caminos, tierra de todos, unen a la humanidad, la liberan. Los caminos son ideas de libertad sobre la tierra. Los caminos reales son versos rebeldes escritos a talonazos, decía el poeta. Por eso, Zoé, cuando seas mayor y tu madre ya no te reclame, no te ates a nada. Salta los alambres, marcha a pie por el mundo. No compres boleto. Viaja caminando con

otras personas, que los caminos te cuidarán. En marcha. No hay caminos ni guías ni mapas en el viaje del hombre. Al país al que vamos no hay otra cosa que la marcha. La tierra prometida no está fuera de nosotros, sino adentro.

Zoé era demasiado pequeñita para entender o recordar algo más que el “con el puño levantado”. Muchos años después, desarmando una mochila mísera de desterrada, lloraría recordando las palabras de su tío sobre una patria hecha no de tierra demarcada por fronteras y alambrados, sino de puros hombres, caminando como ella.

CAPÍTULO LXIV

Desde atrás de las rejas, viendo pasar, por sobre los andrajos que cubren su cuerpo de proscrito, los piojos de lomo erizado y abombado que le traen el recuerdo perdido del chancho del monte en que con su padre y su hermano cazaron un invierno a espaldas de los señoritos, Dionisio piensa que querría escribirle a su mujer una carta que dijera que desde atrás de las rejas, ve por sobre los andrajos que cubren su cuerpo de proscrito, los piojos de lomo erizado y abombado que le traen el recuerdo perdido del chancho del monte en que con su padre y su hermano cazaron un invierno a espaldas de los señoritos y comió la familia, separando del hueso con los dedos los trozos de carne oscura, sabrosa, muy caliente, que quemaba los dedos. Una carta que dijera que la prisión se parece al desierto, a esos desiertos de la pampa que recorrió tantas veces llevando su palabra y la de muchos como él hacia los parajes sin nombre,

en que al costado de una estación de ferrocarril o un sembradío o un obraje lo esperaban diez o cien hombres para escuchar la esperanza de su palabra y la de muchos como él. Una carta que dijera que la cárcel es igual a la pampa, porque la infinitud del horizonte o el extremo confín de la celda de dos por dos son lo mismo; el ahogo y el vértigo los mismos, cuando de espaldas sobre el suelo, se mira el cielo constelado que opprime el pecho como el techo de ladrillos hundidos que obliga a andar siempre encorvado. Una carta que dijera que, como la pampa, la cárcel apaga los ruidos en la conciencia, los trajines de la vida, los proyectos y los recuerdos, los rostros y los gestos y confunde los dos abismos de pasado y porvenir. Una carta que dijera que cuando el hambre es tanto que se mendiga, besando los pies al carcelero que lo acerca en la punta de la bayoneta, se pelea con las ratas de cola pelada, como una más, el mendrugo de pan negro que se recibe por almuerzo y cena y se bebe la propia orina para sentir en la garganta abrasada el correr del líquido, aunque un segundo después, el estómago la devuelva rebelado. Una carta que dijera que cuando el látigo mojado para que abrase más la carne, restalla treinta, cuarenta veces contra la cara, contra el cuello, contra las nalgas desnudas y los verdugos quiebran el pulgar y el índice y después, el mayor para obtener la confesión que ya conocen y los hierros candentes penetran las uñas, la boca, el ano, está bien que un cuenco con agua y un pedazo de jabón parezcan más valiosos que la revolución. Una carta que dijera que cuando suena la bocina del camión de los

verdugos anunciando los horrores nocturnos y las pisadas de las botas retumban sobre el piso de cemento preludiando el estrépito de las puertas que se abren y se cierran y el ruido de los cuerpos apartados, arrastrados a la tortura, tratando de aferrarse a una reja, unas piernas, sólo el deseo de la muerte sostiene la vida. Una carta que dijera que cuando ya no se soporta más, un hombre puede suicidarse abriéndose las venas con un pedazo de vidrio roto de la ventana inalcanzable de la celda o ahorcarse, si encuentra algo que pueda reemplazar a una soga, aunque el éxito de uno sólo consiga que el resto sea encadenado durante una eternidad y los tormentos se agraven. Una carta que dijera que cuando las tiras de bolsa de arpillería como único colchón, tejidas como cuerda, se rompen una y otra vez sin resultado, alrededor del cuello, se puede soñar cada noche con una cuerda nueva, fuerte, dispuesta en las rejas del ventanuco con un lazo corredizo preparado por manos expertas, aunque las del suicida no lo puedan alcanzar porque los propios gemidos ya han interrumpido el sueño y, entonces, sólo quede tratar de destrozarse la cabeza, arremetiendo contra la pared hasta perder la conciencia. Una carta que dijera que cuando se abre el silencio glacial de la noche como un pozo ciego por el que se va la corredera de todos los aullidos y los insultos y los latigazos y el rasguño de mensajerías de desesperación en las paredes vecinas, la cabeza da vueltas y trata de asirse a la línea de un libro, al peso de un discurso, al fuego de un himno en una plaza pública, pero el turbión lo arrasa todo y no queda nada,

nada, nada a qué aferrarse... Una carta que dijera que cuando suben a la conciencia trastocada por el encierro y la soledad las palabras que nombran el horror –celda, calabozo, prisión, mazmorra, sepultura– anudadas, enredadas a ellas, como dos piernas en el lecho, suben también: vientre, útero, matriz, madre, mujer, Justina, Justina...

CAPÍTULO LXV

A Dionisio no, no lo mató la guerra, pero fue lo mismo, porque de ella murió... de ella y sus desencantos, se dejó morir.

Cuando los compañeros consiguieron sacarlo junto a muchos del campo de Saint Cyprien y traerlo a Córdoba, después de la travesía interminable por las costas de Estados Unidos, Chile, Uruguay y Buenos Aires, como a muchos refugiados que ningún gobierno quería, los hijos crecidos a tirones, como hijos de revolucionarios que eran, no supieron reconocer a ese desecho de hombre, mudo, vuelto para adentro, enfermo de pena, que les devolvió la revolución fracasada. Quisieron contarle de sus progresos, de sus lecturas y sólo les respondió el silencio de una boca desdentada de anciano recluso, una mirada perdida en la calavera.

Quise abrazarlo, apretarlo contra mí como otras veces, lavarlo, arroparlo como a un expósito dejado en el umbral, pero era un puñadito de llagas, bajo las costras de mugre, que me apartó las manos y se acostó exhausto en el piso, casi oculto bajo la cama.

Pensé que con los días... y con los hijos tratamos de armar una vida que diera sentido a tanta muerte, pero se encerró en la piecita del fondo, poco más que una cueva en la barranca, como las casas maragatas de su pueblo, donde alguna vez tuvo el taller de sus periódicos y manifiestos y con las horas quedó claro que habría que pasarle por la luz que dejaba la puerta el plato de sopa que no probaría. Y un día y otro. Se dejó morir detrás de la puerta, clausurada desde adentro por los muebles corridos.

A los días, me atreví a buscar a los amigos y ellos temiendo lastimarlo o peor humillarlo, voltearon la puerta, después de llamarlo muchas veces... Adentro estaba su cuerpo, tirado en el piso de tierra como un perro costoso, rodeado de muñequitos de madera, toscos, milicianos en andrajos tallados a uña.

CAPÍTULO LXVI

La verdad, no sabía qué hubiera pensado Dionisio de Perón. Quizás, hasta se hubiera hecho peronista, con ese modo suyo tan fastidioso de salir siempre con algo que nadie esperaba... A lo mejor, como Dickman, el socialista, al que echaron del partido por sus nuevas convicciones. ¡Vaya a saber, qué hubiera pensado, Dionisio! Como cuando después de veintiún años de martirio en el Penal de Ushuaia, al fin, un achacoso Yrigoyen perdonó a Simón Radowitzky, el ejecutor del comisario Falcón, casi se hizo yrigoyenista ante las furias del tío Segundo y de muchos que no le perdonaban al caudillo su inacción en la represión de la Semana Trágica o haber condecorado al Teniente Coronel Varela por asesinar a los peones en la Patagonia para ganar el apoyo de los estancieros. Y después del golpe de Estado del '30', cuando recriminaba a los anarquistas haber colaborado con socialistas, comunistas y el "Régimen" para voltear al

gobierno popular del “Peludo” que llevó al Congreso “a guarangos y bandoleros”, como decían espantados los oligarcas, para entregarlo al uriburismo y sus personeros de la banca inglesa y la Standard Oil. A Yrigoyen, decía, al Presidente que no sólo hizo más por los obreros de lo que hicieron generaciones de luchadores proletarios, sino que cuando el italiano Marinelli trató de asesinarlo a la salida de la casa en que vivió pobremente cuando podía haber vivido en una mansión, fue personalmente a la comisaría para que lo dejaran en libertad, sin saber que en el trayecto su custodia lo había acribillado a balazos... Pero, con Perón, ¿quién podía saber qué hubiera hecho Dionisio con Perón, con su odio por los generales? Por otro lado, Perón arrebató a los anarquistas la mayoría de las banderas por las que luchaban, doblegando a los patronos, destruyendo muchas de las lacras de la sociedad injusta y reconociendo desde la cabeza de ese Estado totalitario, que tanto atacaban, cada una de las conquistas obreras por las que se luchó infructuosamente tantos años... Nosotros habíamos sido la voz de los “descamisados” pero los peronistas formaban un enorme movimiento popular, como había sido el anarquismo, pero con un General a la cabeza y una cantidad de burgueses y de catolicones que se apropiaban de nuestras demandas de siempre a generales, burgueses y catolicones... Quizás, a Dionisio lo hubiera enervado su política de controlar férreamente los sindicatos y socavar la organización democrática de las legítimas dirigencias obreras... O quizás, lo hubiera aprobado por terminar con la enseñanza religiosa

en las escuelas y la mayoría de los feriados por razones religiosas, por aprobar el divorcio y como muchos compañeros, se hubiera hecho peronista, porque como decía Lenin: “prefiero estar equivocado con las masas, que estar solo con la verdad, en contra de las masas”.

El otro día peleamos con Alba porque no podía entender que yo pensara que su padre, quizás, hubiera aprobado el Peronismo, cuando Leandro, Saverio y tantos amigos, como la sra. Iris Pavón y su marido estaban presos por expresar, simplemente, ideas distintas. Yo le contesté: “Mira, Alba, yo no sé nada de ideas, ni de libros. Yo no soy más que una costurera analfabeta que se gana el pan con sus manos y no sabe siquiera leer las órdenes de costura de sus clientes, pero nunca antes he visto a las familias obreras con un trabajo bien pagado, con médicos y remedios para sus enfermedades, vacaciones pagadas, casas bonitas y limpias, motos y hasta autos... y al gobierno pelear con ellos ante los patrones. Y si eso no es revolución, no sé yo qué sea. Para mí que siempre tuve que doblar el lomo para ganar un mendrugo, este hombre que hace bramar a ricos, curas y frates, es bastante revolución”.

A mí que siempre fui de menos monsergas y devaneos, me gustaba ella, Eva, esa Azucena bravía, que se plantaba frente a los señorones, con sus mismas pieles y joyas y haciendo gala de su bastardía y su pasado casi prostibulario, les mostraba que nada valían sus alcurnias y manejos para conseguir justicia para los descamisados. Y aunque Dionisio

machacara con que eran puros trapicheos burgueses, por ella tuvimos las mujeres al fin nuestro voto y nuestras legisladoras, por lo que tanto lucharon otras, metadiscursos en las Cámaras, pésames en los confesionarios y mohines en las camas de los poderosos. Tampoco tuvo miedo en el 50', cuando la Unión Ferroviaria fue a la huelga y en los talleres de Remedios de Escalada, ella sólita, instó a levantar la medida, tratando de evitar cárceles y muertos. Me molestaba, sí y mucho, no puedo negarlo, ese modo suyo de sujeción al marido, amigo de Justo y de tirar migajas a los pobres para que no exigieran el pan que les correspondía... Pero, ella era de los nuestros y había pasado las mismas privaciones que nosotros, por eso cuando conseguía una cura para un niño enfermo o regalaba una máquina de coser como la de su madre o un juguete, como los que ella seguramente había anhelado tanto antes y después de ese seis de enero en que recibió una muñeca sin una pierna como único regalo posible de sus pobres Reyes Magos, no lo hacía sólo para que se lo agradecieran, como una más de la Beneficencia. Lo hacía sabiendo, como nosotros, el orgullo del pan magro ganado a fuerza de echar los pulmones horas y horas sobre la lanzadera, la atracción que suelta las manitas de la escoba y las lleva a la muñeca de porcelana que reposa sobre el cubrecama de los caprichos de las niñas de familia... Como nosotros hechos a jugar con trocitos de loza que sacábamos del arroyo y trocitos de madera blanca que encontrábamos entre las virutas que el carpintero del pueblo tiraba en un ribazo a la salida del pueblo y a las que

con un carbón pintábamos ojos y sonrisa y hasta un vestidito con volados en el cuello para acunarlas como a niñas... Además, vaya una a saber, cuando se cerraban las puertas y se alejaban los chupatintas, quizás ella mandaba tanto como él y a mí me basta. La sujeción adiestra al esclavo, como único modo para sobrevivir, en las mañas del servilismo y las lágrimas y llevamos las mujeres veinte siglos de sujeción y esclavitud... El tío Segundo no deja un día de despotricar contra el General y su prostituta y allá en Buenos Aires por lo que sabemos de sus cartas a Alba, tampoco, Leandro, pero... yo no sé... ¡Vaya una a saber qué hubiera hecho Dionisio durante los años del peronismo!

CAPÍTULO LXVII

Mi padre, ese desconocido. El héroe del que todos hablan. El militante capaz de todas las valentías por la revolución, pero que no tuvo la valentía de darme un padre cuando volvió de la guerra que destruyó sus ideales. Mi padre.

CAPÍTULO LXVIII

Mr. Ellis Briggs, Director de Asuntos de las Repúblicas Americanas en el Departamento de Estado Norteamericano, entrevistado por nuestro corresponsal, contestó a la pregunta: “¿Cómo hace el actual régimen argentino para mantenerse en el poder? ¿Qué ofrece este General Perón para sostenerse cuando miles de ciudadanos, empresarios, comerciantes, intelectuales, padres de familia marchan por la libertad en Buenos Aires?”, de este modo: “Cuenta con la policía, un importante sector del ejército, los grupos de presión armados y un típico programa nacional-socialista que no excluye la vieja fórmula de 'pan y circo' para millones”, explicaba *La Nación*, el 5 de enero de 1946.

CAPÍTULO LXIX

Apenas tuvo edad, Flora se hizo cargo de la cocina y aprendió a hacer unos guisos de mondongo, hígado o riñones con papas y arvejas o arroz o fideos, que un día, harta de llenar el estómago gratis a la tropa de hambrientos que, normalmente, rondaba por la casa, resolvió salir a vender por la zona.

A unas cuadras, cruzando el lodazal inmundo que llamaban La Cañada, en la antigua plaza de mulas, se reunían desde el alba carros que traían verduras, carnes y lácteos frescos y baratos desde las quintas de los alrededores, para ofrecer a los sirvientes de las casas mayores. Ahí, partió Florita cargando un canasto con la olla y unas cucharas y escudillas; pero a pesar de los comentarios favorables, los suyos no eran manjares para las cocinas respetables y los pobres de solemnidad que se manifestaban dispuestos a dar buen fin a sus

guisos, estaban más capacitados para ayunar o para comerse las sobras de sus ventas que para pagarle, durante las largas horas en que pugnaba por ubicar sus artículos y la chica necesitaba sostenerse lejos de las máquinas de coser y, sobre todo, de los manifiestos familiares.

Después de mucho deambular, descubrió por la barriada una fábrica casi artesanal de calzado, suelas y hormas, en que las huelgas de zapateros y cortadores de principios de siglo y los lock-outs patronales que les habían seguido no habían dejado huella alguna, por lo que catorce obreros trabajaban “a destajo”, de sol a sol y sin sábado inglés, para pagar las cuotas del *leasing* por las máquinas de la “United States Machinery Co.” alquiladas para que los catorce obreros del taller no tuvieran que trabajar “a destajo”, de sol a sol y sin sábado inglés, para ganarse el pan.

La fábrica más que una fábrica era un cubil sin más aireación que un ventanuco sin vidrios a unos tres metros de altura, cruzado por alambres para evitar los robos que, con razón, aterrorizaban al propietario más que las inspecciones del Ministerio de Trabajo.

El sr. Balaguer, de niño, se había formado en un taller sórdido junto a otros veinte pupilos, a quienes su maestro había solicitado en guarda a la Secretaría del Menor a cambio de cama, comida y oficio, aclarando que no lo hacía por caridad, sino para asegurarse la mano de obra que se

mostraba tan desleal con sus patrones desde la incorporación de maquinaria a la industria.

De adulto, el huérfano explotado pagaba los salarios más ruines de plaza, descontaba una multa tras otra por la mínima imperfección y prefería perder producción que gastar en más máquinas “que no servían más que para llenarle de viento la cabeza a su personal”, había dicho a sus colegas en la Confitería de El Plata, mientras juntaba billete sobre billete en el Banco Español para comprar el palacete en el vecindario más elegante de Córdoba que le debía su orfandad. “Es de los miserables que se pasaron al otro lado de la trinchera”, habían dicho de él sus antiguos compañeros en la Sociedad de Resistencia.

Sin embargo, para cada Navidad, el sr. Balaguer convidaba con una taza de chocolate y una factura a los asilados de la Casa Cuna, que por esa fecha se atiborraban de chocolates y facturas de benefactores y fuerzas vivas de toda laya. Por semejante gesto recibía todos los años, puntualmente, una tarjeta de agradecimiento del Director en nombre de sus pupilos, que colgaba en el galpón sobre la pared que abría al excusado para fomentar la gratitud de todos los que usaran las instalaciones y cuando llegaba el momento de pagar los salarios se ocupaba de colocarse justo delante de ellas, como si ese marco de probidad lo confortara y amparara de ese tufo de clase, similar al de ese rincón, que, a pesar de todo su esfuerzo, temía que le hubiera quedado pegado a la piel para siempre.

La virtuosísima y devotísima sra. de Balaguer, que tributaba al peculio familiar el ilustre “Martínez” que portaba media Córdoba, tenía banco propio con chapita de bronce que así lo anunciaba en la capilla de Las Mercedarias en Barrio Alta Córdoba, para que las compañeras de escuela de sus hijas supieran de su piedad cada día en que pedía, como enseñara el R. Padre fundador, para que nunca faltara, sino que se multiplicara el pan de la esperanza en cada mesa; ése que se amasa con la fe y la solidaridad de tantos hermanos que se lanzaban como ella a la aventura de la generosidad a sus semejantes, sin esperar nada a cambio.

Quizás, por eso, el portón de la fábrica de Balaguer sólo se abría, desde afuera, por la madrugada para hacer entrar a los obreros y a las doce del día, el tiempo exacto para hacer entrar el material y sacar los zapatos terminados que después viajaban hasta las vidrieras refulgentes de Buenos Aires para arrebatar la ilusión de las empleaditas de comercio con etiquetas de “Grimoldi” o “Guante”. Recién volvía a abrirse unos minutos para la salida del personal a las veinte horas y más de una vez, alguno había pasado el domingo encerrado adentro como lección contra la remolonería.

A las doce exactas, sin conocimiento de su madre, Iris, que con trece años era la mayor de los tres que todavía asistían a la escuela, vestida de guardapolvo y con el canasto bajo el brazo, entraba corriendo a entregar los económicos platos de Florita y cobrar las monedas, antes de que el peón cerrara

el portón sin atender razones, ni hacer concesiones, como se le ordenara, bajo riesgo cierto para su pellejo.

En el julio helado, los hombres trabajaban, apretujándose alrededor de un brasero, en que era más la basura que la leña, que llenaba la pieza con un hedor que se sumaba al de los tachos de cola, tintes y cera y los carapachos de los cueros blandiéndose como ahogados en un agua putrefacta o desparramados por todo el piso como cadáveres sin extremaunción.

En la corrida, Iris pisó una escofina caída en el suelo y con el peso del canasto, resbaló sobre el brasero en que se calentaban los hierros y los cortes de fieltro para fijar los cambrillones. En un segundo, se encendió la punta del mantelito de papel que tapaba las viandas y la capa de paño de rezago militar con que Justina había fabricado abrigos para los tres chicos y por el reguero del líquido sanguinolento que emanaban de los cortes oreándose, la chispa corrió hasta los fardos de cartón y de ahí a los rollos de cáñamo para el calzado fuerte, de hilo para el más ligero y de seda, para el de lujo, que comenzaron a arder sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo.

Dos hombres se tiraron sobre Iris envolviéndola con unos trozos de cuero húmedo para apagar la capa y el guardapolvo que se encendieron como una tea, pero las llamas llegaban ya a los tachos que explotaban en medio de nubes de gas que quemaban la garganta y los pulmones,

mientras las estanterías cubiertas de pares a medio terminar cedían, cayendo en efecto dominó sobre los trabajadores y las herramientas.

El resto de los obreros corrió a la entrada, gritando y pateando el portón para que abrieran desde afuera, pero el peón, asustado por el estrépito, calzó la barra de hierro con el candado y se escapó temiendo la represalia del patrón. En la esquina, Rocío y Floreal, que esperaban a Iris, rogaban a gritos auxilio a los vecinos, intentando voltear la puerta.

Cuando los obreros y los chicos consiguieron soltar el portón de los goznes, Iris yacía, casi asfixiada, con más del sesenta por ciento del cuerpo quemado.

En el vecindario cerrado y sordo, no hubo más que el carro de un verdulero para trasladar a la chiquilina, amortajada en los pellones chamuscados sobre los cajones de zanahorias y pimientos, hasta un hospital, donde nada pudieron hacer los médicos para aliviar los enormes dolores.

Iris falleció a los cinco días sin haber recuperado la conciencia, entre los médicos que entraban y salían dando órdenes que nadie cumplía, los parientes que entraban y salían ofreciendo consuelos que nadie oía y los enfermos que entraban y salían, sanando o muriendo, sin que nada alterara el ritmo convulso de la respiración de Iris, en la sala hedionda a algo como la creolina.

Con la cabeza vencida y los ojos secos, su madre veló los cinco días parada al costado de la cama, sin poder dejar de recordar un incendio que, siendo pequeña, se desató en una fábrica de carros y casi acaba con su pueblo, agotando las coronas de flores y los ataúdes de la ciudad cercana adonde hubo que abastecerse y abarrotando el hospitalito regional en que los niños y los ancianos morían con los labios teñidos de azul por la falta de oxígeno y las vacas caían con los pulmones negros, en medio del olor a moridero que soltaba el cuero quemado, que era el olor de su niña en la camilla blanca.

En la sala de varones, los dos obreros que trataron de auxiliarla luchaban contra las quemaduras, que les dejaron severas lesiones, inutilizándolos para el trabajo de por vida.

Decenas de compañeros organizaron una manifestación de protesta, frente a la puerta del galpón, que ni los funcionarios, ni los diarios escucharon. Hasta el socialista Miguel Ávila, que tanto había disputado con Dionisio como representante de “Sastres, modistas y obreros de la aguja” y Federico de Uña, compañero del “Sindicato del Dulce”, estuvieron allí para expresar el repudio por esa tragedia incomprensible en la Córdoba del peronismo y las reivindicaciones obreras.

Dicen que los bomberos en los días siguientes resolvieron, por su cuenta, tirar abajo el galpón, porque las llamas habían quemado los puentes y podían esperarse mayores tragedias

si el dueño no tomaba medidas para asegurar las instalaciones. Dicen que, un tiempo después, el sr. Balaguer cobró el seguro por el incendio, directamente, en Buenos Aires, a donde se había trasladado la misma noche del accidente.

Dicen que el muchachito que apedreó todos los vidrios de la mansión, ya vacía, de barrio Alta Córdoba, era Floreal.

CAPÍTULO LXX

“Todavía en el país no se habían apagado los ecos del triunfo de la fórmula Perón-Quijano sobre la Unión Democrática y en Córdoba, el de Argentino Auchter, aliado a la Unión Cívica Radical Renovadora, cuando empezaron las persecuciones, en el vórtice de un mundo en que no terminaban los horrores de la guerra capitalista y las vejaciones y represalias contra los vencidos, los traidores y los criminales”, decía el tío Segundo, temblando de ira cada vez que se juntaba la familia. “El General frenó con peores armas que los dictadores anteriores, las luchas obreras, minando a los sindicatos con extraños que eran sus títeres o comprando a los dirigentes con cargos y privilegios, que obedientemente cumplían con su mandato de someter cada reclamo al Ministerio de Trabajo antes de convocar al paro. Los trabajadores contestaron con ciento cuarenta y dos huelgas ese año, pero el movimiento obrero estaba quebrado y el

General lo sabía y aprovechando con habilidad el sistema de obsecuencias y delaciones que el derrumbe propiciaba, irguió su poder sobre el aniquilamiento de los líderes legítimos, como Cipriano Reyes, que dirigió la enorme movilización popular del 17 de octubre para sacarlo de la cárcel, para que después lo desechara como a un trapo sucio con las peores calumnias, y un control férreo sobre los que comenzaban a asomar la cabeza. Los “cabecitas negras” empezaban a llegar de los campos estancados a los cordones industriales de las ciudades para trabajar en las nuevas fábricas que se levantaron durante la segunda guerra, como nosotros, los antiguos inmigrantes europeos, con la promesa de salarios dignos y protección frente a los avatares laborales que nosotros prometimos durante cien años. Los viejos, atados a los modos del trabajo artesanal, no podíamos aceptar estos aluviones de jóvenes capaces de manejar las máquinas, pero que arrasaban con los viejos oficios y dirigencias, rechazando las viejas lealtades... Pero, quizás, lo más terrible fue constatar las defucciones que el Tirano produjo en tantos. Defucciones como la de Libertario Ferrari, hijo de nuestro compañero Tomás que ofreció su vida luchando contra los déspotas de América y de Europa... ¡Imagínense de alguien llamado “Libertario”...! porque sólo así puede explicarse su lucha por Perón, preso en Martín García, burlando el mandato que llevaba como delegado de los trabajadores del Estado al Congreso del 16 de octubre, con la convocatoria al paro general hasta lograr su reposición en el cargo de Secretario de Trabajo, como si del Tirano

dependieran las conquistas de siglos de sangre obrera derramada. Y más escandalosamente aún, cuando burlando el mandato de la historia de su padre y la de su propia historia de peón de la Compañía monopólica de Hidrocarburos de Buenos Aires, Libertario cuestionó públicamente en la Tercera Conferencia del Trabajo, en Méjico, el rótulo de “nazi-fascista del gobierno peronista”, con el que la oposición lo calificaba y explicó como logros de su gobierno, las vergüenzas y traiciones del Régimen. Fue como una puñalada en el corazón saber que su padre y el mismo Simón Radowitzki, exiliados en Méjico desde el fin de la guerra de España, hubieran ido a recibirla al avión, creyendo que abrazaban al que continuaría sus ideales de toda una vida.”

Alba, que se había recibido de maestra en el Liceo de Señoritas con notas sobresalientes, se negó a afiliarse al Partido que comandaba el General Perón, cuando fue a buscar destino en las escuelas del Ministerio y después de mucho insistir, terminó dando clase en un obraje por el norte de Córdoba.

Ese año, el Congreso, junto con el voto femenino, había dictado la ley que implantaba de nuevo la educación religiosa en las escuelas públicas que los liberales del 80' habían logrado borrar, aunque sólo se hubiera borrado de los programas oficiales, así que con un baúl con algunos libros, una caja de tizas y un crucifijo que agregó el Consejo a última hora partió Albita en un camión para hacienda, en

medio de la desolación de los suyos que la despedían como si se fuera a hacer la América del otro lado del mar, apretada entre dos camioneros que sabían de las luchas de su padre, cuando todavía eran los carros los que cubrían esos itinerarios. Ellos la llevaron, con todos los cuidados, hasta la encrucijada en que el camino se desvanecía en una nublazón de guadales y espinillos.

Ahí la esperaba como única comitiva, una mujeruca tuerta y sin un diente, que podía lo mismo tener cuarenta que cien años, que ni preguntó ni dijo nada durante la hora eterna que caminaron; Alba detrás, arrastrando el baúl que pesaba tanto como su alma en esa tarde de su desesperanza.

Cuando llegaron a oscuras al ranchito de una sola pieza y excusado bajo el algarrobo, en que el pizarrón pretendía ocultar la camita y el ropero, apenas entrevistos a la llamita de una vela, Alba creyó entender por primera vez en su vida la desesperación de su padre en las cárceles de Franco, pero pensó que convendría esperar el día para volverse a su casa y el desconcierto la volteó en el colchón de lana apelmazado, sin probar un bocado.

La despertó el solazo que rajaba la tierra a las nueve de la mañana y entraba por la ventana sin postigos, ni cortinas y la mirada fija de sus diecisiete alumnos de todas las edades, que iban a la escuela mientras las tareas del monte o los embarazos prematuros no les daban mejor cosa que hacer.

Enseguida comprendió que en la escuelita de una sola aula para todos, sería la maestra, cocinera y directora de un alumnado itinerante que un día se mudaba cargando en carro o al hombro, si no había carro, la casa de horcones y paredes de bolsa de arpillera, dejando atrás, la herida abierta de los quebrachales talados, sin haber aprendido nada, porque nada podía enseñarles la escuela sarmientina a quienes nacían destinados a desbastar el monte desde los ocho años hasta el día temprano de la muerte.

Desde allá escribía cartas, en que los textos se superponían en distintas direcciones para aprovechar el oro invaluable de la hoja de papel; muchas, pilas de cartas, que se amontonaban en los correos que nadie utilizaba y llegaban todas juntas en aluvión a la casa después de meses. “En este lugar en que la gente vive tantas privaciones, tanta miseria, a veces creo que el alfabeto es un lujo innecesario, ofensivo”, garabateaba, pero en la misma hoja reclamaba con urgencia papel, libros, remedios, semillas, géneros para tapar a sus alumnos de todas las desnudeces.

Con las telas y moldes que le mandaba su madre, organizó unas clases de costura para enseñar a las mujeres que no tenían conciencia de ninguna vergüenza, a tapárselas y mientras cortaban y pescaban con manos más habituadas al hacha que a la aguja, les explicaba normas de Higiene, Puericultura y control de la natalidad entre los bebés desnudos, de barrigas hinchadas de parásitos, que reptaban por el piso de tierra barrida con escoba de

pichanilla, entreverados con las moscas, los perros y las chivas. Las habituó a llevar, a donde el desmonte las llevara, su huerta de legumbres y yuyos en latas y cajones y a separar con cortinas de arpillera las noches de los adultos de los ojos de los niños y a resistir los abusos del marido y el derecho de pernada de los caporales.

En los cuatro años que estuvo allí, los chicos y también los grandes se acostumbraron a desandar leguas y leguas, desde donde se hubiera establecido el campamento, para escuchar en las palabras de Rafael Barret cómo vivían sus hermanos de los yerbatales y en las de José María Borrero, sus hermanos de las estancias patagónicas y de Rusia y de Inglaterra y de Italia y de todas partes del mundo, las voces que hablaban por los que compartían idénticas explotaciones.

Antes de entrar, los hombrones dejaban, como única exigencia de la señorita, los cuchillos en la puerta, sobre un banquito de tiento y alguno, mejor armado, las espuelas plateadas. Debajo de las crenchas aplastadas con agua, los ojos se encendían con las nuevas verdades eternas y con los días, algunos preguntaban y hasta debatían la función del Estado, la lucha de clases y la existencia de Dios.

En una encomienda pidió una armónica y aprendió a tocar para no volverse loca y organizó una pequeña orquesta con instrumentos de percusión fabricados con cueros secos de animales, palos y semillas, que amenizaban los actos

escolares con piezas folklóricas casi irreconocibles y también versiones muy particulares de “Hijos del pueblo” y “A las barricadas”, que despertaban fascinación en esos abandonados de todos los abandonos, aunque ninguno entendiera con claridad por qué la maestra no parecía tan interesada en el ceremonial del izamiento y arriamiento de la bandera de la patria frente a los chicos cuadrados como coroneles, mientras trataba de hacerles entrar en la sesera las estrofas de nuestro heroico himno nacional. Y eso que nadie supo nunca del crucifijo que pasó de la cima del pizarrón al envoltorio en unos calzones de frisa que agregó Justina, mucho más sensatamente que el Consejo de Educación, en el fondo del baúl para las noches de invierno en esas inmensidades.

En un enero de infierno, después de siglos de viaje por distintos medios, llegaron de visita Zoé, Rocío y Floreal a descubrir con sus propios ojos la Arcadia que su hermana mayor describía en sus cartas cada vez más entusiastas. Las chicas se quedaron a charlar con ella y Floreal, apenas pudo, se escurrió para el rumbo en que andaban los hombres en el monte y recién volvió entrada la noche, abstraído y mudo, como era casi siempre, pero como crecido para sus pocos años. La mañana siguiente y todas las mañanas que se quedaron, acompañaba desde antes de clarear a los hacheros en las picadas y sólo miraba y escuchaba lo poco o nada que se decía y una tarde, allí armó su primer cigarrito de hombre, como en un rito viril, que lo ataba a otro hombre

y a otros hombres, más allá del tiempo, que al terminar las tareas, se sentaban a fumar los canutos armados, de humo áspero que hacía entrecerrar los ojos y apartaba de la cabeza los pensamientos amargos.

Alba le escribió a su madre que tenía temor, un temor sordo como una puntada en el vientre, por Floreal y no dio explicaciones, pero su madre entendió, porque lo que su hija temía era lo mismo que ella temía cuando veía a Floreal, abstraído y mudo, como era casi siempre.

A poco de llegar y como correspondía, Albita tuvo su primer enfrentamiento con la autoridad. El comisario, capataz y encargado de la Proveeduría, empezó a desconfiar de la muchacha a quienes todos pedían que les controlara las cuentas de los fiados y los documentos en que ponían, con la huella del índice, su fortuna. Además, él como encargado de la ley y el orden cívicos que era en el obraje, fue el primero en sorprenderse con los actos patrios de la docente, pero como no era año electoral, poco le importaba lo que la maestrita hiciera o no hiciera con las efemérides, mientras no le alborotara las urnas.

Recién cuando después de idas y venidas, Alba consiguió alejar de sus ginebras fraudulentas a unos treinta voluntarios para remendar la escuela y blanquearla con cal y cavar un pozo de agua para que el poblado no tuviera que disputar la de la represa inmunda con las mulas y las cabras, el funcionario consideró que había llegado la hora de correr

con el cuento a los patrones por los peligros de esta “socialista”, que venía a complicarles el negocio.

Ellos, más avezados en la cuestión social, pensaron que la cosa se resolvía mandando una cuadrilla con material de construcción para levantarle una pieza decente a la señorita maestra y un curita, una vaquillona y vino para que el pueblo festejara la inauguración y el bautizo de la escuela con el nombre que quisieran. Cuando el cura se dio espantado con que el nombre elegido por esos orates era el de “Pedro Kropotkin” o “Aurora roja”, postergó el acto con una excusa y partió a avisar a la Curia y al puntero del departamento y así terminó la fugaz carrera de Alba y su inocente proyecto de fundar una comuna libertaria en esos arenales de peor vida que muerte.

CAPÍTULO LXXI

De mi familia, de Mansos y Cadenas, me viene el orgullo de ser obrero y de despreciar a la burguesía. Odio a los hombres bien alimentados y vestidos y a las mujeres melosas que se cuelgan de su brazo para ganarse el pan. No entiendo la justicia sino como un odio ciego a quienes son los responsables de la opresión y el sufrimiento del pueblo. Policías y soldados son nuestros enemigos. Dios, una mentira inventada por los ricos para mantener a los pobres resignados bajo su yugo y sólo los cobardes se arrodillan frente a sus ídolos de barro. Los patronos son hienas malévolas, glotonas y despiadadas. Un hombre que lucha solo, jamás podrá triunfar. Una avalancha de hombres, unidos, luchando juntos, con todos los medios a su alcance, no reparando en ninguna ternura, ni lloradera de vencidos, ni ninguna violación a las leyes de los patronos para servir a la revolución; eso, eso sí es imparable.

CAPÍTULO LXII

Cuando los anarquistas de Río Segundo: el ferroviario Borioli, el verdulero Copparino, el zapatero Isidro, el carpintero Quarante y el mecánico Fossatti, junto a algunos más, después del 30', resolvieron crear una comuna libertaria o un falansterio según el pensamiento de Sebastián Fourier en el pueblo y arreglaron una vieja casa, fabricando una noria y colectivizando sus herramientas, ollas y otros trastos para vender sus productos de huerto entre los vecinos, el tío Segundo se entusiasmó con este nuevo mundo de comunismo, autenticidad y solidaridad.

Los nuevos ciudadanos completaban el estudio de las obras de Kropotkin, Bakunin, Malatesta y Pietro Gori, mientras realizaban sardónicas pintadas en las paredes de la iglesia (“La única iglesia que ilumina es la que arde”), de la escuela y la comisaría, que más que difundir la ideología

revolucionaria, sumían en la mayor perplejidad a las fuerzas del orden.

Y aunque el retorno de Carlos Badenes, zapatero y distribuidor de “La Protesta”, del penal de Ushuaia, donde había compartido torturas, que lo dejaron sordo y tullido, con el heroico Simón Radowitzky, le dio un contenido más combativo al enfrentarlos en los discursos a los dueños del ferrocarril y a la Cervecería Río Segundo, mientras seguían con sus sembradíos y sus jornadas de reflexión, el grupo, en realidad, se limitó a conformar durante la revolución española un Comité de Ayuda al Pueblo Español, en que se reunían ropa, raciones para los soldados y pequeñas sumas de apoyo que, como eran canalizadas por el Socorro Rojo comunista, jamás nadie podía precisar en qué manos terminaban.

En cada encuentro familiar, Dionisio demolía el sentido de semejante experiencia en un mundo cada vez menos agrario, sacudido por todos los conflictos de las gigantes ciudades industrializadas, donde la concientización y el apartamiento en la falsa paz de las pequeñas comunas de buenas conciencias, se mostraba todos los días más inútil para enfrentar a los colosos del capital y la explotación de los imperios. Y de nuevo despoticaba, sobre que todas estas patochadas eran distracciones para las urgentes luchas reivindicatorias y la resistencia armada y el tío volvía a golpear la mesa con el puño, sosteniendo que la violencia se paga con más violencia y con más culpa...

Cuando en el 42', tras el fracaso de la revolución española y las masacres de la dictadura de Franco, Diego Abad de Santillán se refugió de todos esos horrores con su familia en Córdoba, fundando en “Cerro Negro”, otro falansterio de docentes, ferroviarios y pequeños empleados, al sudeste de Deán Funes, en que las tierras, la producción y los servicios eran comunitarios, creo que si Dionisio hubiera podido decir algo, hubiera dicho que más que un falansterio para la construcción del hombre nuevo, la comuna era una colonia de vacaciones para derrotados.

CAPÍTULO LXXIII

Alba volvía de casi diez horas en la Maternidad, aprendiendo obstetricia en madres niñas, desnutridas, forzadas, chagásicas, cuando la sombra sin rostro que se tambaleaba como un borracho, cerca de la puerta de su casa le deslizó en la mano un papel con unas líneas que eran de Leandro: “estoy preso por oponerme con otros estibadores a la CGT del régimen nazifascista que ha envilecido al movimiento obrero y ahora decidió descontarnos parte del sueldo para el monumento de la Eva al Descamisado. Nos molieron a palos y uno de sus jueces me condenó a ocho meses de prisión por mi crimen. Llevo cuatro de hambre, mugre y golpes. Avisa en casa, que no se enteren por otros. Sé que los compañeros van a sacarme algún día”.

Podía escuchar las palabras de Leandro, como si estuviera frente a ella, repitiendo en una ocasión y otra, en cada

reunión con la familia, el mismo discurso del tío Segundo, a quien no había vuelto a ver desde la guerra de España y que había borrado de la conversación familiar su nombre, como a un difunto en la vergüenza: “desde el golpe nazifascista del 43' se desató la más brutal labor de captación gubernamental del movimiento obrero más honesto, trabajando a dos puntas: comprando a los dirigentes con dádivas, cargos de importancia o, como en mi caso, persigiéndolos de la forma más despiadada. A las masas desposeídas, reivindicación y concesiones que los deslumbran a cambio del servilismo más grande. El régimen los envilece como no pudo hacerlo ninguna otra dictadura por el terror y los utiliza para quebrar las mejores tradiciones sindicales, poniendo títeres en vez de militantes. Arriba, el paternalismo estatal y de abajo, el mayor servilismo, la delación, el crumiraje, la entrega y su representante máximo: el secretario general de la CGT. Y ella, la Virgen caída por la miseria, que como la religión les promete el paraíso en la tierra... a cambio de su adoración más incondicional. ¿Podés pensar en algo más vil que enseñar a los niños a leer y escribir con esa basura de “La razón de mi vida”, de esa mujer envuelta en pieles y joyas, frente a la que la pobre gente se arrodilla para implorarle lo que le pertenece? ¡Cuánto podría haberle enseñado nuestra Azucena de la dignidad del oficio!”, decían uno y otro a cientos de kilómetros de distancia.

Todos habían tratado de hacerlos razonar sobre la inutilidad de años y años de distanciamiento entre un padre

y un hijo, que seguían defendiendo y entregando la vida por las mismas ideas. Cecilia y su marido hasta habían viajado a Buenos Aires a verlo y llevarle cartas y dinero de la tía, que sufría la situación como un mal cáncer, sin atreverse a oponerse con firmeza al marido para que esto terminara.

Desde que había vuelto de España, en plena dictadura de Ortiz, Leandro había deambulado de un lado a otro sin poder conseguir trabajo por estar fichado en el Orden social por su participación en la guerra española como voluntario y para peor, como anarquista. La única posibilidad, paradójicamente, que le habían conseguido los compañeros había sido un lugar en la banda de policía, pero como le había explicado largamente a Alba en cartas que se sucedieron durante años, no estaba dispuesto a “hacerse perro”, después de arriesgar la vida y la cordura en aquel moridero por la libertad y la justicia que ellos ahogaban en sangre.

Hacía poco tiempo había entrado como estibador en el puerto de Buenos Aires, donde se deslomaba por unos centavos y malvivía entre una pensión de mala muerte y el sindicato, al que entregaba casi todo su sueldo.

El famoso monumento de la Eva al “descamisado”... Un trabajador cuarenta y cinco metros más alto que la mole de la estatua de la Libertad, sobre una base más grande que el Luna Park, como una catedral laica con paredes de mármol, frisos y columnas griegas bajo una cúpula revestida de mosaicos con pepitas de oro, para custodiar un sarcófago de

cuatrocientos kilos de plata que alguna vez guardaría el cuerpo de Eva, mostrando a todos la inmortalidad faraónica de las conquistas justicialistas en la misma entrada del Río de La Plata... Un nuevo coloso de Rhodas pagado con la sangre y el hambre de cada trabajador argentino... ¡Qué distinto de aquél de la española Concepción Arenal, que cuando la República la puso al frente de las cárceles hizo hacer un monumento a la libertad y la dignidad humana con los grilletes y cadenas que quitó a los presos!

CAPÍTULO LXXIV

Cuando Leandro salió de las prisiones de Perón, se trasladó a Córdoba clandestinamente a una pieza en una pensión que se caía a pedazos en el barrio de Alta Córdoba, adonde yo iba cada tarde al salir de la Facultad de Medicina y para diferenciarnos del grupo de beatas puritanas y párrocos putañeros en que estaba, reinventábamos bellos pecados de la carne en nombre de todas las indecentes revoluciones futuras. Tampoco esta vez nadie sabía nada de él en la casa en que su nombre había sido proscripto, como también el de su más aborrecido enemigo de hoy: Perón.

Decía Leandro: el dictador tan parecido a Franco y Mussolini, bajo su aspecto paternalista y jovial, el general nacionalista y despótico que había llegado al poder por un golpe militar contra el presidente conservador Castillo y desde allí, había puesto de rodillas a la vieja dirigencia

sindical, reemplazándola por chupabolas que abandonaban las luchas obreras de años para erigir monumentos en su homenaje y rebautizaban con su nombre las sedes de los sindicatos, los centros de salud y los comedores obreros, borrando los de luchadores de siglos. Perón y las dádivas de la Fundación presidida por su esposa y las prohibiciones de trabajar a profesores honorables y a artistas de renombre que no se arrastraban ante la pareja presidencial, pero las malas cosechas cerealeras de los años anteriores, la firma de empréstitos y contratos petroleros con la Standard Oil, que mostraban quién era realmente el patriota, mostraban también una crisis económica que el demagogo pretendía tapar con más represión.

“Córdoba, la Heroica, no se entrega”, se murmuraba hacia tiempo en los corrillos antiperonistas de Buenos Aires.

Cuando en el tradicional desfile estudiantil de primavera del año anterior, los peronistas nucleados en la Unión de Estudiantes Secundarios se sintieron agredidos por las carrozas de los católicos y el vocero de la CGT salió a calificar al gobernador de “monaguillo servil de los curas”, en medio de los enfrentamientos entre los dos grupos, resultó evidente que el clima en la provincia era el de la revuelta contra el dictador. Ese que poco después desde la plaza de Mayo, llamaba a contestar con violencia a la violencia, prometiendo que por cada uno de los suyos que cayera, caerían cinco de los enemigos. Del corazón del país surgirá la revolución que nos liberará del dictador. De la sola

conciencia de la gente decente surgirá la revolución que derrocará al tirano. De una revolución que no imponga jefes, ni publicite vinculaciones. De la revolución de una masa de gente decente, aunque sea una revolución hecha con alumnas de los colegios de monjas y cadetes de la Escuela militar. Las verdaderas revoluciones, como en España, se hacen con lo que haya, con sacristanes y comisarios, y commandos civiles revolucionarios organizados en las calles y en las trincheras. Con lo que haya y después veremos, cuando el tirano fascista no esté, cómo se endereza al pueblo en el camino de la libertad y la justicia, me explicaba Leandro, tratando de olvidarse del bombardeo que pocos meses antes habían protagonizado los mismos generales y los mismos prohombres en defensa de la patria y la libertad dejando la Plaza de Mayo cubierta por un tendal de cuerpos destrozados de muertos y heridos civiles, mujeres y niños.

Por eso, con el beneplácito de los Achával Villada, los Castellanos los Aliaga y los Ferreyra Soaje, afrentados en su supremacía de sangre por las conquistas justicialistas de sus peones y enardecidos por la ruptura de Perón con la iglesia católica, una noche en una casa y otra en otra para no ser descubiertos, junto con las jerarquías eclesiásticas y radicales, socialistas, demócratas, universitarios, estudiantes secundarios, obreros y profesionales reaccionarios, Leandro, en contra de todo lo escuchado y defendido en su casa y la mía, se reunía para conspirar con lo más corrupto de la sociedad. “Las verdaderas revoluciones

se hacen con lo que haya”, insistía Leandro, tratando de convencerse y convencerme, mientras organizaban Grupos de Choque. Grupos de secuestro y detención de Personas, de Dinamiteros, de Movilidad y Grupos Técnicos (teléfonos, telégrafos, radioemisoras y ferrocarriles), con cerca de tres mil quinientos hombres, perfectamente disciplinados, compenetrados de su misión y armados con armas largas y cortas, que según explicara el diario “Clarín”, se procuraron de su propio peculio. ¡Como si con esa gente que, desde los púlpitos había lanzado una nueva cruzada contra los que subvienten el orden natural impuesto por el Creador, pudiera armarse una revolución que luchara contra sus propios privilegios, prejuicios ultramontanos y tejemanejes...!

La noche anterior al 15 de setiembre, el General Videla Balaguer y el General Lonardi, eludiendo las órdenes de captura libradas en su contra, llegaron a Córdoba, a lo del cuñado del último, Achával Villada, para organizar el místico alzamiento de la Escuela de Artillería. Por la tarde, cuando el organismo de enlace con el General Lonardi, recibió la orden de “alerta” para los civiles escondida detrás de la consigna: “Dios es justo”, Leandro me mandó a casa, para que no corriera peligro en una lucha que sabía que no compartía.

La madrugada siguiente, el Comando Revolucionario Civil por razones de seguridad, decidió distintos traslados de los confabulados, pero, aproximadamente a las seis de la mañana, por una estúpida infidencia del General Videla Balaguer al dar el teléfono y la dirección donde se hallaban

en una comunicación telefónica con la Escuela de Artillería, la policía los descubrió. Entonces, debieron pedir protección al Comando Aéreo Revolucionario y los jefes, como siempre, enviaron a un grupo de aspirantes, casi unos chicos, de la Escuela de Suboficiales de Aeronáutica que se enfrentaron con fusiles y cañones, que quizás usaban por primera vez en su vida, con la policía leal al régimen y que después de un enfrentamiento que dejó muertos y heridos, consiguieron, al fin, rescatar y trasladar al Comando Revolucionario Civil a la Escuela de Aviación Militar.

Zoé que iba y venía de la calle contaba que por la Vélez Sársfield bajaban grupos armados con palos, cadenas y bombas caseras hacia la Casa de Gobierno, el Cabildo y la CGT, donde por el estruendo de los tiros parecía concentrarse la lucha. Mientras la radio transmitía comunicados del gobierno aconsejando a la población civil retirarse a sus domicilios y alejarse de la zona de acción y de la Confederación General del Trabajo llamando a un paro general para apoyar a Perón, un vecino que volvía del centro, contó que una columna con artillería liviana y una centena de civiles bien armados habían emplazado ametralladoras y un pequeño cañón en el hotel Plaza, en la farmacia Minuzzi y en la casa Vives y que de allí disparaban a la policía leal, que la gente corría despavorida, entre el tiroteo y el humo, rompiendo vidrios y puertas de las casa vecinas, al tratar de ponerse a cubierto y que se veían cuerpos caídos en la plaza. Por la tarde, otro contó que el Cabildo había caído en manos

de los sublevados y que, a pesar de lo confuso de todo y de que la ciudad estaba rodeada por los cuatro costados por fuerzas del ejército dispuesto a resistir el golpe, habían comenzado los festejos.

Como tantas veces, las mujeres nos fuimos a la casa de mi tía, donde era más fácil que pudiéramos enterarnos de qué pasaba. Si hubiéramos podido rezar o confiar en algún dios, la espera hubiera sido más fácil... pero el tío dispuso que se siguiera cosiendo, mientras se escuchaba la radio, que anticipada por las radioemisiones uruguayas, informaba con satisfacción de los levantamientos en casi todas las provincias y el bombardeo de Plaza de Mayo, la Casa Rosada y la sede de la CGT en Buenos Aires.

Todavía el 18, se luchaba en toda la ciudad. Los aviones revolucionarios, que por la tarde habían sobrevolado el Parque Sarmiento, cominando a la rendición con centenares de volantes; por la noche, como regía el toque de queda y oscurecimiento, iluminaban, primero, los blancos con luces de bengala y la artillería hacía fuego sobre ellos, sembrando el pánico en la población en vigilia. Alguien llegó y nos dijo que los comandos civiles, con el apoyo de un grupo de muchachitos cadetes y aspirantes de la Fuerza Aérea, intentaban a toda costa desalojar a los efectivos leales del General Iñiguez de la estación de trenes de Alta Córdoba y aunque la preocupación principal de Iñiguez era la guarnición militar rebelde, no la ciudad, a pocos metros de allí, desde la Comisaría, el gobernador Lucini, el

vicegobernador, aquel viejo anarquista Federico De Uña, que mi padre había apreciado tanto, con el jefe de Policía trataban de organizar la resistencia, con tropas mejor equipadas y entrenadas que las alzadas.

Sobre la costa del Río Primero, cerca del puente al final de la General Paz, mirando hacia Alta Córdoba, se había levantado una batería al mando de un estudiante de Derecho, ex subteniente, con varios estudiantes vestidos “al estilo miliciano”, que subiendo las piezas de artillería a dos Unimogs de Mercedes Benz y con el apoyo de francotiradores, contuvieron por horas el avance de las tropas de Iñiguez.

Cuando le llevaron al tío la noticia de que Leandro era uno de los sublevados y habría caído en la estación, no hubo modo de convencerlo para que se quedara en la casa, en la ciudad aterrorizada por el tronar de los cañones y la fusilería y la demencia de los francotiradores en los techos.

Una bala perdida alcanzó al tío por la espalda, cuando cruzaba a todo correr las vías, casi sin protegerse siquiera entre los vagones desparramados, hacia el lugar donde un grupo de cuerpos sin uniforme se amontonaba junto a un silo y su cadáver quedó tirado entre el yuyerío que crecía entre los rieles, hasta que dos noches después la tía, Rafael y Floreal pudieron recoger su cadáver de derrotado que nadie reclama y, en las tinieblas, pudieron darle una improvisada sepultura, sin esquelas mortuorias, ni lápidas. Apenas,

un puñadito de huesos y carne usada para alimento del hermano buitre y los hermanos gusanos, como él quería.

Unas horas después, moría también Leandro en el colchón ajeno de un rancho vecino a la estación, donde un practicante de Medicina, trataba de hacer milagros, mientras el resto de los rebeldes caídos había sido trasladado por los comandos sanitarios al dispensario de los padres Capuchinos y de allí a los más famosos hospitales privados, todos complotados con el alzamiento que volvía las cosas y los hombres al lugar de donde nunca debieron haber salido. Cuando Leandro supo por mí de la suerte de su padre y de la aparente victoria de sus compañeros, atinó a decir que otra vez se había enredado en un moridero de traidores sin principios. Después tuve que explicarle que la bala que le había quebrado el fémur, cortando la arteria, obligaba a amputarle la pierna en un verdadero hospital para salvarle la vida, entonces, me pidió la pistola de mi padre, que yo cargaba al cinto como cada noche en que iba a reunirme con él, me ordenó salir de la piezucha y se voló los sesos.

En los días siguientes, cuando ya el General Lonardi y el Almirante Rojas eran el Presidente y el Vicepresidente de la Nación y el Dictador, para evitar mayor derramamiento de sangre en el país en que no terminaban las violencias, renunciaba y buscaba asilo en una cañonera paraguaya, el patriciado católico salió a la calle a marchar con los alzados, entre aclamaciones de apoyo, sirenas que sonaban a música

de libertad y lluvia de flores arrojadas desde los balcones de las casas principales y los conventos, mientras en las cocinas y los talleres las sirvientas y los obreros lloraban la derrota.

Los diarios de la Córdoba reaccionaria anunciaron: *'Toda la revolución fue una verdadera muestra de orden y espíritu de conciliación. No se registraron desmanes ni atropellos a la propiedad privada, es decir, que no hubo asaltos a armerías, ni negocios, ni a otros lugares de donde se pudieran retirar elementos indispensables para el cumplimiento de la orden de defensa de la ciudad, habiendo llegado, incluso, una patrulla de dinamiteros a retirar bajo recibo material explosivo de una conocida firma comercial que los vendía para minas, al igual que alambre de púa, bolsas de harina y afrecho necesarias para las barricadas. Lo mismo ocurrió con las indispensables requisas de automóviles para el patrullaje, la mayoría del servicio público. Los teléfonos de Estado absolutamente controlados y defendidos por el Grupo que tenía esa misión, trabajaron desde el primer momento para la revolución, con personal de los mismos y el servicio se mantuvo como si la situación hubiera sido normal.'*

La alimentación del Comando Revolucionario Civil, que se calcula en un total de cuatro mil civiles sobre las armas, contó con el apoyo y el aporte espontáneo de las mujeres cordobesas, llegando tanto al puesto de Comando en la Jefatura, como a la última patrulla avanzada, continuamente comida, bebidas frescas y café. La mujer, con su aporte material, contribuyó poderosamente al sostenimiento de la

lucha, alemando con su decisión y coraje a los combatientes... El Comando Revolucionario Civil recibió la siguiente orden: "El señor presidente de la República ha ordenado que los civiles armados que han contribuido al triunfo de la Revolución integren el desfile militar de la victoria con sus armas".

Toda Córdoba, cada uno en su esfera, desde el que estaba en el Comando Revolucionario Civil o atendía un puesto de armas automáticas, hasta la mujer que llevaba una taza de café con una sonrisa de aliento al personal apostado, todos, todos han constituido el Comando Revolucionario Civil, cuya consigna de guerra fue: "Córdoba no se entrega".

CAPÍTULO LXXV

Mi madre abrió de un tirón las cortinitas del ventanuco y apartando las frazadas, ordenó: “¡Hala, niña, basta de llantos! ¡Levántate ya de esa cama y vete a estudiar y aprende a apartarte de hombres que sólo llevan miseria y muerte en los bolsillos! Tú tienes derecho a cosas bonitas y alegres. Mira a Cecilia e Irene, con sus oficios y sus niños sanos y felices. ¡Entierra las tristezas y los dolores de este hatajo de apestados que sólo supo de conspiraciones y masacres! ¡Hala, basta de rebuznos sobre la fraternidad de los desposeídos y la justicia futura y a estudiar cómo remediar a esta raza de suicidas con que parece que vamos siempre a enredarnos!... ¡Y vete a ver a la tía que, además de perder al marido, ha perdido un hijo y a sostenerse y llorar juntas que, para eso sirven las familias, no sólo para disputar y enseñar a fabricar bombas!”

Y me levanté, como arrastrando un corazón de cien kilos de piedra, y me fui a lo de la tía que no tenía consuelo y cuando se aquietaron las cosas, volví a la Facultad a recibirme de médica, como pudiera, para tratar, como decía mi madre, de remediar a esta raza de suicidas con los que siempre íbamos a enredarnos y me prometí a mí misma, dedicarme a ayudar a otras mujeres a traer vida a este mundo de muertos.

CAPÍTULO LXXVI

Algún día le contaría al hijo que alguna vez tendría las razones de todo lo que había pasado. Le contaría que por los años triunfales del peronismo en el gobierno, mientras yo estudiaba Filosofía y Letras, su padre, José María, en la carrera de Medicina, formó parte de una de las agrupaciones más fuertes de acérrimos anarquistas de la delegación local de la Federación libertaria Argentina, que militaba en una de las alas del Partido Reformista de Medicina. Su grupo llegó a controlar el Centro de Medicina y hasta un tiempo corto, la misma Federación universitaria de Córdoba, dirigido por el hijo mayor de uno de los idealistas comuneros de Río Segundo, peleando, supuestamente, contra la sustitución de los concursos por designaciones a dedo de profesores de dudosa sabiduría, pero probada obsecuencia y por la investigación científica libre, que había reemplazado la “doctrina justicialista”, sintetizada en la consigna de

“Alpargatas, sí; libros, no”. Le diría que, en realidad, en la Universidad, transformada en un verdadero bastión antiperonista, en que la unión obrero-estudiantil de la Reforma parecía tan distante como las peleas a cascotazo y lanza junto a los indios del Pucará en los molinos Minetti, las utopías libertarias, sólo justificaban, en la práctica, nuestro rechazo al disciplinamiento y a la afiliación obligatoria al Régimen.

Le diría que muy pronto la Revolución Libertadora que, muchos creyeron pudiera ser otro movimiento nacional comandado por otro General, como Perón, pero esta vez no un dictador, mostró la poca libertad que estaba dispuesta a permitir. Le explicaría con términos fáciles que aunque la Revolución autorizó, en un primer momento, la apertura de la vida sindical a los gremios llamados “democráticos”, enseguida, el fusilamiento del sublevado General Valle contra el gobierno de facto de Aramburu para tratar de conseguir el retorno de Perón, la masacre de más de treinta civiles y militares, sus presuntos cómplices y la durísima represión contra los trabajadores que luchaban por recuperar las conquistas del justicialismo, con sus dirigentes legítimos y sus obreros presos, mientras el gobierno militar reconocía sindicatos paralelos de rompehuelgas traídos de otros sindicatos, despertaron a muchos protagonistas de la cruzada cívico-militar. Le diría que en pocos meses nos quedó clara la política de restauración oligárquica, de hambre para las clases populares y entrega del patrimonio

nacional al imperialismo, de la dictadura militar de Aramburu y Rojas.

Le diría que con su padre vimos que en la Universidad, recomenzaban los atropellos y la proscripción de los disidentes, premiando a los serviles de siempre con los puestos de trabajo y los cargos arrebatados a los vencidos. Los legajos de empleados y docentes guardaban sus fichas de afiliación y sus aportes “voluntarios” a las distintas causas del partido vencido; listos para ser usados por las jefaturas universitarias, en que predominaban los radicales y, en algunos casos, partidos heterogéneos, pero ranciamente conservadores.

Le diría que cuando la Revolución libertadora se vio forzada a llamar a elecciones que terminaron con el triunfo de Frondizi, en las urnas, proscripto el peronismo, gracias a los votos que le había regalado el General Perón desde el exilio, otra vez salimos a la calle ilusionados con este gobierno democrático que proponía defensa de la soberanía y desarrollo económico. Pero que el nuevo Presidente, que, irrisoriamente, encabezaba una corriente llamada “radical intransigente”, en realidad, quería quedar bien con todos y particularmente con los grandes capitalistas y los mandos eclesiásticos, por eso, nos embanderamos detrás de un nuevo conflicto, con grandes movilizaciones en todo el país de profesores, estudiantes, obreros y maestros: Enseñanza “laica”, popular y democrática en la escuela pública, que sostenía el Estado o la mentidamente “libre”, que es, en la

práctica, el Estado sosteniendo como siempre la educación clerical y oscurantista para enseñar lo que los poderosos quieren que aprendamos los pueblos explotados. Con tu padre caminamos entre los manifestantes, con volantes recién escritos y pancartas de pintura fresca, desde la nueva Ciudad Universitaria, fundada por el Régimen destronado, hasta el Rectorado en la rancia casa del Obispo Trejo y en la movilización encontramos, sin proponérnoslo, a mis tíos Cecilia, Irene y Rafael y a sus hijos, a mis hermanas y a tantos con la cinta violeta en la solapa que cuarenta años antes había identificado a la Reforma Universitaria... para contestar a la otra de días anteriores, de columnas de chicos uniformados, con una cinta verde atada al prendedor con la cruz de “Cristo vence”, guiados por sacerdotes, monjas, fieles y píos humanistas de la recién parida Democracia cristiana para enfrentar al demonio encarnado del General Perón. El Dictador que terminaban de descubrir que, desde el exilio, pesaba tanto o más que el cuerpo de Cristo en los corazones trabajadores. En nuestra manifestación, los escuadrones policiales arremetieron contra maestros, chicos y chicas, sin miramientos.

Como en tantas ocasiones, el poder estatal de la mano de la Curia impuso sus violencias sin importarle el repudio popular y también, como en tantas ocasiones, junto a maestros, chicos y chicas, volvimos a vernos cuando la vil “Ley Domingorena” nos demostró de nuevo que los ardides de los que ejercen el poder y sus secuaces parlamentarios no

pueden ser vencidos por discursos, ni votos, ni por la lucha de muchos hombres y mujeres que sólo caminan en paz.

Le diría, también, cuando fuera mayor que nos fuimos a vivir juntos, con el consentimiento de mi madre que sólo objetó el que pudiera dejar de estudiar y que terminara tan bruta como ella, teniendo que coser bolsas de arpilla para alimentar a los hijos que vendrían,

– Usted, mamá, no es ninguna bruta. Siempre tuvo más sabiduría para enfrentar la realidad que muchos académicos, porque ha tenido la sensatez que no se aprende en los libros...

– Sí, sí, no me vengas a mí, niña, con zalamerías, que bien claro tengo que cuando se te ha metido en esa sesera hacer algo, ni Jesucristo podría impedírtelo. ¡Anda con tu compañero, pero estudia que para eso nos rompimos todos el lomo toda la vida!

Y conseguimos una pieza en barrio Alberdi, cerca del Hospital de Clínicas, donde sobrevivíamos como la mayoría de los estudiantes de esa época de los pesos que le mandaban sus padres desde San Juan, en la ignorancia más absoluta de mi existencia, y del pago de las fotos que José María sacaba en cumpleaños, casamientos y fiestas de egreso, sobre todo en los pueblos del interior, adonde se trasladaba en una moto, en invierno envuelto en diarios para evitar el frío, y aprovechando cada viaje para hacer

propaganda e intentar alguna afiliación. Para arrimar unas monedas, yo cantaba en lo que después se llamaría café-concert, en la provincia a la que ya caracterizaba el festival de folklore de Cosquín, acompañándome con un acordeón y vestida como una especie de Chaplin con polleras debajo de la rodilla, algo de Edith Piaf, de Jacques Prévert, de Bertold Brecht, de las milongas de Atahualpa Yupanqui y de tango, y también, cuando se daba, recitaba alguno de las cosas del tío Segundo, como “Madre anarquía” o la canción a Durruti de Raúl González Tuñón.

¡Ay que yo no tiro
contra mis hermanos!
¡Ay que yo tiraba que sí!
Ay, que yo tiraba que sí
contra los que ahogan
al pueblo en sus manos!

Le contaría que una noche, Justina con mis hermanas fue a verme. Como era de esperarse, mi madre se mantuvo todo el espectáculo seria y rígida; más disfrazada que yo, bajo el vestidito negro de beata, con cuellito de puntillas blanco, su alma roja de guerrillera, y al salir, me dijo: “Si hubiera nacido veinte años más tarde, me hubiera gustado hacer esto, pero en mis épocas no se veía bien burlarse tanto de la vida”.

Le explicaría que el pacto de Frondizi y Perón, como debimos haber supuesto, tuvo corta duración y la resistencia peronista comenzó a manifestarse en paros, conflictos

gremiales y hasta atentados en el país y Frondizi, presionado por las Fuerzas Armadas dispuso la aplicación del Plan CONINTES, de Conmoción del Estado, que autorizó a las Fuerzas Armadas a reprimir las huelgas y protestas estudiantiles y a sindicalistas, desbordados por la falta de salidas democráticas, a allanar y a trasladar a los “terroristas” al Penal de Magdalena y hasta al reabierto Penal monstruoso de Ushuaia, bajo la jurisdicción de los tribunales militares.

En Córdoba, que salía de una brava sublevación policial, en el 60’ la resistencia organizó el atentado contra la planta de almacenamiento de combustibles de la Shell, de Villa Bustos que provocó catorce muertos, la mayoría de vecinos que vivían miserablemente en la villa cercana. Los sobrevivientes contaron que los que corrieron sin mirar atrás, abandonando todo, pudieron salvar la vida y que algunas mujeres con los chicos alzados, se arrimaron sorprendidos al alambrado para mirar, en la noche iluminada por las explosiones, el reguero de nafta oscura que salía por el boquete abierto por la gelinita, y que minutos después, en un estallido de hongo nuclear, las llamas se los tragaron.

Al día siguiente, el gobernador radical, el gobernador Zanicchelli, aunque bajo protestas por la autonomía provincial avasallada, se encontró con que el Ejército tomaba a su cargo las cárceles y que el gobierno nacional intervenía la provincia para acallar la oposición, por la mano de Rogelio Nores Martínez, hijo de Antonio Nores y director del diario

“Los Principios”, contra los que tu abuelo había zapateado toda su vida.

Pero no le diría nunca que en medio de las tensiones de la guerra fría y los rumores de insurrección militar, crisis económicas e institucionales cíclicas en estos países del Tercer mundo, quedé embarazada. Que había acordado con José María que no tendríamos niños, que los tiempos y las ferocidades de la revolución no son para los niños. Que no quería tenerlo. Que no podía tenerlo. Que hubiera sido repetir el destino de miseria y atadura de mi madre, el destino de hembra de mi madre. Que sentía que no podía ni siquiera decirle de esto una palabra a José María; que sentía que si se enterara, esto nos separaría. Había sido una imprudencia mía, un descuido, casi una traición, que no tenía por qué pagar él.

Sentada sobre el piso de baldosas cuarteadas del baño compartido entre muchos, decidí que tenía que arrancármelo como se corta la mano engangrenada para salvar la vida. Me desesperé pensando que no conocía comadronas, ni médicos venales, ni remedio algún para mi destino de hembra.

Al rato, sin ningún resultado, salí con el corazón latiéndome en el bajovientre y arremetí con una limpieza a fondo, de rodillas en el suelo, lavado de frazadas y traslado de los pocos muebles pesados que teníamos hasta quedar con el cuerpo trémulo y extenuado, pero sin el menor atisbo

de redención en los calzones. No podía tenerlo. No quería tenerlo.

Ni pisé siquiera por la casa de mi madre, porque ella intuiría todo aunque yo no dijera una palabra...

En los días siguientes, recordé de los relatos de las guardias de los residentes compañeros de José María: el emplasto de perejil verde que, entre arcadas, me puse entre las piernas temblorosas y que expulsé, de inmediato, en un pujo involuntario, con un ardor que me volteó a la cama, sacudida por un llanto incontrolable como una mala hemorragia.

A los dos meses, el viaje de José María por la provincia luchando por los presos del plan CONINTES, me dio la oportunidad y volví a encerrarme en el baño. Me acuclillé sobre las baldosas húmedas, entre el inodoro y el lavamanos quebrado, y mordiendo un pañuelo retorcido, abrí las piernas y me enterré una aguja de tejer ahogada en alcohol y ya no supe nada, nada por mucho tiempo, horas o días... Cuando Doña Tomasa escuchó desde su pieza los quejidos que la fiebre me arrancaba, sólo atinó a comunicarse con Alba y con otros estudiantes me trasladaron a la maternidad.

En el mismo quirófano, en que rehacía los destrozos del amor por las entrañas de tantas mujeres abandonadas, forzadas o simplemente, pobres, Alba, sin preguntar una palabra, detuvo la infección y el llanto con un abrazo que venía desde mucho tiempo antes, casi desde las orillas de un

tiempo en que la primera mujer al recoger de entre sus piernas al montoncito de carne sanguinolenta que podía ser su primer hijo, entendió, realmente, la maldición bíblica de parir con dolor.

Habíamos vivido los hechos de Hungría del 56', cuando los tanques rusos, tal vez los mismos que hermanados en las Brigadas Internacionales habían luchado por la libertad en España, aplastaron una revolución popular contra la dictadura y el terror, con el sueño de construir soviets libres de verdad. Habíamos vivido los horrores del pueblo argelino levantándose contra las tropas imperiales francesas. Habíamos vivido la ilusión de la revolución cubana, en que Fidel, unido a nuestros compañeros libertarios volteaban la dictadura de Batista, sostenida por la corrupción de Estados Unidos, pero de inmediato los primeros síntomas de su viraje a un comunismo confuso, fuertemente teñido de una necesidad de predominio personal e intolerancia hacia aquéllos que lo habían acompañado en los tiempos de lucha, nos enfrentaron a un nuevo Kronstadt, una nueva masacre de anarquistas en nombre de la revolución de justicia y confraternidad por la que tanto habían luchado. Habíamos vivido el comienzo de esa terrible guerra que fue Vietnam y la resistencia de su pueblo bajo los aviones y tanques de los invasores yanquis y junto a miles de ciudadanos honestos del mundo habíamos alzado, inútilmente, nuestras voces para evitarla. Habíamos vivido otra vez la mentira de las urnas y la subida al poder del hombre viejo e impotente que era Illia,

con quien seguía el alza de los precios, la especulación, los negociados sindicales de los jerarcas cegetistas, los altos costos militares a la sombra de los mismos grandes capitales y los mismos grandes apellidos... Y cuando en el 66', un general del bando "azul", más católico y menos nacionalista y que triunfó sobre el bando de los "colorados", menos católico y más nacionalista, decidió salvar a la patria con una nueva revolución, que deponiendo a Illia con el concurso del Cuerpo de bomberos, trajo idéntica represión; estudiantes y profesores y obreros volvimos a las cárceles y al exilio para salvar la vida y detrás de las rejas de las Penitenciarías y de las rejas de las fronteras, nos encontramos con los mismos perseguidos y verdugos de siempre. Entonces, le diría, nosotros, nos convencimos de una vez para siempre de que los traidores sólo pueden ser vencidos por la lucha de muchos hombres y mujeres que no le temen a la clandestinidad, ni a la violencia como única arma real en la lucha proletaria.

CAPÍTULO LXXVII

Mi hermano se empeñó en abandonar la escuela, apenas cumplió los quince años y no valieron de nada, las palabras de mi madre, ni del tío Segundo, ni de nadie. Sin otra explicación que lo que tenía que aprender no estaba en la escuela, resolvió dejar la Secundaria y buscó trabajo en un taller metalúrgico y después por un tiempo en la fábrica Fiat y todas las quincenas, le dejaba a mi madre, después de apartar unas monedas para sus cigarritos negros, su salario sobre la mesa de la cocina como un pago por la cama y la comida que le daba. Esto, en una casa donde ni en los días de mayores privaciones se le había negado un plato al linyera que llegase, le cayó a mi madre como una puñalada y aunque trató de que Floreal la escuchara, se enojó y gritó y hasta le tiró el dinero al piso, no sirvió para nada... Flora, que era quizás la única realista de todos nosotros, levantó el dinero y se lo puso en el bolsillo del delantal, diciéndole: "No es una

limosna, madre, es la cotización de un obrero y a usted le servirá para asistir a otro necesitado.” Él se mantuvo firme en la paga hasta que abandonó la casa hacia vaya a saber qué sitio y cada vez que se refugiaba en ella, a lo largo de los años, mucho o poco, a veces unas monedas sobre la mesa de la cocina, anunciaban que Floreal estaba de nuevo en la casa de mi madre.

Además de ese dinero, nada sabíamos de él. Ni siquiera Rocío que por la proximidad en los años, era casi una melliza de él, su voz y su cordura. Ella averiguó, mucho tiempo después, que por el 70', mi hermano, con algunos de sus grupos, había estado trabajando en el norte en un obraje parecido adonde yo me había iniciado como maestra y en la zafra en Tucumán, enseñando a leer y escribir a los cañeros con el periódico “El Combatiente” y había participado con ellos en la toma de un ingenio, con hondas, palos y molotovs, hablando con ellos, como no había hablado jamás en familia, del Che, del socialismo, del capitalismo y la dictadura.

Sobre la mesa aparecieron, sin palabras, sus monedas, después de la rebelión popular del Cordobazo, después del copamiento de la fábrica militar de Villa María y el ajusticiamiento del Mayor Larrabure, después del fallido intento de ocupación del Regimiento de Infantería de Catamarca, en que el ejército fusiló a los dieciséis que no pudieron escapar y se rindieron y también, reaparecieron sobre la mesa, después de la guerrilla en el monte en Tucumán y la última vez, después de la caída en combate de

Santucho en Villa Martelli en julio del 76'..., como si la casa de mi madre que había sido refugio de todas las revoluciones desde hacía cincuenta años, adonde estuviera, fuera el único lugar, en que se sentía seguro.

Allí, llegó una noche, con su compañera, embarazada de cinco meses, pequeñita y resuelta, casi desnuda, a la que mamá tuvo que fabricarle un vestido de urgencia, porque la panza se le ahorcaba con el piolín trenzado que sujetaba el único pantaloncito estrecho, bajo la camisa que necesitaba dejar desprendidos los tres botones de abajo. Durmió una hora en su cama de siempre y se fue sin una palabra, como siempre, y dejó a Celina, que se dispuso a coser y tejer un ajuar de bebé con la misma energía avasalladora con que antes había hecho la revolución.

CAPÍTULO LXXVIII

Eran de nuevo tiempos funestos, años de recesión y atentados, de apaleamientos salvajes y compañeros sin nombres y sin rostro, que dormían una noche tirados en algún rincón de la cocina y por la mañana habían desaparecido. Los 70'. Otra vez funestos, como fueron siempre. Dicen que Alba abrió la puerta que ya volteaban los borceguíes esa noche. Que los atendió con el guardapolvo todavía puesto, después de veinticuatro horas de guardia en el hospital. Dicen que negó que su hermano viviera allí, desde hacía ya mucho tiempo, que se supiera algo de él desde hacía mucho tiempo. Dicen que trató de evitar que entraran, reclamando, como sólo ella podía reclamar, la orden de allanamiento que no tenían. Dicen que el culatazo le partió la boca y la tiró al piso. Que en el piso, bajo las patadas, seguía negando que alguien en la casa supiera algo del hermano. Que levantaron a Celina de la cama y la

arrastraron por el suelo del pelo, llorando y tratando de protegerse el vientre. Dicen que Flora apagó la olla que ya casi hervía y, limpiándose las manos en el delantal, dio las señas, el paradero y los horarios del hermano... que abrió las puertas de los cuartos para que confirmaran lo que decía... que, cuando empujaban a Alba al celular del que jamás volvería, les advirtió todavía que Floreal andaba siempre armado y que se marcharan antes de que su madre volviera, porque ella los mataría con sus propias manos... que se marchó para siempre antes de que yo llegara porque jamás podría volver a mirarme a los ojos.

CAPÍTULO LXXIX

¡Cuántas veces pensé, cuando el terror muerde los talones y hay que pensar en dónde esconder a mi pobre Ventura que me mira con sus pocos años sin entender nada y vuelve a preguntar si nos tenemos que ir a otra casa de nuevo o cuando despunta un tango, de esos reos e intraducibles en el corto vocabulario del exilio, en que la vida podría ser hermosa, tan fácil y tan dulce, como en las canciones que a veces me permito cantar entre las de la militancia, si pensara sólo un poquito en mí misma y en los míos! ¡Podríamos, a lo mejor, tener una casa, trabajar en nuestros oficios, yo y José María, olvidados de las listas negras, criar una familia en paz, volver a la Argentina con mi madre y mis hermanos de los que nada sé desde este París glacial y ajeno! El exilio... ¿pero qué podíamos hacer nosotros, dispersos, atomizados, sin centros firmes de trabajo? Unos pobres hombres, sin nada en el mundo, salvo el puño levantado. Una y otra vez, me

volvía a la cabeza la frase de uno de nuestros luchadores, que nos había decidido a escapar: “El luchador que desprecia su propia vida, por muy heroico que aparezca, desprecia la propia causa por la que dice luchar”... Podría, a lo mejor, tener una casa, trabajar en nuestros oficios, atreverme a tener otro hijo... Pero, enseguida, desde el fondo mismo de la sangre, me revuelve las entrañas a mí, a esta Zoé adulta, que vuelve a sus tres o cuatro años, algo muy antiguo y poderoso, como un legado de la sangre, y me enfurezco contra mí misma por mis malditas ideas burguesas.

En la plaza de mi pueblo
dijo el jornalero al amo
“Nuestros hijos nacerán
con el puño levantado”.

-Justina, no puedes quedarte así, cosiendo y cosiendo bolsas de arpilla, en la oscuridad...

-¿No? ¿Y qué más podría hacer hoy? Dime, Cecilia, ¿qué valdría la pena hacer hoy, eh?

-Las madres han escrito pidiendo una audiencia al Arzobispo. Podrías ir con ellas.

-¿Al Arzobispo, yo? A qué, ¿a qué podría ir yo al Arzobispo? ¿Yo, la mujer de mi marido, la madre de mis hijos? ¿Y luego, al Juez y al Interventor federal y al General Menéndez a que me digan otra vez más que no saben nada,

que debería yo haber sabido en qué andaban mis hijos y haberlos apartado yo del mal camino?

—Debes hacerlo, aunque más no sea por la hijita de Floreal... Sabemos que era una niña y que nació con vida y que se la dieron a alguna familia, mintiéndoles que la madre había muerto o la había abandonado. La pequeña no tiene la culpa de nada que hayan hecho sus padres o sus abuelos. Debes tirar esas benditas bolsas que te dejan los dedos como tienes hoy el corazón y arrodillarte frente a ese buitre y rogarle clemencia, arrastrarte ante sus pies, si es necesario, para averiguar el paradero de Alba y de Celina y de la bebita. Hemos ido tantas veces, todos estos años, a golpear las mismas puertas, de las mismas cárceles, a rogar por la misma clemencia de los poderosos, ¿qué podría hacerte ir una vez más? Sabes que es lo que hubieran hecho tu marido y tus hijos, si estuvieran aquí.

—Sí, pero ya no quiero hacerlo más. No quiero más noches de pesadillas con cuchillos en las vaginas, ni cabezas hundidas en tachos de mierda hasta que los pulmones revientan, ni nietos naciendo de mis niñas atadas a mesas de cocina, ni cuerpos estaqueados al horror de agosto en los patios, ni sotanas hurgando delaciones de hermanos... Creí que había logrado, al menos, para Alba y para Rocío, otro futuro y ahí ves... Hoy sé la razón que tenía mi madre cuando decía que crió diez hijos y que mejor hubiera criado diez puercos y como ella no quiero ver ni saber más nada. Prefiero pensar que están muertos. Que algún día alguien

me dirá que sus huesos descansan en alguna fosa sin cruces, ni nombres, adonde pueda ir a llorarlos. También tengo derecho a bajar los brazos.

—Dicen que en esas mismas bolsas de arpillera que coses sacan los cadáveres de las cárceles y los tiran en los basureros, en los cementerios, en el lago San Roque...

—¡Basta, Cecilia! ¡Déjame en paz!

—Hasta la semana pasada, removías cielo y tierra para averiguar dónde estaban, ¿que pasó que no quieres luchar más?

—Nada. A lo mejor nada más que vi la radio RCA Víctor de tu padre, la que le regaló a Zoé hace muchos años, en la vidriera de una compraventa de la calle Rioja, con la misma muesquita en el dial que mi hija arregló con pintura de las uñas y recién entonces caí en cuenta de que también se la habían llevado cuando entraron y ya, ya no quiero luchar más.

—...Está bien, Justina. Tienes razón. LLámame o a mis hijos, si necesitas algo.

CAPÍTULO LXXX

No es fácil llamarse “Acracia Manso Cadenas”, aunque la llamen a una “Rocío”, los hermanos, los amigos. El Acracia pesa como un manojo de dinamita, como un magnicidio, como un atentado en las sombras.

Cuando te nombran en las listas de asistencia, en las salas de espera, en las entrevistas de trabajo, la letanía sin conciencia se corta pronto, espantada ante semejante nombre y los ojos buscan parpadeando incrédulos el rostro, que sospechan monstruoso, temible, concordante con semejante bofetada... Los compañeros te miran sorprendidos, traicionados.

No supe que ése era mi nombre hasta que empecé la escuela; hasta entonces tuve ese nombre limpio y dulce que era “Rocío”.

En casa, es verdad, todos llevábamos nombres extraños, no los del santoral o del linaje. Los nombres que eligió mi padre, cada vez, que inventaba, a nosotros que éramos nadies –“gentes bajas” decía la madre con un raro pudor–, un linaje que no se transmitía con las fincas, ni los rebaños, ni los vientres negociados al pie de los altares, sí con el sudor y la sangre derramada. Alba, Flora por Flora Tristán aquélla que decenios antes que Marx sostenía que el obrero no debe esperar de la sociedad la mejora de su condición, que sólo puede ganar por su propio esfuerzo y Zoé, Iris y Floreal, “en homenaje de grandes explicaba mi tío, “Vuestro solo linaje, vuestro abolengo”. Nombres de abuelos ruines o bisabuelos holgazanes y apopléticos. Pero yo sola cargaba con el homenaje de lo más grande: “la ausencia de toda dominación, la más alta libertad” y aclaraba el tío de inmediato, como pidiendo perdón por semejante barbaridad: “fue una ocurrencia de tu difunto padre. El ideal de toda una vida. Ya sabes, niña”.

Mi padre. ¡Qué poco supe de mi padre! ¡Qué poco más que el elogio de la epopeya para tantos absurda que fue su vida de miseria, de persecución, de cárcel, de traición! Y ni un solo recuerdo de su voz, ni de sus manos, ni de un solo objeto querido recogido de sus manos, salvo las figuritas torpes de milicianos y milicianas –mis únicas muñecas de infancia– que talló en el encierro de su taller en los días desesperados previos a su muerte... Cada una de esas muñequetas pesaba tanto como mi nombre: “Acracia”.

Dicen que cuando murió de hambre y desesperanza, detrás de la puerta cerrada y mamá se animó al fin a buscar a los amigos para que voltearan la puerta, el suelo estaba sembrado de muñones de figuritas talladas a tajos en las patas de la mesa de trabajo y el banquito del taller, ante la vigilia inútil de Paco, el maniquí, que nos aterrorizaba con su torso de torero mutilado... Dicen que cuando sacaron el cuerpo de mi padre, como un viejito esquelético y gris de menos de cuarenta y ocho años, mi madre baldeó la piecita con lejía, cerró la puerta con candado y guardó la llave en el corpiño para alejar los malos pensamientos.

Una vez, creyendo que dormíamos, la escuché decir a mi tía Cecilia que esa noche hubiera puesto fin a todo, con el marido recién enterrado a escondidas de los funcionarios, fuera de los muros del cementerio por anarquista y por suicida, a merced del río y los perros cimarrones, sin una moneda en el bolso y con los chicos llorando, prendidos a su pollera de luto en lamparones por el apuro... que hubiera puesto fin a todo, si hubiera tenido con qué, pero ni siquiera leña había en la casa para una hoguera de holocausto... y al día siguiente, la vida seguía de nuevo y los niños debían comer y las clientas debían tener sus remendados y había que pagar las deudas y levantar la frente a lo que se diera. Esa era mi mamá.

Pasaron muchos años hasta que recuperé mi nombre como una bandera, como un íntimo destino, amargo, pero enorgullecedor, como un escapulario profano, oculto, pero

ardiente. Y fui “Acracia” en las prensas secretas y en los panfletos que escribí en vez de versos en la Escuela de Filosofía y Letras para repartir en las puertas de las fábricas y en las ruedas de mate y foquismo por todo alimento y en las alcobas clandestinas donde preparábamos las luchas de todo el día, compartiendo el colchón con tres o cuatro, además de mi compañero. Y fui Acracia, cuando, sin un grito, aborté al hijo que esperaba entre los yuyales y me levanté y seguí corriendo, mientras me desangraba durante el operativo rastrillo en La Plata como venganza a nuestro triunfo en la toma de la fábrica Alpargatas. Ni un grito, ni un desmayo durante el ataque que diezmó nuestras filas y mi corazón que no pudo siquiera enterrarlo junto a su padre, caído dos días antes en vaya Dios a saber qué cuneta.

Entonces, en los turnos de vigilancia mientras los otros dormían, pensaba que sí sabía de mi padre lo que bastaba: su lucha y su bandera, que estaban ahí encerradas en una sola palabra, en esa sola palabra que era, además, mi nombre y por el hilito de mi nombre recuperaba toda su historia y la de los suyos, que veía toscos, sencillos, honestos, ácratas, como las figuritas talladas a tajos en las patas de la mesa y el banquito del taller.

Dicen que salí a mi madre, morena, flaca y feúcha, y que me hice a lo que hubiera, sin quejas, ni desfallecimientos, hasta al “Acracia”... pero esto otro: el libro y la pistola ocultos entre la ropa, eso es de mi padre.

CAPÍTULO LXXXI

¿Qué fue para mí el anarquismo, Dionisio? Una enfermedad vergonzosa, una lepra que desfigura el rostro, que hace ocultar la frente, que avergüenza y aísla, que corroe la vida, que destruye los sueños de una familia, de un trabajo digno, de comer caliente dos veces al día. Nada más quería. Nada más pedía. No medrar, no, ni tener una casa y otra y coche y campos y criados. No, nada de eso quería. Apenas criar y vestir los hijos y darles un nombre honrado y un padre ganándoles el pan con la frente alta. Un sueño burgués dirías, si hoy todavía pudieras decir... pero era mío, mi sueño y bastaba. No esta lepra que llevamos la vida entera mordiéndonos la cara y que trajo tanta muerte a las piezucas que fuimos llamando casas. Tu muerte, la del tío, la de Alba, la de Floreal, la de tantos... Hoy que estoy sola y vieja y un poco loca también, entre estos muros, vigilada por tocas y rosarios que me acercan papillas y me cambian los trapos de asilada decrepita, mientras machacan y machacan con que hasta el último momento se está a tiempo para un

buen acto de contrición, porque en este Asilo al que tanto agradecimiento debo después de una existencia de pecado y blasfemia... ¡Qué paradoja! ¿no, Dionisio? ¡Tantos jóvenes y viejos a quienes brindamos el pobre asilo de nuestros ranchos por media Córdoba, renegando, en nuestra exigencia de justicia, de la beneficencia de los hipócritas que invierten en caridad para ganar una plaza en el cielo, para terminar aquí, en este Hogar para Mendigos y Desamparados, donde las monjas de San Vicente me recriminan a cada rato que en la crisis del 30' y en la revolución del 55' y en que sé yo cuántas más, mientras poníamos bombas y asesinábamos gentes de bien, ellas asistieron a más de trescientas personas que vivían en la calle, hirviendo los huesos que pedían en el mercado central, zurciéndoles la ropa desechada por los cristianos caritativos y dándoles un lugar para dormir, aunque al día siguiente los desagradecidos, ¡que de todo hay en tu viña, Buen Señor!, se escapan a mendigar de nuevo por los portales de las Iglesias... dando el vil espectáculo de su miseria. Hoy que estoy sola y vieja y nadie mira por mí más que estos hábitos funestos como buitres rondando mi carne usada y afuera siguen marchando sobre los muertos amados los ejércitos del General Videla y hablo contigo a cada rato, reclamándote como creo que no te reclamé nunca, me pregunto cada día: ¿Qué fue el anarquismo para mí, Dionisio? ¿Alguna vez te preguntaste qué fue anarquismo para mí? No para tí, que eso lo supimos todos, sino para mí... que parí y sostuve sola los hijos cuando estabas y cuando no estabas, que me saqué

el pan de la boca para que te fueras, al menos una vez con el estómago lleno, a hacer una revolución para todos. ¿Qué fue el anarquismo para mí más que soledad y miseria? ¿Qué fue para mí que traté de apartar vanamente a los hijos de tu camino y que también por ellos pedí y rogué en las cárceles? ¿Que ayudé a Zoé y Rocío, mi bebita, a armar los mismos hatillos de trapos remendados con libros escondiendo la pistola para escapar de quién sabe qué tormentos y privaciones detrás de las fronteras que ibas a voltear y nunca más volví a saber de ellas? Que perdí a Flora para no perder la fe en tus convicciones ¿Qué fue el anarquismo para mí que lavé, amortajé y enterré con estas manos, que eran de madre, no de enterrador, tantos de sus achaques? ¿Qué fue el anarquismo para mí, sino una desesperación que arrasó la vida?

GLOSARIO

muñeira: (*de muiniera: molinera*) son y baile que se baila en Galicia.

secano: tierra de labor muy árida, que sólo tiene riego por agua de lluvia.

lareira: cocina tradicional de piedra gallega.

rolha: repasador, trapo de cocina.

pulenta: comida de pobres a base de harina de maíz.

orvallo: suave llovezna persistente que empapa.

sofrito: verduras picadas y fritas en aceite.

"falso crudo": por Falso Croup, enfermedad de las vías respiratorias que inflama la laringe y puede llevar a la muerte.

cafres: tribu originaria de Cafferia, al sur de África, uno de

los grupos de los bantúes y por extensión: bárbaro, brutal, ignorante.

"viento de las viudas": *era el nombre que se daba en el puerto de Vigo al viento tempestuoso que hundiendo barcos, creaba viudas.*

Craque: *monstruo mitológico que en la época de Cristóbal Colón atacaba a quienes se atrevían a atravesar el Atlántico.*

orfeón: *coro sin acompañamiento instrumental típico de España.*

cante: *canto o composición en verso para ser cantada, de carácter popular, propia de la zona gitano-andaluza.*

maragata: *originaria o típica de León, en España.*

morriña: *nostalgia en Galicia.*

"perro": *se llamaba con desprecio a policías, gendarmes y fuerzas de seguridad en general.*

concúbito: *acto sexual, de allí concubinos.*

pariente vergonzante: *se denominaba así a los ligados por lazos de sangre a familias de alcurnias, pero sin medios económicos, que se colocaba a trabajar, generalmente, en instituciones de beneficencia sin sueldo o por cama y comida.*

chateaux: *mansiones o palacetes afrancesados.*

cafferata: *proxeneta, cafisho, rufián.*

Ley Padilla: *dictada en 1937 por la Legislatura de Córdoba, prohibiendo la prostitución.*

falansterio: *pequeñas comunidades rurales autosuficientes y el edificio en que vivían, que según el socialista utópico Charles Fourier podrían reconstruir una sociedad mejor sobre la base de la educación y el trabajo voluntario y libre de todos sus miembros y la propiedad colectiva de sus bienes. Las personas trabajaban según sus capacidades y recibían de acuerdo con sus necesidades, así los jóvenes trabajaban más o los niños, los ancianos, los enfermos recibían más. En Argentina, el primero fue fundado en 1857 por, Jean Joseph Durando en terrenos donados por el hacendado Luis Hughes, en lo que se llamó Colonia San José, cerca de Colón, provincia de Entre Ríos. Durando, este pensador de gran capacidad de liderazgo y visión, originario del cantón de Valais, logró conformar una comunidad rural, de poco más de 500 inmigrantes saboyanos, suizos y alemanes, con adelantos tecnológicos y autosuficiente. Sin embargo, tras su muerte en 1916, su utopía se fue derrumbando lentamente.*

luddista: *de luddismo, movimiento de enfrentamiento con el capitalismo, que tomó su nombre del héroe popular y trabajador textil Ned Ludd, tal vez sólo un seudónimo para evitar las represalias, quien en el siglo XVIII o XIX, destruyó las nuevas máquinas mecánicas que en Leicestershire,*

Inglaterra, iban reemplazando a los tejedores manuales, sumiéndolos en las miserias del desempleo.

foristas: *miembros de la Federación Obrera Regional Argentina.*

sentinas: *bodegas de los barcos, cloacas.*

fondeaban: *ahogaban en la jerga de la represión.*

ergástula: *cárcel.*

bleque: *sustancia resinosa similar al alquitrán empleada en la fabricación de explosivos.* **hatillo:** *paquete de tela propia de los pordioseros.*

mohines: *gestos aniñados de disgusto.*

cartilla: *libro pequeño o cuaderno con las letras del abecedario y los primeros ejercicios para aprender a leer.*

tebeos: *cómics en España.*

faístas: *miembros de la Federación Anarquista Ibérica, fundada en España en 1927, de gran incidencia en el movimiento obrero español, particularmente a través de la Confederación Nacional del Trabajo, anarcosindicalista.*

sollados: *cubiertas inferiores de los barcos donde se suele llevar mercadería.*

impedimenta: carga que dificulta los movimientos, particularmente de una tropa militar en la marcha o en el combate.

monsergas: petición o explicación confusa, que causa fastidio. **devaneos:** pérdida de tiempo en asuntos sin importancia.

trapicheos: tratos ilegales o trampagos para conseguir un fin a cualquier precio, **patochadas:** disparate ridículo.

zalamerías: elogios exagerados o empalagosos.

cegetistas: de la CGT, esto es, la Confederación General del Trabajo.

foquismo: teoría política desarrollada por el "Che" Guevara en su libro "La Guerra de Guerrillas" basada en que según la experiencia de la Revolución cubana no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones objetivas para la revolución, ya que la conformación de pequeños focos o grupos estratégicos que iniciara las acciones típicas de la guerra de guerrillas podría obtener con relativa rapidez que la revolución se expandiera y así el levantamiento de las masas y el derrocamiento del régimen. Esta estrategia era válida particularmente en países de poco desarrollo industrial y los "focos" debían tomar como base el campesinado.

ANEXOS

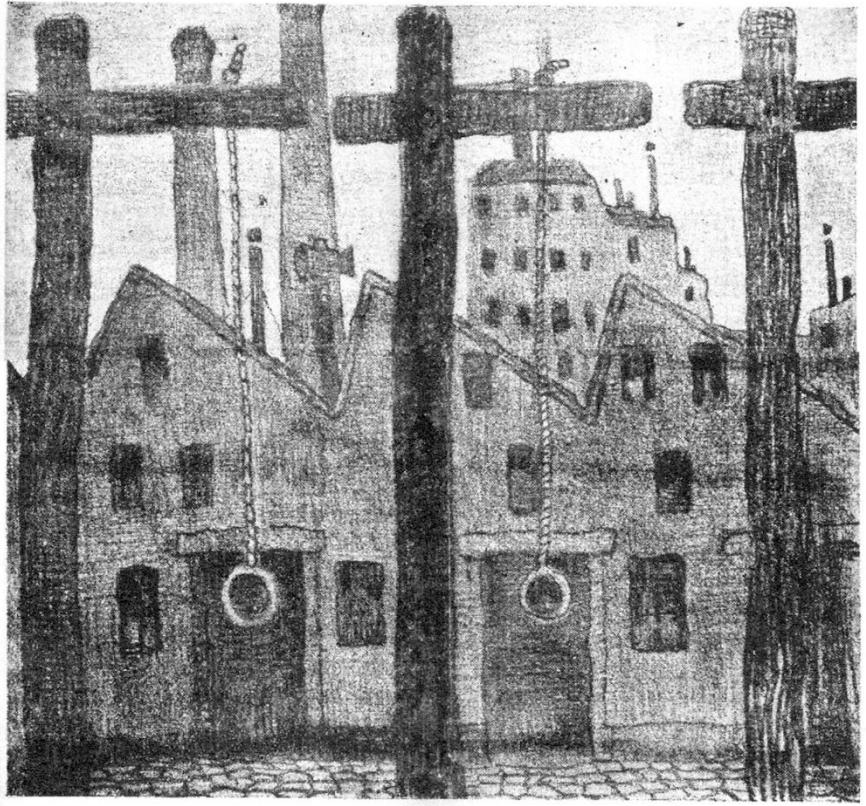
IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

DIRECCIONES Y TALLERES: TACUARI, 894 AL 900 DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año VII BUENOS AIRES, MAYO 1º DE 1916 Número 133

1º DE MAYO
1886 - CHICAGO - 1916



Sumario. — Las Horcas; Alberto Ghiraldo.—*Voces del presidio. En la carcel de Ushuaia.* - Simón Radovitsky martirizado.—*El obrero en la Argentina.* —*El oceano de la gloria;* L. A. Rezzano.—*La ética del militarismo;* W. Pi. —*Teatro Nacional. «Alma Gaucha»;* C. Martínez Payva.—*El ladrillo;* C. Olivera. —*Párrafos;* J. Cruz Gómez.—*Paisajes de la aldea;* R. González Arrill. —*Vida Perrada;* Felipe H. Fernández. —*Oírendas;* Valentín de Pedro. —*Música Prohibida. Inicios del*

Portada de la revista "Ideas y Figuras": 1º de mayo 1886, Chicago 1918, nº. 133, 1º de mayo de 1916.



El Compuesto de Apio de Paine

es un preparado sin igual que, al proporcionar nuevas fuerzas
á los nervios y sangre pura á las venas, ahuyenta la melancolia,
rejuvenece, embellece y dota al organismo de savia
pura que lleva color á las mejillas, brillo y alegría á las miradas.

EN LAS FARMACIAS

Publicidad de Compuesto curativo de apio de Paine:
tomado de revista "CARAS Y CARETAS", Año 1907. nº. 474.

GATH & CHAVES

Bvd. Mitre, 569 BUENOS AIRES Florida, 107 27



MODELO 257

Confecciones para Señora

Últimas creaciones de la moda.

Modelo 257—VESTIDO estilo sastré, confeccionado en brín liso, varios colores, adornado de vivos y botoncitos de nácar, á . . . \$ 19.50

VESTIDOS en género fantasía, alta novedad, gustos escogidos, modelos de última creación, á \$ 80.—, 55.—, 49.50, 39.50 y . . . \$ 32.50

VESTIDOS ESTILO SASTRE, confeccionados en género fantasía rayado, corte de última moda, gustos recién recibidos, á \$ 58.—, 49.50, 45.— y \$ 35.—

VESTIDO confeccionado en piqué blanco y de fantasía, adornado de festón y pechera de clarin, á \$ 19.50

VESTIDOS en brín liso y fantasía, adornados de galón ó festón, á \$ 15.95

ECHARPES, última novedad, desde \$ 50 — hasta \$ 7.80

CUELLOS DE PLANCHA, desde \$ 2.50 hasta \$ 0.80

NUEVO SURTIDO en flores y frutas para sombreros, desde \$ 7.80 hasta \$ 0.60

Grandes novedades de estación en todos nuestros departamentos

IMPORTANTE.—La mejor garantía que ofrecemos a nuestros favorecedores es la siguiente: Toda mercadería que al recibida no resulte del agrado del comprador, podrá ser devuelta para ser cambiada ó reembolsaremos el valor pagado, más los gastos del envío originales.

Sección especial para el despacho de pedidos por carta

Casa de compras en PARIS: Rue Richer, 20-22
Oficina de compras en NEW-YORK: Astor Place, 13-25

SUCURSALES: ROSARIO (Sta. Fe), CÓRDOBA, BAHÍA BLANCA, LA PLATA
PABANA, MERLODES (B. A.), MENDOZA.

Pídase nuestro nuevo GRAN CATÁLOGO GENERAL, se envía gratis y franco de porte á quien lo solicite.

Publicidad de tiendas Gath y Cháves: tomado de revista "CARAS Y CARETAS", Año 1907. nº. 477.



Fotografía de antiguas costureras, circa 1920.



Fotografía de Fábrica de bolsas en provincia de Buenos Aires, circa 1920.



Fotografía de aserradero y fábrica de muebles en el pueblo de San Vicente, Córdoba, circa 1920, Colección familiar.



Fotografía de bazar, ferretería y anexos en Córdoba circa 1920,
colección familiar.



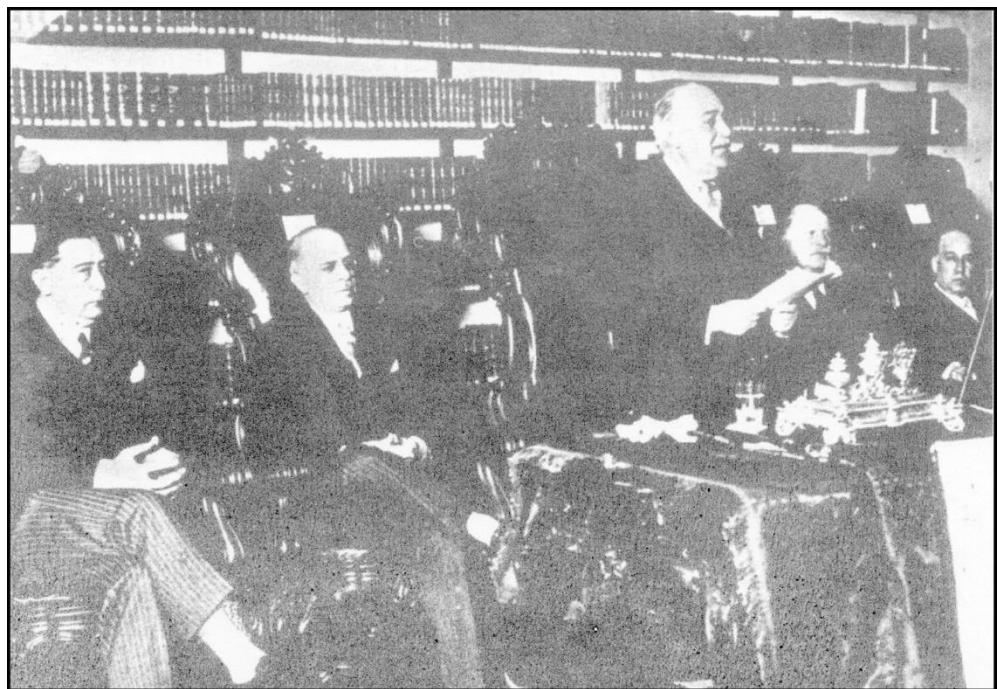
Fotografía de la banda del Penal de Ushuaia, Tierra del Fuego.



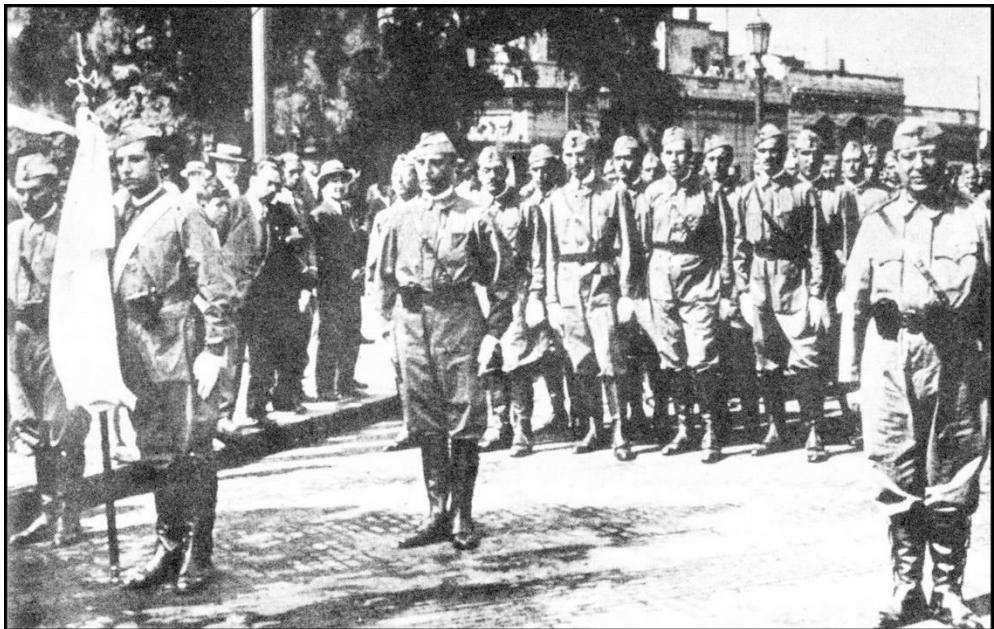
Portada de la publicación "La Protesta" y titulares del diario "Crítica" en ocasión del asesinato del ejecutor del Teniente Coronel Varela, Kurt Wilkens, en la Penitenciaría en 1923, tomado de la obra "Historia Argentina", de Diego Abad de Santillán: Bs As: Thea, 1971, Tomo 4, pág. 276.



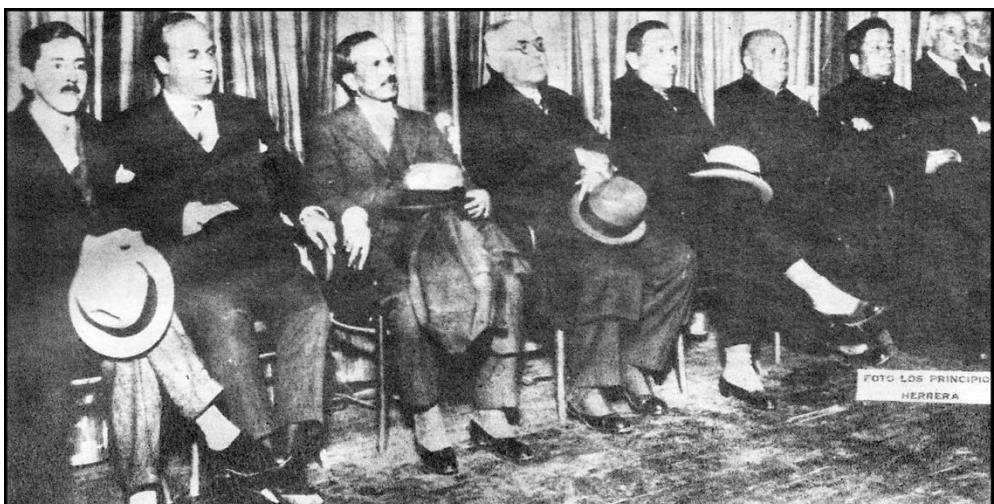
Fotografía del taller de talabartería del Penal de Ushuaia.



Fotografía del Presidente Justo en la Universidad Nacional de Córdoba, con el gobernador Fresco, P. Frías y S. Novillo Corvalán, ídem tomado de "Historia Argentina", de D.A.S: Tomo 5, pág. 108.



Formación de la Legión Cívica: Diego Abad de Santillán, Tomo 5, pág. 21.



Reunión del Club Católico, constituyente de la Acción Católica en 1931



Fotografía de Severino Di Giovanni recibiendo su sentencia de muerte el 2 de febrero de 1931: tomado de revista "Gente y la actualidad".
50 Años de vida Argentina.

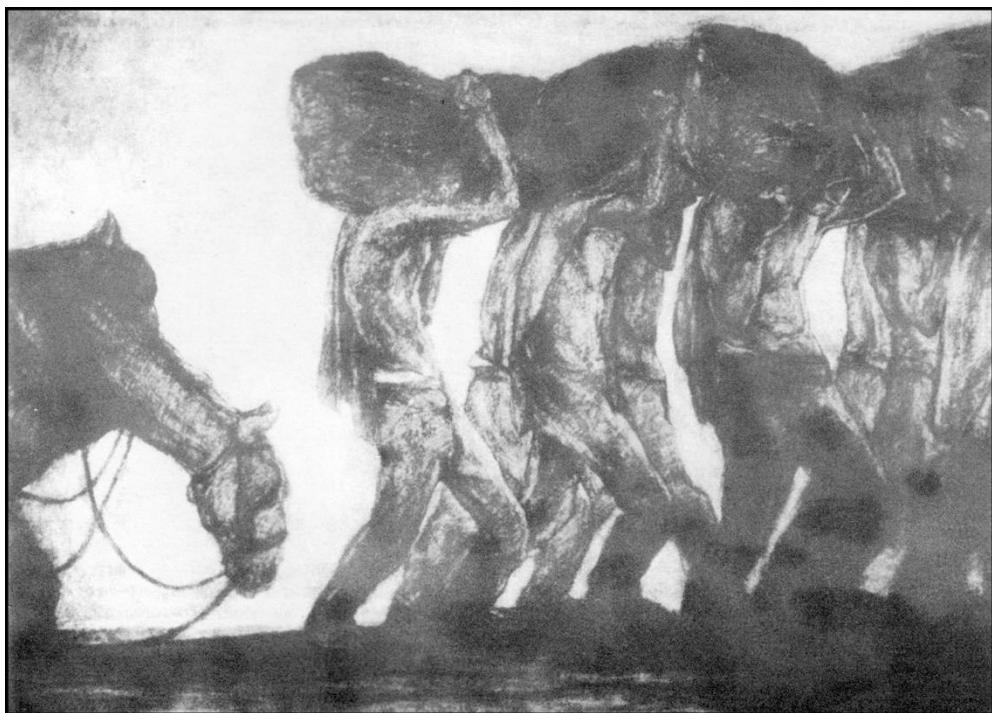
En Santa Fe y Córdoba, las fuerzas policiales atan domicilios de pistoleros y, después de brava lucha, consiguen hacer importantes capturas



Portada del diario de Rosario en ocasión de la captura del mafioso "Facci; Bruta" y su banda: tomado de revista "Todo es historia", n° 403, pág. 35.



Pueblo Nuevo, El Abrojal y la inundación de enero de 1939 y Portada de "La voz del Interior". En Colección "La Voz del Interior". Tiempo de crisis (1930–1943), pág. 26.



"Los carboneros", de Guillermo Fado Hebecquer tomada de Diego Abad de Santillán, Tomo 5, pág. 231.



Carátula de la obra "Pasión de Justicia", de Iris Pavón, 1947.



Fotografías de "El Cordobazo": tomado de revista "Gente y la actual dad".
50 Años de vida Argentina, pág 91.



El 1º de Mayo de 1974.



La Dictadura militar y la represión: tomado de revista
Clarín, 2006, n° 129, pág. 33.

LETRAS DE CANCIONES ANARQUISTAS:

HIJO DEL PUEBLO

(himno tradicional anarquista)

Hijo del pueblo
te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir.
Si tu existencia
es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.

Esos burgueses asaz egoístas
que así desprecian a la humanidad.
Serán barridos
por los anarquistas
al fuerte grito de la libertad.

Ah, rojo pendón
no más sufrir
la explotación ha de sucumbir.
Levántate
pueblo leal
al grito de revolución social.

MILONGA DEL PAYADOR ANARQUISTA

(anónimo) 1902

Grato auditorio que escuchas,
grato auditorio que escuchas
al payador anarquista
no hagas a un lado la vista
con cierta expresión de horror,
que si al decirte quien somos
vuelve a tu faz la alegría
en nombre de la anarquía
te saludo con amor.

Somos los que defendemos,
somos los que defendemos
un ideal de justicia
que no encierre en sí codicia
ni egoísmo ni ambición
el ideal tan cantado
por los Reclus y los Graves
los Salvoechea y los Faures
Kropotkin y los Tudor.

Somos los que despreciamos,
somos los que despreciamos

las religiones farsantes
por ser ellas las causantes
de la ignorancia mundial
sus ministros son ladrones
sus dioses son la mentira
y todos comen de arriba
en nombre de la moral.

Somos esos anarquistas,
somos esos anarquistas
que nos llaman asesinos
porque al obrero inducimos
a buscar la libertad,
porque cuando nos oprimen
golpeamos a los tiranos
y siempre nos rebelamos
contra toda autoridad.

ÉSTE Y AQUÉL

(F. Gualtieri) febrero, 1923

Simón nació en un tugurio
de un pueblo, de un continente
como nace una simiente
por una ley natural.

Sin patria como el progreso
como es el arte y la ciencia
el amor y la conciencia
sin patria como el ideal.

Falcón nació en un palacio
sonriéndole la fortuna
meciéndose en blanca cuna
de pequeño Napoleón.
Éste reconoció patrias
y misiones en la tierra
fue profesor en la guerra
coronel de la nación.

Simón como hombre de ideas
con conceptos libertarios,
divulgó en los proletarios
el amor y la igualdad
una universal familia
de cultos trabajadores
sin esclavos ni señores
sin leyes ni propiedad.

Falcón como buen soldado
con arcaicos oropeles
propagaba los cuarteles
a la patria nacional
y así requería patriotas
que debajo de su manto
fueran a su voz de mando
una avalancha mortal.

GUITARRA ROJA

(Martín Castro), 1928

Ven guitarra libertaria
libertaria y redentora
del que sufre del que llora
del delincuente y el paria.

Tu acorde que no es plegaria
del servilismo indecente
Y el bardo altivo y valiente
cuando te pulsen sus manos
ante todos los tiranos
sabe atacarlos de frente.

Guitarra que entre mis manos
vibras y ruges conmigo
fiel amiga de este amigo
pregón de versos humanos
y en tus trinos soberanos
del libertario cantor

se inspira en versos de amor
de rebelión y templanza
augurando una esperanza
en los hijos del dolor.

Guitarra, los payadores
hicieron de tu cordaje
palenque del caudillaje
para amasar electores
rutinarios, corruptores.
En vez de hacerte valer
te hicieron envilecer
con caudillos de partido
guitarra te han corrompido
como a una débil mujer.

Guitarra, si en mi vejez
llegara a serte profano
quisiera ser un insano
sin vista y en la mudez
si pierdo la rigidez
del convencido varón
antes de hacerte un baldón
coyunda para tus notas
quiero...
quiero ver tus cuerdas rotas
quebrado tu diapasón.

EN LA PLAZA DE MI PUEBLO

(Canción tradicional anarquista)

En la plaza de mi pueblo
dijo el jornalero al amo
"Nuestros hijos nacerán
con el puño levantado".

Esta tierra que no es mía
esta tierra que es del amo
la riego con mi sudor
la trabajo con mis manos.

Pero dime, compañero,
si estas tierras son del amo
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?

Con mi arado abro los surcos
con mi arado escribo yo
páginas sobre la tierra
de miseria y de sudor.

POLÍTICA CHICA

(*Milonga de Evaristo Barrios, c. 1920*)

Gritando ¡Viva el finao!
se cumple con el Partido
y, el Pueblo vota aturdido,
sin saber pa' que ha votao.

El candidato afamao
queda de nuevo en la alura;
y, el que traga su amargura,
sufriendo con su derrota
es el pobre, que no anata
el bien que tanto procura.

El tiene que soportar
los impuestos que lo aplastan
que aunque son muchos no bastan
a los que deben gastar.

Desde que empieza a llorar,
porque a la vida ha llegao,
va sosteniendo al Estao,
pa' que no se venga abajo;

y en la noria del trabajo
da vueltas desesperao.

El rico, por su riqueza
pa' no achicar el montón;
y el pobre, por su aflicción,
pa' salir de su pobreza.

Todo el mundo, así confiesa
que anda sin tranquilidad;
pero hay una verdad,
que naide a decir alcanza:
que se aleja la esperanza
de tener felicidad.

La lista de candidatos
se hace a fuerza de muñeca
y, con la palabra hueca,
se engaña a los timoratos.

Y, pa' causar malos ratos
se divide al pueblo en clases;
se anula a los más capaces
se imponen los trepadores;
y el pobre, con sus errores
sostiene a los más audaces.

El pueblo sabrá algún día,
cuando su venda haya roto,
como entrega, con su voto,
la propia soberanía.

Borrará la algarabía
de ruidos y de colores;
no tendrán los trepadores,
el pedestal de la audacia.
Será real la Democracia
y triunfarán los mejores.

BUENAVENTURA DURRUTI

(Raúl González Tuñón)

"La muerte en Madrid", 1939

"Tiene usted una cultura
de Biblioteca Sempere." (En el café)

Juego de la linterna y el gatillo
lo veo en el retrato del prontuario,
de frente, de costado, con un número,
con el cabello turbio y despeinado.
(Sólo faltaba arriba una paloma
con algo de furioso y delicado.)

Lo veo en el vestíbulo del Banco
donde están los ingleses,
en pleno mediodía del asalto,
multiplicado en los espejos cóncavos
de parque de atracción y policía,
clima de enfermería y tren ligero,
aire de boletín de última hora
subiendo en el coraje desatado
la escalera del miedo.

Lo veo en las polémicas del hierro,
en los locales de los sobresaltos,
en las noches del cuero y del cemento,

en los subsuelos de la harina,
en las llanuras del asfalto,
en los techos del vino y del petróleo,
en las vigilias de tabaco y cebo,
en las orillas de los sindicatos
con la luna presidiaría y ateneo.

Lo veo derramando plomo y oro
por las huelgas del mundo, comandante,
lejos aún de la bala de plata
fundida para él un siglo antes.

Lo veo por los muelles del acero,
por los enlaces ferroviarios,
por las traseras de los frigoríficos,
por las tabernas de los jornaleros
y el paredón del arrabal llovido
cuyo revoque evoca todavía
su perfil bondadoso y pistolero.

En donde yacen los himnos anarquistas,
entre tahonas, libreros de lance,
novias de fugitivos y retratos
de Francisco Ferrer ya fusilado;
durante el heroísmo sin consignas,
antes del cine y de los comisarios,
oh, qué auténtica entonces
su mezcla de cordero y de leopardo,
qué madurez crecida de repente,

qué francotirador y Jesucristo
su corazón, perdido por noviembre.

¡Desciendo la bandera hasta el cadáver!
Me encamino al espectro preferido,
vuelvo a ver una calle con un río
de manifestación y cementerio
y a él sobre el caos, levantando
su índice muerto.

¡A LAS BARRICADAS! (La varsoviana)

Negras tormentas agitan los aires
nubes oscuras nos impiden ver.
Aunque nos espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber.
El bien máspreciado es la libertad
hay que defenderla con fe y valor.
Alza la bandera revolucionaria
que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.
Alza la bandera revolucionaria
que del triunfo sin cesar nos lleva en pos.

En pie el pueblo obrero, a la batalla
hay que derrocar a la reacción.
¡A las barricadas! ¡A las barricadas!
por el triunfo de la Confederación.
¡A las barricadas! ¡A las barricadas!
por el triunfo de la Confederación.

Varshavianka (La varsoviana), es un himno revolucionario polaco escrito por el poeta Wacław Święcicki en 1905.

La adaptación al castellano, con el título *¡A las barricadas!*, fue realizada por Valeriano Orobón en 1933, y publicada en el periódico *Tierra y Libertad*.



ACERCA DE LA AUTORA

MÓNICA BEATRIZ FERRERO nació en la provincia de Córdoba, Argentina en el año 1958. Es Abogada y Profesora en Letras. Fue Docente de nivel medio y de la Universidad Nacional de Córdoba y funcionaria del Poder Judicial de la Provincia. Colaboró en la revista *Hortensia*, el diario *Tiempo Cotidiano* y en *Radio Nacional* en programas humorísticos y políticos. Ha publicado los libros de poemas *Comparezco y Digo*, *Oficio de Blasfemias*, *Tango para Olivetti* y *De cuerpo presente*. También participó en distintas antologías como *Manos a la obra*, *Las provincias y su literatura*, *Las mujeres poetas de Córdoba*.

En el año 2000 publicó con el Fondo Estímulo a la Actividad Editorial Cordobesa, su novela *De culpa y Cargo* y en el 2004, en el concurso provincial de narrativa Daniel Moyano, le otorgaron una mención por su novela *Por el infierno que merecí...*

También recibió una mención en el concurso de cuentos *Los Niños del Mercosur*, en el 2007 y en el 2015 publicó la novela *A las barricadas*.

Formó parte del Ateneo de Cultura Latinoamericana Simón Rodríguez, dedicado a la difusión y a la producción de arte y pensamiento nacionales en las fronteras de la patria latinoamericana, como así también de grupos y revistas literarias.

AÑO, CIUDAD Y PAÍS DE NACIMIENTO

1958 – Córdoba – Argentina.

CIUDAD Y PAÍS DE RESIDENCIA

Córdoba – Argentina.

PROFESIÓN

Funcionaria Judicial jubilada.

RECONOCIMIENTOS RECIBIDOS

1997 Premio Municipal de Córdoba, Luis José de Tejeda.
Por *No ves que está de olvido el corazón.*

1998 Premio Pablo Neruda de Poesía, en el Primer encuentro argentino-chileno de escritores en conmemoración del exilio del poeta.

2000 Premio Fondo Estímulo a la Actividad Editorial Cordobesa. Por su novela *De culpa y Cargo.*

2004 Mención especial de novela, en el Concurso Provincial de narrativa Daniel Moyano. Por *El infierno que merecí...*

2007 Mención especial en el Concurso de cuentos “Los Niños del Mercosur”.